LOS VENCEDORES Y EL REINO MILENIAL

ARCADIO SIERRA DÍAZ

Los Vencedores y el Reino Milenial

Copyright © 1999 por Arcadio Sierra Díaz
Bogotá D.C. - Colombia
Todos los derechos reservados por el autor.

Diseño de la Portada: ***Otto Eduardo Sierra Morón***

Sitio web: arcadiosierradiaz.com
Email: cristiasidia@gmail.com

CONTENIDO

Prólogo, 5
Introducción, 9
1. **Los vencedores y la salvación**, 12
    Las tres partes del hombre, 12
    Las tres etapas de la salvación, 18
    Las tres clases de hombres, 28
    La primera promesa, 34
2. **Los vencedores y la cruz**, 37
    La carne y la cruz, 37
    Pedro y la Cruz, 42
    Un Jacob tratado por Dios, 46
    ¿Para qué crucificar la carne? 48
    Novedad de vida, 52
    Las coronas de los vencedores, 55
    La segunda promesa, 57
    El vencedor no sufrirá daño de la segunda muerte, 58
    La salvación en Hebreos, 62
    La gracia y el gobierno de Dios, 66
    La muerte segunda, 69
3. **Los vencedores y el mundo**, 74
    Las minorías de Dios, 74
    El mundo se opone al Padre, 77
    El amor a sí mismo, 79
    Tercera promesa, 82
    El maná escondido, 83
4. **Los vencedores y las obras**, 85
    ¿Un evangelio de obras? 85
    La salvación y las buenas obras, 90
    Castigo temporal de los creyentes, 93
    1. Tinieblas de afuera. 2. Azotes. 3. La Gehena de fuego. 4. Cárcel
    Las cuatro etapas de la obra de Cristo, 99
    El vencedor y las recompensas, 102
    Jesucristo, el fundamento, 103
    Materiales de la edificación, 104
    Cuarta promesa, 115
    La estrella de la mañana, 118
5. **Los vencedores y la justicia**, 119
    El pecado y los pecados, 119
    La justicia de Dios, 121
    Nuestra justicia objetiva, 123

Nuestra justicia subjetiva, 124
Quinta promesa, 127
Vestiduras blancas, 127
No serán borrados los nombres de los vencedores, 130
Sus nombres serán confesados delante del Padre, 133
6. **Los vencedores y la Iglesia**, 138
Los vencedores ante el fracaso de la Iglesia, 138
Odres nuevos para vino nuevo, 147
La armadura de Dios, 151
El cinto de la verdad - La coraza de justicia - El calzado del evangelio - El escudo de la fe - El yelmo de la salvación - La espada del Espíritu - La oración - El manto de la humildad - El amor
Sexta promesa, 159
Columnas en el templo, 160
El nombre de Dios, 161
El nuevo nombre de Cristo, 161
7. **Los vencedores y el tribunal de Cristo**, 164
El tribunal de Cristo, 164
a) El tiempo del juicio, 167
b) El lugar del juicio, 168
c) Personas juzgadas, 169
Tres parábolas de juicio, 169
a) del siervo malo, b) de las vírgenes, c) del siervo negligente
Las tres etapas de nuestra resurrección, 178
Resurrección del espíritu, 180
Resurrección del alma, 181
Resurrección del cuerpo, 182
Los vencedores y el traslado de la Iglesia, 183
En cuanto al conocimiento del tiempo del traslado, 183
Sobre el tiempo del traslado y nuestra participación, 184
Postribulacionismo - Pretribulacionismo - Los dos raptos
Diferencia entre la salvación y el reino, 192
Las bodas del Cordero, 199
Séptima promesa, 201
Bibliografía, 204

PRÓLOGO

La presente obra fue escrita pensando en los creyentes, personas que se supone tienen determinado conocimiento bíblico, y, por lo menos, están medianamente familiarizados con los eventos escatológicos revelados en las páginas de las Sagradas Escrituras.

No obstante, este libro está abierto a fin de que lo lea, estudie y medite cualquier persona interesada en conocer la verdad, la única verdad que debe conocer una humanidad que en este momento va encaminada a la ruina eterna. Esa verdad que la humanidad debe conocer se llama Jesucristo.

Desde siempre, Dios veía a la humanidad perdida, y ha estado trabajando en su propósito de salvarla. Por esa causa, desde hace dos mil años, Dios le dio cumplimiento a lo que había prometido desde el Edén, es decir, un poderoso Salvador; y por eso envió a su propio Hijo, el Señor Jesús, quien al encarnarse, vino a dar a conocer a Dios entre los hombres, a revelar los planes y propósitos de Dios con loa seres humanos, planes de salvación, y planes de restauración de todas las cosas; y para eso fue necesario que el Señor Jesús se sometiera a la muerte a fin de abrirnos las puertas de la salvación y llevarnos al Padre. Por eso Él mismo lo declaró: «*Yo soy el camino, la verdad y la vida, y nadie va al Padre sino por mí*» (Jn. 14.6).

Entonces, han pasado dos mil años de la obra de Cristo en esta tierra, que terminó con su muerte y poderosa resurrección y ascensión al cielo; durante todo ese tiempo Dios ha prolongado su paciencia esperando que la humanidad conozca a Dios mediante el mensaje y obra del Señor Jesucristo, para que la humanidad se arrepienta y se salve.

Pero ahí no para todo. La salvación no consiste solamente en que no vayamos a parar a las llamas del infierno, como enseñan algunas religiones que dicen ser cristianas. Los propósitos de Dios es que a la final los salvados estemos reinando con Cristo sobre todas las naciones de la tierra; porque el propósito de Dios es que su Hijo venga a reinar desde Jerusalén sobre todas las naciones, y para que eso ocurra es necesario que Él regrese en gloria a esta tierra.

Pero el caso es que no todos los que han creído en Jesucristo están en capacidad de gobernar con el Señor, sino sólo los vencedores. ¿Quiénes son esos vencedores que reinarán con Cristo? Cuando hay vencedores es porque hay una confrontación que enfrentar, porque para vencer es necesario luchar frente a todas las fuerzas oscuras que se oponen a Dios y a su Ungido. Pero lo curioso es que el enemigo más formidable contra el que tenemos que luchar y vencer somos nosotros mismos, es nuestro propio codicioso yo, el ego; es decir, esa perversa naturaleza de pecado con la que nacimos.

«*Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame*» (Lc. 9.23)

De manera que la venida del Señor se acerca a pasos agigantados. No obstante, siete años antes de la venida del Señor a esta tierra, es necesario que reine sobre las naciones el último emperador satánico, personaje al que la Biblia llama el anticristo, la bestia, el inicuo, el hombre de pecado. Para que sea entronizado este personaje, es necesario que le preparen la plataforma adecuada; es indispensable que muchas potencias actuales pierdan protagonismo, hegemonía entre el concierto de las naciones, y su poder vaya menguando; que las naciones del mundo se vayan debilitando y sometiendo a las exigencias de los que adelantan la agenda del globalismo, y su gran reseteo vaticinado para el año 2030.

¿Cómo pueden, pues, estos poderosos someter a las naciones a sus exigencias? Lo pueden hacer porque son los únicos que tienen en sus manos el poder monetario para resolver las crisis económicas; y para soltarlo, pueden establecer sus exigencias. Por eso cada vez más vemos a nivel mundial un escenario lleno de horror, pandillas pagadas para desestabilizar gobiernos, el cambio de constituciones, imposición de la ideología de género, legalizar el aborto, matrimonios igualitarios y poliamorosos, supresión de la propiedad privada, sincretismo y ecumenismo religioso, satanismo en todas sus manifestaciones; es decir, un caos institucionalizado, en medio de una humanidad convertida en una gigantesca Sodoma.

De manera que viene ese gobierno de horror para la humanidad; está vaticinado. Pero el último día de ese gobierno satánico, en ese preciso día, aparecerá el Señor con gran gloria entre las nubes del cielo; vendrá a ponerle fin a esta loca cosmovisión, e inaugurar un reinado de mil años de paz y de justicia. Ya a Dios se le llenó la copa; y el reinado del Señor Jesucristo será tan justo, que no habrá necesidad de ejércitos, de cuerpos de policías, de armamento nuclear ni de otro tipo, de establecimientos carcelarios, de hospitales, etc.

Esa será la gran manifestación de los hijos de Dios, de los que hayan vencido. Estarán reinando con el Señor sobre las naciones; gobernando en justicia y equidad. «*Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono* (en Jerusalén)*, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono* (en el cielo)» (Ap. 3.21).

¿Necesitas que tu vida sea transformada y exitosa? Esas dos condiciones de existencia sólo las podrás encontrar en Jesucristo, en su conocimiento, en su aceptación, en su salvación, en su proclamación y obediencia y en su señorío. Lo demás sale sobrando y estorbando.

Jesucristo es el Verbo de Dios encarnado, quien murió por

nosotros y resucitó. Cuando creemos que Dios levantó de los muertos a Jesús, implícitamente manifestamos que el Verbo de Dios se encarnó, vivió como cualquier humano (excepto que no pecó), murió por nosotros, y resucitó y fue glorificado; sólo creyendo que Él fue glorificado, podemos confesar que Jesucristo es el Señor.

¿Qué es un vencedor conforme la Palabra de Dios? En cada carta de Apocalipsis se trata el tema de los vencedores; y en cada una de ellas aparecen motivos y situaciones sobre los cuales hay que vencer. Vencer es permanecer fieles al Señor. Es arrepentirse a tiempo; escuchar las amonestaciones del Señor, y volver al andar en santidad. Es repeler el mensaje inmoral del clero religioso impostor, y sus sugestiones. El vencedor debe salir victorioso sobre el mal, comenzando por su propio yo.

INTRODUCCIÓN

¿De dónde provino la idea de escribir este libro? Desde el año de 1993, el Señor me estuvo inquietando de manera insistente a fin de que escribiera un análisis exegético e histórico profético de las siete cartas de Apocalipsis, asunto que el Señor me permitió realizar en mi libro *"La Iglesia de Cristo en la Historia y en la Profeticía"*, terminado en 1998. En el capítulo segundo de esa obra, al hacer el análisis de la carta a Esmirna, y particularmente del versículo 11 de Apocalipsis 2, sobre lo relacionado con la promesa del Señor de que los vencedores no sufrirán daño de la segunda muerte, por ser un tema poco conocido en los medios cristianos convencionales, fui impulsado por la imperiosa necesidad de realizar un estudio más profundo y explicativo del asunto. Es más, algunos de los pocos predicadores que conocen este tema, tienden a eludirlo. Pensé que sería posible que muchos lectores desearían profundizar más sobre eso, a fin de percibirlo mejor, y otros sencillamente por el hambre que despierta un tema tan controvertido, pero tan importante y conveniente para nuestro andar con el Señor.

Al leer las siete cartas de los capítulos 2 y 3 de Apocalipsis, una de las más profundas impresiones que se suele tener es que los vencedores que allí menciona el Señor pertenecen a una clase aparte y elitista de creyentes, gente dotada de poderes espirituales extraordinarios, y que disfrutan de prerrogativas fuera de lo común, y, además, dones que no tienen el común de los hermanos. Pero, queridos hermanos, el vencedor está lejos de pertenecer a una élite especial de creyentes; al contrario, es el cristiano normal y bíblico; es aquel hijo de Dios apartado del mundo para el servicio y adoración al Señor. Lo que sucede es que en los tiempos que vivimos, se ha *laodiceado* la Iglesia, y se tiene por normal a los hermanos que se

mantienen niños en la fe, inmaduros y carnales. Si con la ayuda y la luz del Espíritu Santo, analizamos detenidamente los textos bíblicos, podemos ver que el vencedor es el creyente consciente de su condición de soldado de Cristo. En Romanos 8 se nos viene hablando de los cristianos normales, espirituales, los guiados por el Espíritu de Dios, predestinados para ser hechos conforme a la imagen de Cristo; de repente, el versículo 37 declara: *"Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó"*.

En Efesios 6:10-18, encontramos la armadura del vencedor, del soldado de Cristo; pero no es otra cosa que la armadura del creyente normal. El Señor no quiere que seamos otra cosa. Nuestra lucha es contra poderosos principados de las tinieblas, con Satanás mismo; y si no estamos vestidos con esa armadura, nuestro andar cristiano es de derrota; y en derrota no podemos apagar los dardos de fuego del maligno. El escudo de la fe normal de un verdadero creyente, es la de un vencedor. Es bueno que los demás santos oren por nosotros, y nosotros por los demás santos; pero el escudo de la fe de otro, difícilmente podrá servirme a mí. Si analizas toda esa armadura, verás que nadie puede vestirla por ti. La Palabra de Dios dice que sin fe es imposible agradar a Dios; de manera que el que obra por fe, es un hijo de Dios normal, no necesariamente un gigante. La lista de gente de fe que aparece en Hebreos 11, está compuesta por personas normales iguales a nosotros, que sencillamente le creyeron a Dios, y por la fe alcanzaron buen testimonio. Veo en las palabras del apóstol Pablo, la sinceridad y seguridad de alguien que sabía perfectamente quién era el Señor en quien habría creído; y con esa confianza dice: *«Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe»* (2 Ti. 4:6-7).

No es nuestra intención agotar el tema, sino la de contribuir en algo a que muchos de nuestros hermanos puedan experi-

mentar un despertar en muchas verdades bíblicas al respecto, e introducirse en las páginas de las Escrituras, que les estarán guiando a una vida más íntima con el Señor. De ahí que en este corto trabajo abundan las citas bíblicas, muchas veces transcritas casi sin comentario alguno; porque más que nuestras palabras y comentarios, es nuestro interés que nos fijemos en lo que nos dice la Palabra de Dios, y le dediquemos toda la atención. La Biblia es un compendio de verdades divinas, importantes, fundamentales; pero algunas de ellas muy poco conocidas, y una de esas verdades ignoradas es lo relacionado con el tribunal de Cristo para juzgar las obras de la Iglesia. ¿Por qué no es conocida esta verdad? Porque los creyentes le huyen a todo lo que huela a juicio de su conducta; y a fuer de ser esquivada, esta verdad ha sido olvidada en estos tiempos, y se ha vuelto desconocida y terrible. Pero es nuestro deber restaurar las enseñanzas contenidas en este libro y abrir las puertas de estas verdades. Este es el camino de un verdadero vencedor.

Recuérdese, además, que Dios ha hablado por medio de Su Hijo, y todo lo que analizamos a través de este libro es de lo que ha hablado el Señor Jesucristo y predicaron los apóstoles, de lo que quiso el Espíritu Santo que quedara registrado en el Nuevo Testamento acerca de temas tan fundamentales como los vencedores, el tribunal de Cristo, el juicio de las obras de la Iglesia, las recompensas y los castigos y el reino milenial, todo en el marco de lo que la Palabra de Dios llama la doctrina de los apóstoles. Esto no es algo nuevo, pues es algo que está registrado en la Biblia desde los tiempos primitivos de la Iglesia.

Capítulo 1

LOS VENCEDORES Y LA SALVACIÓN

LAS TRES PARTES DEL HOMBRE

Para comprender mejor lo que significa ser un cristiano vencedor, es necesario conocer que el hombre está compuesto, no de dos, sino de tres partes: espíritu, alma y cuerpo. Al no aceptar esta composición del hombre, e ignorar uno de estos aspectos, de hecho se está cayendo en un error, y no se podrá diferenciar la salvación eterna respecto del reino de Dios.

Cuando Dios hizo al hombre, varón y hembra, lo hizo pensando en Su Hijo, y pensando en la Iglesia, porque no era bueno que Su Hijo estuviese solo, sino que tuviese una esposa idónea; Dios hizo al hombre para llegar a tener una familia, un hogar celestial, y edificarse para Sí mismo una casa para morar eternamente; y Dios hizo al hombre con un propósito definido y dotado de las partes convenientes para que pudiera cumplir ese propósito. Era la intención de Dios que el hombre fuese semejante a Cristo. Dice Génesis 2:7:

> *«Entonces Yahveh Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vidas, y fue el hombre un ser viviente»*.

Analizando un poco, tenemos que del polvo de la tierra formó el **cuerpo** del hombre; en su nariz sopló aliento (hebreo ***neshamaj***, viento, espíritu) de vidas (en el original está en plural, *jayim*), porque al soplar el **espíritu** y reaccionar con el cuerpo, tuvo origen el **alma**, y el hombre vino a ser entonces un ser viviente (hebreo *nephesh hayah*, ser viviente o alma

viviente). Por lo tanto, en la regeneración el hombre vino a tener varias clases de vidas: vida biológica (en el cuerpo), vida psíquica (en el alma) y vida *zoé* o *pneumática* (en el espíritu), que es la vida divina, la vida increada, la vida eterna que nos dio Dios el día de nuestra regeneración, pues sin la vida del Señor, el espíritu humano existe pero no tiene vida divina. Leemos en 1 Tesalonicenses 5:23:

«Y el mismo Dios os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo».

«Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón» (He. 4:12).

En estas citas y en otros lugares de la Biblia, vemos que Dios nos hizo, a los seres humanos, dotados de tres partes o principios bien diferenciados, que son: espíritu, alma y cuerpo; partes con las cuales estamos capacitados para tener relación con Dios y los seres espirituales, conciencia de uno mismo y comunicación con el mundo que nos rodea, respectivamente. Mediante los sentidos del cuerpo biológico y sus operaciones vitales nos comunicamos con las cosas físicas; mediante el alma tenemos conciencia de nosotros mismos, pues en el alma están asentadas el conjunto de funciones psíquicas propias de nuestro ego, y que determinan nuestra personalidad, tales como la mente que genera los pensamientos, la voluntad para tomar las determinaciones, y las emociones, que están relacionadas con el amor, el odio, la tristeza, la alegría, la amargura, el gozo, la introspección, etcétera; es decir, la mente determina lo que pienso, la emoción lo que siento y la voluntad lo que quiero. Mediante el espíritu tenemos comunicación con Dios, cuando somos regenerados por el Espíritu de Dios con base en haber creído en la obra redentora del Señor Jesús en la cruz. Una vez que hemos creído, somos regenerados, nacidos de nuevo en el

Espíritu, porque Dios nos hace partícipes de Su vida eterna, de Su naturaleza divina (2 Pe. 1:4), y viene a morar en nuestro espíritu por Su Espíritu. Nuestro espíritu humano, para tener esta relación íntima con Dios, está provisto de ciertas facultades tales como la intuición, la conciencia y la comunión.

Para que el hombre pudiese tener comunicación con Dios, que es espíritu, tendría que estar constituido de una manera muy peculiar; tendía que estar formado de tal modo que hubiese en el ser humano la constitución que también había en Dios; de manera que el hombre fue creado dotado de un espíritu en lo más profundo de su ser.

Esta comunicación con Dios sólo puede efectuarse porque el Espíritu Santo mora en el espíritu del creyente. El espíritu humano fue diseñado para que more en él Espíritu de Dios. Declara Romanos 8:9-10: *«Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia»*. De conformidad con la Palabra de Dios, hemos sido hechos así por el Señor, para que de entre todos los hombres, los que crean en el Señor Jesucristo, los redimidos por la obra del Señor Jesús en la cruz, y resurrección y ascensión, y que componen la Iglesia, sean un templo santo de Dios; y el Señor Jesús está edificando ese tabernáculo entre nosotros los redimidos. *«¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?»* (1 Co. 3:16). El Nuevo Testamento habla de la construcción del tabernáculo verdadero. Por ejemplo, Efesios 4:11-12 dice: *«[11]Y él mismo* (Cristo) *constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, [12]a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo»*. En el Antiguo Testamento encontramos un tipo, o una maqueta o figura de este verdadero templo del Señor. Esa figura

la encontramos en el tabernáculo, o templo portátil que Yahveh ordenó a Moisés que le hiciera en el desierto; y más tarde en el templo que Salomón le construyó en Jerusalén. En el libro de Éxodo encontramos en detalle la descripción del tabernáculo, el cual constaba de tres partes principales: el atrio, el Lugar Santo y el Lugar Santísimo.

Nosotros, la Iglesia, en el Nuevo Testamento somos el verdadero tabernáculo que Dios está construyendo para Su morada eterna. Somos el verdadero templo de Dios. Si comparamos las tres partes del hombre con las tres partes principales del tabernáculo, encontramos sus correspondientes similitudes. Hasta el atrio tenían acceso todas las tribus de los israelitas y aun gentiles prosélitos; era la parte más abierta del templo; corresponde a nuestro cuerpo, que es la parte más externa de nuestro ser, por medio del cual nos comunicamos con todo lo que nos rodea por medio de los sentidos.

Al Lugar Santo del tabernáculo sólo podían entrar los sacerdotes, y es comparado con nuestra alma, que es la parte que le sigue al cuerpo, la cual ya no puede ser penetrada por otros seres; el alma tiene su intimidad, la intimidad de nuestra propia personalidad. En el Lugar Santo del tabernáculo estaba el candelero de oro, la mesa y los panes de la proposición y el altar de oro del incienso. Hasta allí podían entrar los sacerdotes a ministrar al Señor, y ofrecerle aceite, incienso y pan; pero no el resto de los israelitas. En nuestra alma residen, como hemos dicho, nuestra voluntad humana, nuestra mente y las emociones, que caracterizan nuestra personalidad e individualidad, y hasta donde, en condiciones normales, no tienen acceso las demás personas, como sí lo pueden hacer con nuestro cuerpo por medio de los sentidos: vista, olfato, gusto, oído, tacto.

Pero en el tabernáculo había una tercera parte aun más íntima, el Lugar Santísimo, donde estaba el arca del pacto de madera de acacia cubierta de oro por todas partes, y dentro de la cual estaba una urna de oro que contenía un poco de maná,

la vara de Aarón que había reverdecido, y las tablas del pacto traídas del Monte Sinaí por Moisés. Encima del arca estaban dos querubines de gloria, que cubrían con su sombra el propiciatorio; es decir la tapa del arca, en donde era ofrecida la sangre de los sacrificios. Estos querubines eran guardianes de la gloria y de la justicia de Dios, y velaban, simbólicamente, que el sumo sacerdote se acercara al propiciatorio no sin sangre. Pero analice el lector las siguientes palabras de Hebreos 9:7-8:

> *«[7]Pero en la segunda parte* (aquí se refiere al Lugar Santísimo del tabernáculo*), sólo el sumo sacerdote* (entra) *una vez al año, no sin sangre, la cual ofrece por sí mismo y por los pecados de ignorancia del pueblo; [8]dando el Espíritu Santo a entender con esto que aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo, entre tanto que la primera parte del tabernáculo estuviese en pie».*

Al Lugar Santísimo no podía entrar nadie; era el lugar central y más íntimo del tabernáculo; allí sólo podía entrar el sumo sacerdote una vez al año, en el *Yon kippur*, el día de la expiación, que era el día décimo del mes séptimo judío. El Lugar Santísimo estaba separado del Lugar Santo por medio de un velo, tipo del velo que separa a los hombres de Dios, y mientras no haya revelación o se quite el velo, el hombre no tiene capacidad para conocer a Dios ni a Su Cristo. En el Lugar Santísimo se manifestaba la gloria de Dios, la *Shekiná*, la habitación o presencia de Dios. Nuestro espíritu es el Lugar Santísimo de nuestro ser humano, hecho por Dios para Su habitación. Así el Señor lo hace Su habitación corporativa, Su Iglesia. Luego dice en los versículos 9 y 10:

> *«[9]Lo cual es símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios que no pueden hacer perfecto, en cuanto a la conciencia, al que practica ese culto, [10]ya que consiste sólo de comidas y bebidas, de diversas abluciones, y ordenanzas acerca de la carne,*

impuestas hasta el tiempo de reformar las cosas».

Dice aquí la Palabra de Dios que llegaría un tiempo de reformar las cosas, y que el antiguo tabernáculo es apenas símbolo para el tiempo presente. ¿Símbolo de qué? Del verdadero templo de Dios, Su Iglesia, la vida corporativa de la Iglesia. Para entender el delicado tema de la doctrina bíblica de la salvación es necesario, pues, hacer una clara diferenciación entre el cuerpo, el alma y el espíritu en el hombre. Si no se hace una clara diferencia sobre esto, la confusión es grande. No confundas el alma y el espíritu. El hombre es un ser tripartito. ¿Cuál es el objetivo de Dios al hacer al hombre compuesto de tres partes? Al respecto la Biblia declara en Zacarías 12:1: *«Profecía de la palabra de Jehová acerca de Israel. Jehová, que extiende los cielos y funda la tierra, y forma el espíritu del hombre dentro de él»*. Aparece el espíritu del hombre como si para Dios fuese lo más importante de toda su creación. Va de lo mayor a lo menor: del cielo y su inmensidad concentra su atención en la pequeñez de la tierra, y luego en el espíritu del hombre. El Señor tiene un especial interés en el espíritu del hombre.

El espíritu humano es el lugar secreto del Señor, donde la luz es Dios; allí el hombre se une y se comunica con Dios. Las funciones del espíritu son: la *conciencia*, es decir, la luz y guía de Dios para discernir lo bueno de lo malo, independientemente de todo conocimiento de la mente y opiniones exteriores (cf. Ro. 8:16); la *intuición*, que se relaciona con la voz y la enseñanza de Dios en el espíritu humano para percibir los movimientos del Espíritu Santo y las revelaciones de Dios (Hch. 18:25); y la *comunión*, por medio de la cual adoramos y servimos a Dios en el espíritu y tenemos intimidad con Él (Jn. 4:23; Ro. 1:9). Dios no puede ser adorado sino sólo "*en espíritu y en verdad*".

El alma es el yo de la persona, pues allí está la sede de su personalidad, dado que es el asiento de la mente (pensamientos), voluntad (facultad de decidir), de donde emana su respon-

sabilidad y su poder de decisión, y las emociones del alma, que son sus afectos, sus sentimientos y sus pasiones; es decir, nuestras simpatías y antipatías. En el alma están todas las facultades que determinan nuestra individualidad y nuestra personalidad. El alma, como sede de la voluntad y personalidad del hombre, enlaza y fusiona al cuerpo con el espíritu, y por medio del alma el espíritu puede someter al cuerpo a su obediencia, a fin de sublimarlo. Pero puede suceder lo contrario, por medio del alma el cuerpo puede atraer al espíritu para que ame al mundo y las cosas que están en el mundo. Pero lo anterior depende de la voluntad del hombre, asentada en el alma.

El cristiano debe tener claridad, y saber diferenciar y separar las funciones del espíritu y las del alma; no confundir, por ejemplo, los meros pensamientos del alma con la intuición del espíritu (He. 4.12). Antes de la caída del hombre, el poder del alma estaba totalmente bajo el dominio del espíritu. El espíritu era el amo, el alma era apenas el administrador, y el cuerpo era el siervo. Esto hay que tenerlo muy presente para comprender todo lo relacionado con nuestra salvación, y la victoria o derrota en el andar con el Señor.

LAS TRES ETAPAS DE LA SALVACIÓN

La Biblia dice que el hombre que Dios creó cayó en desobediencia y vino a ser esclavo del pecado. La serpiente antigua, el diablo mismo lo tentó y pecó. Primero el diablo engañó a la mujer, y ella comió del árbol del conocimiento del bien y del mal; la estrategia era hacerle creer que sería como Dios, que se independizara de Dios; luego comió el hombre deliberadamente, por el afecto que le tenía a su mujer. Fue entonces cuando el espíritu del hombre quedó sin vida. Cuando Satanás hizo caer al hombre, empezó a trabajar de fuera hacia dentro; empezó por la carne, usó los sentidos del cuerpo, la emoción del alma, con

lo cual se apoderó de la voluntad; hinchó al alma y le asestó un golpe tan fuerte al espíritu, que lo mató. Así sigue trabajando el diablo en la humanidad. En cambio el Señor trabaja de dentro hacia fuera. Su labor empieza en el espíritu, y de acuerdo con el fortalecimiento del hombre interior, va iluminando el alma en su mente, con influencia estimulante en sus emociones, a fin de que la voluntad del hombre ejerza dominio sobre su cuerpo, hasta lograr que el cuerpo obedezca al espíritu y se haga la voluntad de Dios, quien ya ha venido a morar en el espíritu. El Señor Jesús ya hizo la obra en la cruz, pero debemos tener en cuenta que la salvación completa, la que integra las tres partes del hombre, consta de justificación, santificación y redención, y que *la justificación está relacionada con la salvación del espíritu, la santificación con la salvación de nuestra alma humana, y la redención con la salvación de nuestro cuerpo*. A medida que la vida de Dios en Cristo se vaya ensanchando y fortaleciendo en nosotros, se va incrementando el radio de acción en la salvación del hombre. Después de la caída, el hombre fue evolucionando negativamente hasta convertirse totalmente en carne (Gn. 6:3), y la carne no puede heredar el reino de Dios (1 Co. 15:50), ni puede salvarse por sí misma. De lo anterior se deduce que la salvación completa es un proceso que requiere tres etapas.

La salvación del espíritu. *La justificación*. Así como el hombre tiene tres partes, cada una de esas partes tiene su tiempo de salvación. El hombre hereda de Adán un espíritu muerto, un cuerpo que envejece hacia la muerte, y un alma inclinada a la carne, saturada de maldad, depravada, incapaz de hacer lo bueno y obedecer la voluntad de Dios. Nuestra salvación tiene, pues, tres etapas. El día que creemos en Cristo como nuestro Salvador, es salvo el espíritu, y el Espíritu de Dios viene a morar en nuestro espíritu eternamente. *«[16]Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que* ***esté con vosotros para siempre****: [17]el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le*

conocéis, porque mora con vosotros, y ***estará en vosotros****»* (Jn. 14:16-17). La salvación del espíritu está relacionada con la justificación y regeneración. En Ro. 8:10,16 leemos: *«*[10]*Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia...* [16]*El Espíritu* (el Espíritu Santo) *mismo da testimonio a nuestro espíritu* (el humano)*, de que somos hijos de Dios»*. Dios está construyendo Su templo con el objetivo de habitar en él; pero para que el templo sea construido, lo primero que debe ser construido en el tabernáculo es el arca en el Lugar Santísimo (Éx. 25:10); es decir, la salvación de nuestro espíritu para que pueda morar Cristo mismo en nosotros. El arca del pacto que estaba en el Lugar Santísimo del tabernáculo era símbolo de Cristo, pues el arca del pacto en el tabernáculo es una analogía de Cristo formado en la Iglesia, que es Su templo.

Téngase muy presente que cuando se habla de la salvación del espíritu, hay dos elementos importantes que considerar: (1) la Palabra de Dios siempre se refiere a ella como un regalo inmerecido, y (2) siempre habla en tiempo pasado. Medita en las siguientes citas bíblicas, aunque hay más.

> *«*[3]*Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo,* [4]*según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él,* [5]*en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad»* (Ef. 1:3-5).
>
> *«*[1]*Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestro delitos y pecados...* [4]*Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó,* [5]*aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos),* [6]*y junta-*

mente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús... [8]Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; [9]no por obras, para que nadie se gloríe» (Ef. 2:1,4-6,8-9).

«Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. [12]El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida» (1 Jn. 5:11-12).

«Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó. ¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir (¿sabes tú lo que te va a acontecer en el futuro?)*, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada* (tu salvación no depende ni de ti mismo) *nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor*

nuestro» (Ro. 8:29-39).

La Biblia dice que la salvación es un regalo de Dios, que nadie la ha merecido ni puede hacer algo para recibirla; lo recibe por fe, y la fe misma nos la da Dios. Si el hombre fuera el autor y generador de la fe, tendría algo de qué gloriarse con relación a su salvación. No existe nadie que haga lo bueno (cfr. Ro. 3:12-18). El Padre es quien nos revela a Su Hijo Jesucristo, por Su Espíritu, el cual es quien nos da la convicción y la capacidad de arrepentirnos. El hombre por sí mismo no tiene luz ni capacidad para escoger al Señor Jesús; nadie lo puede lograr. El hombre no puede dar de lo que no tiene; aun la iniciativa de la salvación proviene de Dios. Dice Mateo 7:18: *«No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos»*. Nadie por sí solo tiene la capacidad para entender lo que Dios dice. En Juan 8:43, leemos: *«¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra»*. Dios pone en el hombre la capacidad de creer en Jesús. Por favor, medite en los siguientes versículos bíblicos:

> *«Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad»* (Fil. 2:13).
>
> *«Entonces, oídas estas cosas, callaron, y glorificaron a Dios, diciendo: ¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!*» (Hch. 11:18).
>
> *«Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero»* (Jn.. 6:44).
>
> *«Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos»* (Mt. 16:15-17).

Esa salvación, la eterna, la del espíritu, no está condicionada a obra alguna de parte de nosotros, ni buena ni mala, y de ella

no nos separará ni lo presente ni lo porvenir (Cfr. Ro. 8:38). Un muerto no puede tener vida por sí mismo; quien da vida es Dios, tanto la biológica, como la psíquica, y cuánto más la eterna, la del Espíritu (en griego, *zoé*). *«Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados»* (Col. 2:13). Esta salvación corresponde al espíritu; y de esa salvación hay que tener absoluta seguridad. Declara Romanos 8:1-2: *«[1]Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. [2]Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte».* Aquí la Palabra se refiere a una condenación subjetiva, pues se refiere a una derrota de la ley del pecado por parte del Espíritu de vida que ya mora en el espíritu de la persona salvada objetivamente por la obra de Cristo en la cruz.

Declara Romanos 10:8-10: *«[8]Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: [9]que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. [10]Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación»*.

Cristo es la Palabra viviente y glorificada que viene a morar en nuestro corazón cuando por fe le recibimos, creyendo en Su vida de resurrección. Cuando creemos que Dios levantó de los muertos a Jesús, implícitamente manifestamos que el Verbo de Dios se encarnó, vivió como cualquier humano (excepto que no pecó), murió por nosotros, y resucitó y fue glorificado; sólo creyendo que Él fue glorificado, podemos confesar que Jesucristo es el Señor. Al creer somos justificados delante de Dios, pero al confesarlo somos salvos delante de los hombres; cuando invocamos y proclamamos el nombre y el señorío del Señor Jesús, somos salvos aun de presiones y problemas temporales.

La salvación del alma. *La santificación*. El alma también debe ser salvada. La salvación del alma se relaciona con la santificación. Debemos ocuparnos de la salvación de nuestra alma, de nuestro yo, con temor y temblor. *«Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor»* (Fil. 2.12). *«¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?* (He. 2:3a). La salvación eterna, la del espíritu, es un regalo inmerecido, por gracia, aplicando una fe que también nos da Dios, para lo cual no es necesario que intervenga nuestra conducta y nuestras obras; pero la salvación del alma tiene que ver con obras; debemos ocuparnos en la salvación de nuestra alma, porque el alma es la que peca. *«El alma que pecare, esa morirá»* (Ez. 18.4b).

Cuando habla de la salvación del espíritu, la Palabra de Dios habla en pasado; pero cuando se trata de la salvación del alma, usa el verbo en tiempo presente. *«Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas»* (Stg. 1:21). Si tenemos en cuenta que la salvación del espíritu no es por obras, note lo que dice la siguiente cita relacionada con creyentes: *«*[19]*Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad, y alguno le hace volver,* [20]*sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados»* (Stg. 5:19-20). Aquí se trata de creyentes extraviados, salvos en el espíritu pero no en el alma.

En 2 Corintios 4:16, la Escritura dice que un creyente consta de un hombre exterior y un hombre interior. Podemos explicarlo someramente así: Así como una persona normal está compuesta de un cuerpo, que es su órgano, que es la parte física, y de un alma, que es la parte espiritual (como su vida y persona), por explicarlo así, de manera similar el hombre exterior del creyente

está compuesto del cuerpo como su órgano físico y del alma como su vida y persona; y el hombre interior está formado por el espíritu humano regenerado y habitado por Dios, como su vida y persona, y del alma renovada como su órgano. El apóstol Pablo ora al Padre a fin de que ese hombre interior de los efesios, donde ya mora Dios por Su Espíritu, sea fortalecido con poder *«para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones»*. En esto vemos que primero recibimos la salvación en nuestro espíritu, y que luego Dios empieza a trabajar con nosotros en la salvación de nuestra alma, que se relaciona también con nuestro corazón. La connotación bíblica de corazón es muy amplia, pues el corazón es el centro de nuestra alma humana, así como también es el centro mismo del espíritu humano. La Biblia revela que el corazón ejerce todas las facultades del alma, así como todas las facultades del espíritu humano.

Cuando la salvación empieza a fluir del espíritu al alma por la acción subjetiva del Espíritu Santo en nosotros, empezamos a experimentar un proceso de cambio, de seres carnales a seres espirituales, y el Señor Jesús viene a habitar en nuestros corazones, a sentirse realmente en su casa; el Señor se posesiona de nuestro ser con toda confianza e intimidad. A partir de ese momento, y con todos los hermanos unidos corporativamente, empezamos a comprender todas las dimensiones del Señor, a conocer mejor al Señor, a entender cuál es Su propósito. Cosas que nuestra carnalidad no nos permitía comprender. En la medida en que el Señor Jesús habite confiadamente en nuestro corazón, mejor podremos conocer el corazón de Él.

Por tanto, es necesario que nuestro hombre interior, ya salvo, sea fortalecido con el poder del Espíritu Santo, para que en consecuencia habite Cristo por la fe en nuestros corazones, que es otra forma bíblica de llamarle al funcionamiento de nuestra alma en armonía con nuestro espíritu (cfr. Ef. 3:16,17), y llegue a ser Él viviendo en nosotros y no nosotros mismos (cfr. Ga.

2:20). Cuando esto ocurra, hemos sido perfeccionados por el Señor, hemos salvado nuestra alma. Lo espiritual depende de Dios; lo anímico es independentista, es del hombre, y por lo tanto debe ser trabajado por el Espíritu Santo con la colaboración del hombre, porque la caída es fruto de una rebelión en busca de independencia.

Para salvar el espíritu sólo hay que creer, y aun esta fe nos la da Dios; pero para salvar el alma hay que cumplir ciertos requisitos. ¿Como cuáles? Por ejemplo, negarse a sí mismo, obedecer la voluntad del Padre, tomar la cruz cada día y seguir al Señor Jesús. En el capítulo 16 de Mateo vemos que el apóstol Pedro ya era salvo, ya había recibido la revelación del Padre de que el Señor Jesús era el Cristo, el Hijo del Dios viviente, ya era una piedra viva para la edificación de la Iglesia, y sin embargo tenía que trabajar en la salvación de su alma. Pedro tenía mucho amor propio, mucha confianza en sus propias fuerzas y capacidades, no estaba dispuesto a pasar por ningún sufrimiento; no podía comprender la obra de Dios en Cristo. Para Pedro la obra de la cruz era una locura, y hasta el mismo Satanás habla por su boca para tratar de estorbar la obra redentora del Señor en la cruz: *«[22]Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca»*. Por esa razón el Señor le dijo a sus discípulos: *«[24]Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. [25]Porque todo el que quiera salvar su vida* (en el original psiquis, alma)*, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. [26]Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?»* (Mt. 16:22-26). La salvación eterna depende de la voluntad de Dios, pero para seguir al Señor y andar con Él, debemos llenar ciertos requisitos como negarnos a nosotros mismos, no centrarnos en nosotros mismos ni en nuestra propia forma de pensar, sino buscando estar de acuerdo con la mentalidad de Dios. Lo que nosotros somos está en nuestra

alma; de manera que debemos ocuparnos en la salvación de nuestra alma. Declara Lucas 21:19: *«Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas»*.

Como lo veremos después, la salvación del espíritu es eterna, está relacionada con el cielo nuevo y la tierra nueva; pero la salvación del alma se relaciona con nuestra actual conducta, con nuestras obras, y tiene que ver con el reino de los cielos en el milenio. Nuestros actos hoy y nuestro grado de sufrimiento y adversidad, deciden nuestra participación en el reino; y de ahí que, después de hablar del juicio de la Iglesia, Pedro dice: *«Y: Si el justo con dificultad se salva, ¿en dónde aparecerá el impío y el pecador? De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien»* (1 Pe. 4:18,19). Dice el hermano Watchman Nee:

«La salvación del espíritu es tener vida eterna, mientras que la salvación del alma es poseer el reino. El espíritu es salvado mediante el hecho que Cristo llevó la cruz por mí; el alma es salvada por el hecho que yo lleve la cruz. El espíritu es salvado por el hecho que Cristo da su vida por mí; el alma es salvada, porque yo me niego a mí mismo y sigo al Señor» (Watchman Nee. *La Salvación del Alma*. CLIE, 1990, pág. 16).

La salvación del cuerpo. *La redención*. La salvación del cuerpo ocurrirá en el futuro, cuando se efectúe la resurrección de la Iglesia, y se relaciona con la redención. Nuestro cuerpo mortal será transformado en un cuerpo glorioso. Para verlo en la Biblia, nos basta unos pocos versículos. *«Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual* ***transformará el cuerpo*** *de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas»* (Fil. 3:20-21).

«*He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos* ***seremos transformados****, [52]en un momento, en un abrir*

y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados» (1 Co. 15.51,52).

«Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros» (Ro. 8:11).

«Y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la ***redención de nuestro cuerpo****»* (Ro. 8:23).

Habrá un tiempo en el futuro en que gozaremos de una salvación completa e integral. Declara 1 Pedro 1:5: *«Que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero»*. También en Romanos 5:9 nos habla de una justificación en tiempo pasado y de una salvación futura, cuando dice: *«Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira»*. De acuerdo con esto, es fácil concluir que nuestra salvación conlleva tres etapas, a saber: pasado, presente y futuro. Como ya lo hemos visto, el creyente en Cristo, en el pasado ya ha sido redimido de la culpa y pena del pecado, pero en el tiempo presente se está librando del poder del pecado; y en el futuro, cuando se efectúe la resurrección, será librado de la presencia del pecado, y así ser perfectamente conformado a la imagen del Hijo de Dios, que es nuestro Redentor.

LAS TRES CLASES DE HOMBRES

En la Biblia se diferencian tres tipos de seres humanos: los judíos, los gentiles y la Iglesia. Pero además de eso encontramos otras tres clases, que en principio son dos, los creyentes y

los incrédulos, pero los creyentes se dividen a su vez en carnales y espirituales; de manera que tenemos el hombre natural, el creyente carnal y el creyente espiritual.

EL HOMBRE NATURAL. Al incrédulo la Palabra de Dios le llama *hombre natural*, incapaz de percibir la cosas de Dios. Declara 1 Corintios 2:14: *«Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente»*. Este hombre natural es el hombre *psychikós*, dominado por su *psiqué*, o alma natural que, como hemos dicho, es el principio vital o de individualidad, asiento de su carácter. Es el hombre caído, adámico, nacido una sola vez, muerto en delitos y pecados, el que sigue la corriente de este mundo por sendas de completa oscuridad, sin Dios y sin esperanza. Al hombre natural, no regenerado, lo tiene cegado el príncipe de este mundo, tiene la mente entenebrecida. En la caída del hombre, el alma deliberadamente se opuso a la autoridad del espíritu, y el resultado es que no tuvo en realidad ninguna independencia, sino que llegó a esclavizarse al cuerpo con sus pasiones y deseos. Meditemos en los siguientes versículos:

«[3]Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; [4]en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios» (2 Co. 4:3-4).

«Para que (los gentiles) *abran sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados»* (Hch. 26:18).

«Teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón» (Ef. 4:18).

Hay un velo que obstaculiza que el hombre entienda a Dios.

El hombre no regenerado ni entiende el bien ni lo desea. Aun los judíos, siendo ellos el pueblo terrenal escogido para manifestarse Dios, el pueblo de los pactos, el pueblo por medio del cual el Señor nos dio las Escrituras, el pueblo por medio del cual nació nuestro Salvador, aun ellos no pueden ver debido a que ese velo se los impide. Leemos en 2 Corintios 3:13-15: *«[13]Y no como Moisés, que ponía un velo sobre su rostro, para que los hijos de Israel no fijaran la vista en el fin de aquello que había de ser abolido. [14]Pero el entendimiento de ellos se embotó; porque hasta el día de hoy, cuando leen el antiguo pacto, les queda el mismo velo no descubierto, el cual por Cristo es quitado. [15]Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos»*. Si el Señor Jesús no quita ese velo, continúan en la oscuridad, sea judío o gentil; viendo no ven, y oyendo no oyen, porque son cosas del espíritu, que no se pueden ver ni oír con los sentidos naturales, ni entender con la mente natural del alma.

Los no regenerados no pueden agradar a Dios. Declara Romanos 8:7-8: *«[7]Por cuanto la mente carnal es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede; [8]y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios»*. Es necesario que Dios abra el corazón del hombre, a fin de que pueda comprender el mensaje del evangelio. Lo vemos en la ciudad de Filipos, con ocasión de una enseñanza que impartía Pablo a la orilla de un río. *«Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía»* (Hch. 16:14).

Cuando el hombre quiere ser bueno por sí mismo, no tiene capacidad de serlo. El hombre trata de ser bueno, pero no puede; y en un esfuerzo por parecer mejor delante de la humanidad y de su propia conciencia, el hombre a menudo no comete lo peor, o puede que en ocasiones no llegue a ser todo

lo malo posible, pero eso se debe a que Dios en Su misericordia le ha provisto de un testimonio de Sí mismo. El hombre lleva el testimonio de Dios en su propia conciencia; pero eso no significa que en ocasiones el hombre sea bueno. Dice la Escritura que *«lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó»* (Ro. 1:19; ver también Hechos 14:17). Entonces, según esto, y de acuerdo con Romanos 2:14, el hombre por sí mismo hace un bien relativo.

EL CREYENTE CARNAL. Declara Pablo en 1 Corintios 1:18: *«Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios»*. Este versículo se refiere a los incrédulos, pero en algo también se le puede aplicar a los creyentes carnales. La palabra de la cruz (el evangelio) es una locura para la humanidad no regenerada, debido a que su mente está sumergida en las tinieblas de la ignorancia, la superstición y el engaño. La sabiduría del mundo no puede ni siquiera medio vislumbrar la obra de Dios a favor de los hombres. La palabra de la cruz y la sabiduría de Dios están enteramente relacionadas con Jesucristo, el Hijo de Dios. Aun en el cristiano carnal, el auténtico evangelio, el que enfatiza la cruz de Cristo, no es bien comprendido; porque hay dos maneras de andar del pueblo cristiano: la una es carnal y la otra es espiritual. Hablemos ahora del cristiano carnal. Por ejemplo, en Romanos 8:4, la Escritura hace la diferencia entre andar en la carne y andar en el Espíritu, cuando dice: *«Para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu»*. Luego los versículos siguientes enfatizan esa diferencia. Leamos:

> *«[5]Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. [6]Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. [7]Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque*

no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede; [8]y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios» (vs. 5-8).

La palabra «carne» en el Antiguo Testamento es *basar* en hebreo, y en el Nuevo Testamento es *sarx* en griego. El cristiano carnal a veces no se diferencia mucho del hombre natural (*psychikós*) o almático, pues el creyente carnal (*sarxkikós*) no ha alcanzado madurez ni sometimiento pleno a Cristo; es a menudo dominado aún por su naturaleza carnal, porque participa del carácter de la carne. Le dice Pablo a los hermanos corintios: *«[1]De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. [2]Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía, [3]porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres? [4]Porque diciendo el uno: Yo ciertamente soy de Pablo; y el otro: Yo soy de Apolos, ¿no sois carnales?»* (1 Co. 3:1-4). Un creyente carnal no tiene la capacidad para disfrutar y experimentar plenamente la vida del Señor en nosotros. Hoy en día muchos cristianos le atribuyen al espíritu lo que en realidad es apenas del alma; hay mucha confusión sobre eso. Una cosa es recibir los dones (1 Co. 12:4-11) del Espíritu sin que necesariamente haya crecimiento espiritual, y otra es vivir y expresar el fruto del Espíritu (Ga. 5:22-23), lo que ya supone una madurez espiritual en el creyente. Los corintios, como buenos griegos, se interesaban por la sabiduría humana, y no habían pasado a desear alimentarse de la sabiduría de Dios. Los corintios habían sido enseñados pero no alimentados; pues el alimento se relaciona con la vida y la enseñanza con el mero conocimiento.

A veces solemos pedirle al Señor más conocimiento de las cosas y mucha sabiduría, y hasta le llegamos a pedir que podamos tener la mente de Él; pero ¿qué haríamos con ese conocimiento si Él no habita en Su plenitud en nuestro corazón? ¿Emplearíamos ese conocimiento con nuestras habilidades y

mezquindades naturales, sin que hayan pasado por el proceso de la cruz? ¿Emplearíamos ese conocimiento con nuestros sentidos extraviados por las artimañas del diablo? Dice Pablo: *«[2]Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo. [3]Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo»* (2 Co. 11:2-3). ¿Qué es conocer al Señor? Conocer al Señor es más del conocimiento de lo que Él hizo en Su encarnación, en Su ministerio terrenal, en Su cruz. Conocer al Señor involucra conocerlo íntimamente; conocer lo que Él piensa, conocer Su corazón, conocer Sus secretos, Sus intimidades, conocer Su propósito. Para que eso ocurra debemos acudir a Su llamado, andar con Él, tener íntima comunión con Él, ser Sus amigos.

EL CREYENTE ESPIRITUAL. De acuerdo con la Palabra de Dios hay creyentes maduros, espirituales (*pneumátikós*) (Ef. 5:18), cuya vida está rendida al Señor, en la cual se refleja y expresa el fruto del Espíritu. *«[22]El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, [23]mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley»* (Ga. 5:22.23). La voluntad del creyente espiritual está sujeta a la voluntad de Dios, porque su espíritu está íntimamente unido al Espíritu de Dios. El cristiano cuyo hombre interior ha sido fortalecido y está Cristo habitando por la fe en su corazón, sabe por experiencia lo que es ser llenos de toda la plenitud de Dios; llega a profundizar hasta comprender que sólo en la perfecta expresión de la unidad del Cuerpo de Cristo es como se puede entender todo lo grande que es Dios, Sus propósitos, Su amor y Su misericordia para con nosotros. Sólo el cristiano espiritual llega a ser un vencedor. ¿Cómo determinar la madurez espiritual de un creyente? Para que haya espiritualidad debe haber disposición en el creyente; la espiritualidad no se adquiere por inercia. La madurez espiritual siempre se determina por la disposición de sacrificar

nuestros propios deseos, intereses y comodidades, en bien del reino de los cielos y de los intereses del Señor y de los demás hermanos, y esa disposición de sacrificio se traduce en que se debe pagar un precio, como las vírgenes prudentes. Toda vez que nuestra prioridad sea nosotros mismos y nuestros propios intereses, somos vírgenes insensatas y andamos caminando en derrota.

LA PRIMERA PROMESA

Desde el primer siglo de la Iglesia, muchos hermanos abandonaron el primer amor (Ap. 2:4), y el mejor y primer amor es el Señor mismo en nosotros, no necesariamente es aquel amor que sentimos por el Señor en los días en que fuimos salvos, en esa luna de miel. Casi siempre cuando se acaba la luna de miel y empiezan las pruebas, en muchos hay un bajón espiritual de gran envergadura. El Señor nos manda que venzamos el abandono del primer amor. ¿En qué sentido habían dejado el primer amor los hermanos del primer siglo? Por ejemplo, muchos se dejaron fascinar, no por el Amado habitando en sus corazones, sino por las doctrinas de los judaizantes (Ga. 3:1; 5:7; Col. 2:16, 20-21), por la filosofía mística en su relación con el naciente gnosticismo y la adoración de ángeles (cfr. Col. 2:8,18). Pasados los siglos, vemos a muchos católicos con su corazón inclinado, no a Cristo y a Su Palabra, sino al papa romano y a lo que dice «la Iglesia» (refiriéndose a la iglesia romana). Uno puede tener a Cristo sólo de nombre, pero sin tenerle amor ni afecto personal. Si Cristo es nuestro primer amor, eso significa que nos seguimos alimentando de Él como fruto del árbol de la vida.

El hombre cayó por haber creído a Satanás y haber participado de una rebelión, por haber desobedecido y comido del árbol del conocimiento del bien y del mal; pero el Señor nos ha redimido y nos llama a que seamos vencedores. El hombre

comió y desobedeció, pero hay una recompensa al vencedor, y es: *"le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios"* (Ap. 2:7). El árbol de la vida es Cristo mismo, nuestro verdadero alimento. La Nueva Jerusalén venidera será el paraíso de Dios después del milenio. El árbol de la vida se presenta como una enredadera que está a uno y otro lado del río de agua de vida en medio de la calle de la Nueva Jerusalén, la ciudad esposa del Cordero de Dios (cfr. Ap. 22:1-2). *"Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el labrador"* (Jn. 15:1). El comer del árbol de la vida era el propósito original de Dios, y ahora lo restaura con Su redención. Es un banquete ofrecido por el Señor, porque el camino al árbol de la vida fue abierto de nuevo, un camino nuevo y vivo que nos abrió Cristo a través del velo (He. 10:19-20).

La historia ha demostrado fehacientemente que la Iglesia le ha fallado al Señor, y ha dejado de ser la expresión del amor de Dios; es por eso que hay promesas para el individuo vencedor. El hombre cayó porque participó en la comida de algo que no tenía que comer, y que le trajo la ruina. Pero al comer del árbol de la vida, es restaurado a un lugar más privilegiado del que perdió Adán. Es necesario afianzarnos en nuestra vocación, abandonar el legalismo y la apariencia externa y alimentarnos de nuevo de Cristo, disfrutarle, volviendo a Él con el primer amor. El Señor es nuestro pan de vida (Jn. 6:35, 57). Es bueno el conocimiento, pero según Dios. No es lo mismo alimentarse sólo de enseñanzas doctrinales que de Cristo como nuestro pan de vida. Con esta promesa el Señor incentiva y estimula a los creyentes para que no dejen el primer amor, le sirvan siempre en amor y disfruten al Señor desde ahora, y esa promesa se hará efectiva como galardón en el reino milenial; pero todo vencedor puede empezar a disfrutarlo desde ahora, porque la vida de la Iglesia hoy es un gozo anticipado de la Nueva Jerusalén. El vencedor es el cristiano que se alimenta de Cristo hoy, y como consecuencia la promesa es que se alimentará del

Señor como árbol de la vida en la Nueva Jerusalén. Necesitamos vencer el abandono del primer amor.

La gran mayoría de los hermanos no tienen suficiente claridad sobre el reino venidero de Cristo, y a raíz de ese desconocimiento ignoran las responsabilidades que se relacionan con ello y se suele confundir el cielo (vida eterna), con el reino. Desde ahora, quiero hacer hincapié en que los galardones son muy diferentes de la salvación. Los galardones, como su nombre lo indica, son premios para los que trabajan, para los que luchan, para los que obedecen, para los que se niegan a sí mismos, para los que llevan la cruz, para los que velan, para los vencedores, para recibirlos en el reino milenial; en cambio la salvación es un regalo de Dios para sus escogidos desde antes de la fundación del mundo, y un regalo ni se gana, ni se merece, ni se pierd

e.

Capítulo 2

LOS VENCEDORES Y LA CRUZ

LA CARNE Y LA CRUZ

Una vez salvo, el cristiano vencedor debe tomar su propia cruz y negarse a sí mismo. Es un mandato del Señor para los que voluntariamente lo quieran seguir. Es comprensible que la enseñanza de la cruz no sea popular. Es comprensible que el creyente carnal rehuya esta enseñanza bíblica; sin embargo, las Escrituras dicen que todos nosotros los que hemos creído ya fuimos crucificados con Cristo; pero nuestro viejo hombre debe experimentar esa crucifixión en la realidad práctica, llevar y encarar la cruz en nuestra alma, es decir, vivir esa experiencia de muerte y resurrección mientras estamos en esta tierra; de lo contrario vivimos una vida vencida. Cuando esto ocurre, a menudo somos dominados por el pecado y por nuestra propia vida natural, y como consecuencia no hacemos la voluntad de Dios, y esa vida derrotada nos enreda en pecados y en obras que volverán a nosotros cuando regrese el Señor, y tendremos que dar cuenta de ello. Si no aceptamos llevar la cruz ahora, es necesario que seamos tratados en el futuro.

Un derrotado es vencido por su propia carne, por el mundo y por Satanás. Tomar la cruz es obedecer a Dios y estar dispuesto a pasar por todas las situaciones que Dios haya previsto que pasemos. En el mundo, el alma tiene sus deleites y sus propios intereses, pero la cruz y el negarse a sí mismo rompen con esos vínculos, y la persona se va entrenando para someterse a la voluntad de Dios. Sólo el camino de la cruz nos lleva a ser verdaderos vencedores; pero muy pocos se animan a abrir la

puerta que conduce a ese camino. La victoria de Cristo es nuestra victoria, y debemos mantenerla y proclamarla. No significa que debemos ser crucificados de nuevo, pues ya fuimos crucificados con Cristo. La sangre del Señor se derramó para expiar lo que hemos hecho, para nuestro perdón por los pecados cometidos y justificarnos delante de Dios; pero no basta que seamos perdonados, pues hay un problema en nosotros: Heredamos de Adán dentro de nosotros una fuerza que nos esclaviza, la fuerza del pecado; y por eso es que necesitamos la cruz, para tratar con lo que somos; entonces la cruz, aplicada por el Espíritu, nos libera del poder del pecado, para que no tengamos que ser juzgados por lo que hacemos.

La sangre de Cristo nos reconcilia con Dios, pero sigue dentro de nosotros un conflicto del que sólo nos puede librar la cruz. La victoria del vencedor no es una mera transformación en su carne, sino la vida resucitada de Cristo dentro de él. Aceptar la cruz es una victoria. Un vencedor es el creyente que ha ido más allá de aceptar la cruz sólo objetivamente; el verdadero vencedor es aquel que acepta la cruz subjetivamente; es aquel cuya cruz ha matado su egolatrismo, pues la ha aceptado subjetivamente; y es necesario que la cruz sea aplicada a nuestra carne por el Espíritu Santo.

Dice el apóstol Pablo en Gálatas 2:20: *«Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí»*. Este es un nivel muy avanzado e importante en el desarrollo espiritual de un creyente que se ha negado a sí mismo y lleva su cruz cada día. Debido a que en el alma está la voluntad del hombre, es el alma la que tiene que decidir si obedece al espíritu, y de ese modo lograr su unión con el Señor por Su Espíritu que mora en el espíritu del hombre; en nuestro hombre interior.

Leemos en Juan 3:6: *«Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es»*. Cuando el hombre

es regenerado al momento de creer en el Señor Jesús, viene de ser meramente carne, y ya en su calidad de creyente regenerado sigue siendo carnal mientras no haya experimentado una renovación en su alma. ¿Cómo se efectúa esa renovación? La renovación no consiste en modificar la carne. Hay muchas instituciones, métodos, recursos humanos, terapias y filosofías terrenas que pretenden modificar el comportamiento del hombre. Dios lo que quiere hacer de nosotros no es una mera modificación de nuestro comportamiento, sino una nueva criatura, una criatura a imagen de Cristo; pero la nueva criatura no se consigue por modificación, pues la carne de un regenerado ahí sigue lo mismo de corrupta que antes. En la regeneración, Dios nos da Su vida increada en nuestro espíritu, pero nuestra carne sigue igual. El yo del hombre sigue intacto. Pero la Biblia nos dice una gran verdad en Romanos 6:6:

«Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado».

Si a pesar de eso tu viejo ego sigue igual, el Señor nos exhorta a que llevemos la cruz y neguemos el ego. Declara el Señor en Lucas 9:23: *«Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame»*.

¿Qué significa tomar la cruz? Dice Roland Q. Leavell: «Llevar la cruz quiere decir más que sobrellevar una enfermedad con entereza o sufrir una desgracia con fortaleza. Una cruz es algo que uno puede evitar si así lo desea, y es algo que uno acepta voluntariamente por causa de Jesús y la gloria de Dios. Significa obediencia a Cristo, pero incluye mucho más. Llevar la cruz no era un asunto superficial para los doce. Algunos de ellos llegaron a experimentar la muerte por medio de la crucifixión. Todos ellos sufrieron violencia por ser cristianos, violencia que pudieron haber evitado si hubieran entrado en compromisos» (Roland Q. Leavell. *«Mateo: El Rey y el Reino»*. C.B.P. 1988. Pág. 95).

Indudablemente, la carne debe ser tratada por la cruz. La moda de hoy es lo contrario; que el creyente rehuya el sufrimiento y que se sumerja en los placeres de una vida fácil y mundana. Negarse a sí mismo es renunciar a las demandas, goces y privilegios de nuestro antiguo ego y a nuestra vida anímica; es negarse uno mismo como principio de vida natural; no es necesariamente negarse cosas, aunque sí involucra negarse a los placeres mundanos. Gozar de muchas cosas es contrario a lo de llevar la cruz. Téngase en cuenta que los deleites terrenales encienden la concupiscencia de nuestra carne. El Señor sabe bien que lo que nos espera con Él en el reino es incomparable con todo aquello que nos atrae en esta vida terrenal. El Señor Jesús, el Verbo de Dios, lo tenía todo en Su gloria con el Padre, y se despojó de todo eso para poder abrirnos el camino para que nosotros también lo disfrutemos, disfrutemos el verdadero gozo eterno; al Señor no le importó no tener acá ni una piedra donde recostar Su cabeza; en ese aspecto estaba en peor condición que las aves del cielo y que las zorras del campo. Esta vida es tan corta como un suspiro, pero sus atracciones nos enervan de tal manera que tenemos en poco las promesas de un Dios verdadero y confiable. Después de hacer un relato de la lucha entre los deseos de la carne y la vida en el Espíritu, dice Gálatas 5:24: *«Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos»*. La crucifixión de la carne se traduce en el quebrantamiento del hombre exterior, de la muerte del grano de trigo, y eso es necesario para la liberación y manifestación de nuestra vida espiritual. La vida del Espíritu debe ser liberada. Declara Juan 12:24:

> *«De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, llevará mucho fruto»*.

Ese grano de trigo es el Señor Jesucristo. Antes de su muerte tenía Su vida prisionera en Su cuerpo; no podía menos que estar en un solo lugar a la vez; pero con Su muerte y resurrección, la

vida del Hijo unigénito fue liberada y produjo muchos granos a la imagen del primero, y vino a ser el primogénito entre muchos hijos de Dios. Así como el grano de trigo, para dar fruto, debe caer en tierra y morir, cada creyente, para ser vencedor y producir mucho fruto, debe morir a su yo; su vida natural (el duro cascarón exterior) debe podrirse y desaparecer, a fin de que libere la vida del espíritu y sea manifestado Cristo a través de él.

Cristo en la cruz trató una sola vez con el pecado para que el pecado no reine más en nosotros, pero el Espíritu Santo trata día tras día con el yo por medio de la cruz; sin embargo, sigue en el creyente una lucha entre la carne y la vida espiritual. Los creyentes que en la práctica no viven para Dios sino para sí mismos, son considerados cristianos anormales (1 Co. 3:1-3); en cambio los cristianos espirituales, simplemente son cristianos normales; ya han experimentado una renovación que viene de adentro hacia fuera. La renovación es experimentada en el alma; es un proceso más o menos prolongado; depende de la dureza de la naturaleza del alma del creyente. Hay plantas que no crecen debido a que les hace falta luz solar, o humedad, o nutrientes, o tienen parásitos; o no dan mucho fruto porque no las podan y limpian y aporcan; esto contando con que hayan sido sembradas en buena tierra.

La madurez lleva su tiempo, pero debe ser progresiva. Por lo regular, un cristiano recién nacido no puede evitar ser carnal, como un bebé no puede evitar ser bebé, pero lo peor es que la mayoría de creyentes se quedan carnales, inmaduros, niños por toda la vida; le tienen miedo a la cruz, rehúsan negarse a sí mismos, no quieren pagar el precio; carecen de una disposición para el sufrimiento; muy por el contrario, se encaminan por la amistad con el mundo. Así como una persona natural ha dado el paso para que por medio de la cruz de Cristo se haya regenerado y haya sido crucificada su carne, asimismo debe dar el paso para que mediante el Espíritu Santo tome su propia cruz, y pase de carnal a espiritual, de derrotado a vencedor. Un

creyente carnal difícilmente puede guiar a otro a Cristo, o hacer algo que realmente agrade a Dios. El carnal puede estar trabajando en la iglesia; pero ese trabajo puede resultar siendo obras muertas. Las obras muertas no tienen ningún mérito delante de Dios, por muy buenas que parezcan a los ojos de los hombres. Indudablemente se quemarán cuando el Señor venga, y lo peor es que nos impedirán entrar en el reino si no nos arrepentimos a tiempo.

El cristiano carnal puede asimilar las enseñanzas pero en la mente. *«[5]Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. [6]Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. [7]Por cuanto la mente carnal es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede»* (Ro. 8:5-7). Los cristianos de Corinto tenían mucho conocimiento y sabiduría, pero en la mente. La «insensatez de la cruz» es usada por Dios a cambio de la búsqueda de conocimiento. A Dios no se le puede conocer por abundancia de conocimiento y sabiduría humana, sino por fe a través de la cruz. Los conocimientos sin la cruz sólo llegan a la mente.

PEDRO Y LA CRUZ

Consideremos el contexto de Mateo 16:13-28. Después de haberles preguntado sobre la opinión de los hombres acerca de Su persona, el Señor se interesó en conocer qué pensaban sus propios discípulos acerca de quién era Él. Leemos en los versículos 16-18:

> *«[16]Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. [17]Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. [18]Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no*

prevalecerán contra ella».

Simón, que significa una paja dócil al viento, dominado por su voluntarioso carácter, cuando vino al Señor, Él le cambió de nombre, porque empezó a transformarlo, y en vez de Simón le llamó Pedro, una piedra (Jn. 1:42), en este caso una piedra viva para la construcción de la casa de Dios (1 Pe. 2:5). Si no somos transformados en piedras, no podemos ser edificados apropiadamente, y no podemos ser edificados solos ni en grupos independientes; nuestra edificación es en la comunión de todos los santos. La transformación tiene sus etapas, y en cada etapa encontramos lecciones que aprender.

Aquí vemos también que sin la revelación divina no se puede conocer al Señor Jesús; y como sólo el Padre conoce al Hijo, sólo se puede conocer al Hijo por la revelación del Padre. A Pedro le fue revelada por el Padre la identidad del Hijo; luego el Hijo le revela lo de la Iglesia, y le dice que a partir de ese momento Pedro hace parte de la Iglesia, es una piedra viva para la edificación de la casa de Dios, debido a la confesión que había hecho respecto del Hijo. De manera que Pedro ya era un creyente y miembro de la Iglesia, en la economía de Dios. A pesar de lo anterior, ¿era Pedro ya un creyente maduro y vencedor? Veamos.

De acuerdo con el siguiente contexto, Pedro estaba lejos de ser un cristiano maduro, sin tener en cuenta que después le ofreció al Señor defenderlo con su espada, de no abandonarlo, pero ya vemos que el Evangelio nos dice que lo dejó solo y lo negó. Dicen los versos 21-23:

> *«[21]Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto y resucitar al tercer día. [22]Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca. [23]Pero él, volviéndose, dijo a Pedro:*

¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres».

Aquí vemos al creyente Pedro sin entender para nada la cruz de Cristo y menos su propia cruz. La Iglesia no puede ser edificada sin crucifixión y resurrección, y un creyente carnal difícilmente puede estar dispuesto a tomar la cruz. Tengamos en claro que el hombre natural y Satanás caminan y cabalgan juntos, y que el creyente vencido no se le diferencia mucho; y cuando no tenemos la mente de Cristo, no podemos cumplir el propósito de Dios, sino que somos piedra de tropiezo para el Señor. A raíz de estas consideraciones se puede entender las palabras del Señor en los versículos 24 y 25:

«[24]Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. [25]Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará».

Ese negarse a sí mismo, es negar la vieja naturaleza heredada de Adán. De manera, pues, que hay dos clases de creyentes: los que se niegan a sí mismos y toman su cruz, y los que no lo hacen. Pedro tenía que perder la vida de su alma, y tomar la cruz; Pedro estimaba más su vida natural que los propósitos de Dios; Pedro no podía entender todavía el plan de Dios, y la mente de Dios; era necesario que Pedro se negara a sí mismo y tomara su cruz. Sólo se somete a Cristo un creyente vencedor.

Si la Iglesia no se somete a Cristo, los demás seres no se someterán, y sólo la cruz hace que nosotros vayamos menguando y Cristo creciendo en nosotros, en lo más íntimo de nuestro ser. Contemplamos la mujer samaritana de Juan 4; ella creía en Dios, conocía de la promesa de un Mesías, y lo esperaba, pero su vida estaba hundida en espesas tinieblas del pecado; buscaba la soledad y la oscuridad, y no se atrevía a dejarse ver la cara, pues la luz la incomodaba; su conciencia no la dejaba

tranquila; su conducta la hacía caminar por sendas torcidas; la carne la esclavizaba. Pero un día el Señor fue a buscarla, y la esperó a que llegara a buscar agua al pozo de Jacob. Al tener el encuentro con Cristo, Él le dio a beber agua viva; fue algo penetrante que le dio un gran vuelco a la vida de esta mujer, y ya no tuvo más sed, y dejando el cántaro, corrió a dar testimonio. También nosotros, cuando lleguemos a ser vencedores, entonces es cuando no nos importará el cántaro; lo dejaremos a un lado del pozo, y correremos a proclamar que Jesucristo es el Señor. Pero para eso es necesario que de nuestro interior corran ríos de agua viva.

Hemos dicho que todos los creyentes ya fuimos crucificados con el Señor, pero ahora el Señor nos dice que debemos llevar nuestra propia cruz. Si nuestro viejo hombre ya murió en la cruz, ahora debemos negarlo. ¿Para qué hacer vivir a un difunto que estorba a la obra del Señor? Ya el Señor resucitado vive dentro de nosotros, y nosotros en Él. De habernos negado a nosotros mismos y de haber llevado la cruz o no, depende nuestra situación cuando el Señor regrese y tengamos que comparecer ante Su tribunal. Los versículos 26-27 dicen:

«[26]Porque ¿qué aprovechará el hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma? [27]Porque el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras».

La vida del alma es la vida natural, la vida del ego. La vida psíquica debe ser tratada por la cruz, de lo contrario seguiremos como Pedro en su situación de Mateo 16 y otros textos. En la hora más amarga del Señor, Pedro y todos los amigos íntimos del Señor lo abandonaron; y no sólo ellos; nosotros hacemos lo mismo hoy en día. No queremos acompañar al Señor en esta hora crucial.

UN JACOB TRATADO POR DIOS

En Jacob tenemos el ejemplo de un creyente astuto, no obstante haber sido escogido para la primogenitura desde antes de nacer; cuando todavía no había hecho ni bien ni mal. Específicamente y por voluntad de Dios fue escogido, a pesar de que iba a ser una persona de carácter fuerte, engañadora, calculadora y egoísta. El Señor no nos escoge porque seamos buenos o malos, pues todos somos malos. El Señor le dio un destino previo a Jacob, pero para que Jacob pudiese llegar a ser un siervo del Señor, un hombre útil en las manos de Dios, un verdadero vencedor, un hombre obediente a la voluntad de Dios, ese yo perverso de Jacob debía morir, debía pasar por la cruz, hasta que llegase a negarse a sí mismo. Al respecto dice Romanos 9:10-16:

> *«[10]Y no sólo esto, sino también cuando Rebeca concibió de uno, de Isaac nuestro padre [11](pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama), [12]se le dijo: El mayor servirá al menor. [13]Como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí. [14]¿Qué, pues, diremos? ¿Que hay injusticia en Dios? En ninguna manera. [15]Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca. [16]Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia»*.

La Escritura nos dice que antes que Jacob naciera, ya había sido elegido por Dios para, en Su misericordia, darle la primogenitura. Jacob jamás recibió esto porque lo mereciera; al contrario, su propio nombre Jacob, significa *Dios proteja*, pero también *el suplantador, el que toma por el calcañar*, es decir, el que arma una trampa. La vida de Jacob estuvo saturada de engaño y de trampas; que muchas veces se le vinieron en contra. A pesar de que Dios se le revelaba y lo protegía, Jacob era el tipo del

creyente voluntarioso y carnal, que debía ser tratado por Dios a fin de que pudiera ser útil en las manos del Señor, para cumplir el propósito de Dios. Dios tiene un propósito eterno, y quiere realizarlo con la iglesia, pero con los obedientes, con creyentes esforzados en quienes pueda confiar, que no se amen a sí mismos, con luchadores, con vencedores.

Jacob quiso tomarle ventaja al plan de Dios, y después de haber engañado a su padre y a su hermano, se vio en la necesidad de huir. En Betel, Dios se le reveló, en su huida; e incluso ahí Jacob e dijo a Dios: Si me prosperas, te daré el diezmo de todo. Pareciera que esto encerrara algo de negocio. Cuando llegó a su destino, quiso tener ventajas sobre Labán, de quien también fue engañado desde el comienzo, cuando pidió a Raquel para casarse. Más tarde hubo una lucha entre Jacob y Dios, pero Jacob persistió delante de Dios hasta lograr que Dios lo bendijera, y salió vencedor, pues la Palabra dice en el verso 28: *«No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido* (Lea Gn. 32:22-32). En Peniel, Jacob vio el rostro de Dios y fue librada su alma. El andar de Jacob cambió después de esa experiencia. De hombre anímico pasó a ser espiritual; fue desgarrado el tendón del muslo, y al ser desgarrado su propio andar, pudo caminar con Dios, para cumplir propósitos eternos. Cuando llegó a ser un vencedor, Dios le cambió el nombre. Ya no se llamaría más Jacob, el suplantador, sino Israel, el que lucha con Dios.

Se le murió su amada Raquel; luego fue engañado por sus propios hijos; desapareció José, su hijo favorito; luego también tuvo una amarga experiencia con Benjamín; ¿todo eso para qué? Era necesario que el Jacob natural fuese tratado por el Señor; y ese trato del Señor iba transcurriendo en forma dolorosa. Una cosa es confiar en las destrezas del Jacob carnal, y otra es confiar exclusivamente en el Señor. Indiscutiblemente es necesario que seamos iluminados, que podamos ver el camino por el que caminamos, y que estemos confesando

nuestra dependencia del Señor y de Su Santo Espíritu.

¿PARA QUÉ CRUCIFICAR LA CARNE?

Muchos creyentes son llenos del Espíritu Santo cuando creen, y van experimentando un crecimiento normal de su vida espiritual; van caminando con Dios y preocupándose por las cosas de Dios. Pero desafortunadamente la mayoría de los cristianos no se ocupan mucho de lo que le interesa al Señor, sino de sus propios intereses egoístas y carnales (Ga. 5:19); por eso el Señor quiere que la carne sea crucificada subjetivamente. En la realidad histórica ya la carne ha sido crucificada en el Gólgota; el viejo hombre ha pasado por ese proceso; de manera que el niño carnal en Cristo debe ser totalmente liberado de ese dominio, para que crezca y pueda andar según el espíritu. A quien persista en las obras de la carne (mal genio, divisiones, sectarismos, vicios, pasiones y deseos), Dios le dice que ya esa carne fue crucificada; pero hay creyentes de almas cuya naturaleza es muy fuerte, y tienen un carácter muy difícil, en los cuales el proceso es lento y doloroso. Al respecto dice el hermano Watchman Nee:

«La obra de la cruz consiste en suprimir (anular); no nos trae cosas, sino que las quita. En nosotros hay muchos residuos; hay muchas cosas que no son de Dios y no le rinden ninguna gloria. Dios quiere eliminar todas estas cosas por medio de la cruz para que así lleguemos a ser oro puro. Hay cosas que no provienen de Dios; nos hemos convertido en una aleación. Por eso Dios tiene que utilizar tanto poder para mostrarnos estas cosas que hay en nosotros que provienen del 'yo', todas aquellas cosas que no le proporcionan ninguna gloria. Creemos que si Dios nos habla, descubriremos que tienen que ser eliminadas muchas más cosas que las que nos tienen que ser añadidas. Especialmente aquellos cristianos cuya alma es de naturaleza fuerte, deberían pensar en esto: que la obra de Dios en ellos por medio del Espíritu Santo, consiste en eliminar cosas

de ellos para reducirlos» (Watchman Nee. *«La Iglesia Gloriosa»*. CLIE, 1987, pág., 163).

La carne no puede dar fruto que glorifique a Dios. El cristiano debe limpiarse de sus pecados apropiadamente. Dice Juan 15:2:

«Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto».

Debemos tener claridad en que no se exige que crucifiquemos de nuevo nuestra carne, pues ya fue crucificada en la cruz de Cristo. La crucifixión de la carne hay que experimentarla, y que esa muerte en la cruz tenga su efecto en nosotros. Esa práctica se lleva a cabo en colaboración con el Espíritu Santo. Dice la Palabra de Dios en Colosenses 3:5:

> *«Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría»*.

Ese *pues*, enlaza el versículo con los anteriores, en que dice que ya hemos muerto y resucitado con Cristo. Son dos realidades que van unidas: Ya fuimos crucificados con Cristo, y hacer morir lo terrenal en nosotros. Si creemos que hemos sido muertos en Cristo, podemos hacer morir lo terrenal en nosotros. Esto se logra porque el Espíritu Santo aplica la muerte de la cruz a todo lo que tenga que morir. Dice Romanos 8:13:

«Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis».

Sin embargo, debemos estar siempre vigilantes, pues la carne, no obstante quedar inutilizada por la crucifixión conjunta en Cristo, empero no queda suprimida; ahí sigue existiendo y, en cuanto tenga oportunidad, se pone en acción.

El mensaje de la cruz no se está predicando, pues, con contadas excepciones, se está predicando una caricatura del evangelio. Nosotros decimos ver, pero en nuestras facultades naturales no podemos ver; más bien esas facultades naturales

nos impiden ver la realidad. Si Dios nos ilumina un poco, entonces constatamos nuestra ceguera. Afirmar que vemos, como en el caso de la iglesia del período de Laodicea, es un orgullo farisaico. Cuanto más nos ufanamos y razonamos de que vemos, más ciegos somos; y cuando ya veamos manifestada en verdad nuestra ceguera, entonces es cuando vamos a empezar a ver. Pablo sólo pudo ver las cosas de Dios cuando quedó ciego físicamente. Es necesario restaurar el mensaje de la cruz, y vivirlo. Cuando no se vive el mensaje de la cruz, vivimos para nosotros mismos, no para el Señor. La cruz es para poner en ella todos los días, lo que somos y lo que tenemos, lo viejo, lo inútil.

Dicen los apologistas de la prosperidad en el cristiano, que el Señor quiere vernos acá envueltos en una vida regalada y apacible, sin problemas, sin hambre, sin preocupaciones, sin persecuciones, todo bien; pero Mateo 10:34-39 dice lo contrario:

> *«[34]No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. [35]Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; [36]y los enemigos del hombre serán los de su casa. [37]El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí; [38]y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. [39]El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará»*.

El Señor no trae paz a una tierra en la que aún Satanás es su príncipe; por eso los vencedores están en guerra contra Satanás, y éste los ataca usando aun a los mismos familiares de su propio hogar.

Al Señor hay que amarlo por encima de todas las cosas. Esa espada que se menciona en el versículo 34, es la vida llena de tribulaciones y dolores del sufrido y verdadero vencedor, el que camina todo herido por el camino estrecho trazado por Cristo. El

versículo 35 explica el 34. De acuerdo con el verso 38, se trata de una cruz; y tú estás en libertad de llevarla o no. La cruz es opcional, pero absolutamente necesaria para el que quiere caminar con Cristo. El hecho de seguir al Señor y obedecerle te crea dificultades, y tú puedes voluntariamente escoger sufrirlas o no. Como la de Cristo, toda cruz de los hijos de Dios es determinada y decidida por el Padre, y nosotros escogemos llevarla o no. De eso depende nuestra participación en el reino. Declara 1 Pedro 4:1,2:

> *«[1]Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado, [2]para no vivir el tiempo que resta en la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios»*.

No es que Dios quiera que vivamos sufriendo, pero sí debemos armarnos con una disposición al padecimiento, debido a que estamos inmersos en una batalla espiritual que también tiene sus repercusiones y manifestaciones en nuestra vida natural. Creyente que rehúye el sufrimiento, no puede ser edificado. Dios puede salvar nuestra mente, de tal manera que haya en nosotros la disposición a sufrir como también Cristo padeció. Es natural que nuestra tendencia sea la de huir de todo sufrimiento y a toda hora pedirle al Señor que por favor nos libre de todas las dificultades y amarguras, pues no soportamos las pruebas. Pero esta no fue la actitud del Señor en Getsemaní. Desde que nació, el Señor Jesús tuvo la disposición para sufrir. Él sabía que había nacido para eso mientras permaneciera en el cuerpo mortal. Por tanto, desde el día en que nacemos en el Espíritu, y somos hijos de Dios, debe ser nuestra tarea entrenarnos para el sufrimiento. Esa es la verdadera posición de un vencedor. Si escapas como un cobarde del sufrimiento, estás desarmado y te viene la derrota. Hermano, enfrenta el sufrimiento. Cuando la Palabra de Dios nos dice que no seamos carnales,

lujuriosos, cobardes, infieles, o lo que sea que dependa de nuestra vieja vida natural, es porque Él nos puede salvar de cualquiera de esas demandas y pensamientos de los deseos carnales.

La Palabra de Dios dice que son bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, los que están dispuestos a sufrir por la verdad, por la justicia, por la causa del Señor y de Su evangelio de salvación; sus heridas y cicatrices son las llaves de entrada al reino de los cielos. El sufrimiento del creyente es más meritorio que el de los ángeles cuando les toca participar en luchas contra el enemigo. ¿Por qué es más meritorio? Porque los ángeles conocen la gloria del Señor y lo que el cielo representa; en cambio el creyente es estorbado por su propia carne, por Satanás y por un mundo atrayente, y apenas mira las cosas como por un espejo; apenas vislumbra algo de lo que le espera, movido por la fe y la esperanza, basado en las promesas del Señor, en la revelación de las Escrituras y en el poco conocimiento que ahora tiene de Dios y de las cosas que Él nos tiene preparadas. Sufrir por el Señor es un honor que no le es dado a todos los creyentes.

NOVEDAD DE VIDA

Dice Romanos 6:4: *«Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva»*.

El contexto del capítulo 6 de Romanos nos habla del bautismo en su doble connotación de ser introducidos dentro del Cuerpo de Cristo por el Espíritu y el de ser identificados con Cristo mediante el bautismo en agua. ¿En qué nos identificamos con Cristo? Somos sumergidos en Cristo para que seamos parte de Él, después de haber sido tomados de nuestra antigua posición en el mundo de pecado y de tinieblas; ahora somos uno con Él

en Su muerte y resurrección. De Adán, de donde habíamos nacido, somos trasladados por el bautismo a nuestra nueva posición en Cristo; y al ser bautizados en Su muerte, esa muerte nos ha separado del mundo, nos ha liberado de toda la fuerza de nuestra vieja naturaleza con su vida natural implícita, de nuestro ego, de nuestra carne, del poder satánico de las tinieblas; es decir, ha cortado ese cordón umbilical que nos unía a nuestra vieja historia y sus enredos, pues ahora participamos con el Señor de Su resurrección. Es nuestra primera resurrección, la del espíritu, que se traduce en novedad de vida.

Los versículos 4 y 6 nos hablan de que nuestro viejo hombre fue crucificado con Cristo, de manera que participamos también de Su sepultura por el bautismo, y luego experimentamos una resurrección, que es una novedad de vida; pasamos a ser parte del nuevo hombre, que es Cristo; históricamente llegamos a ser nuevas personas, porque esta primera resurrección del creyente ahora también es subjetiva, nuestro espíritu pasó de muerte a vida. Pero luego viene un proceso de resurrección en nuestra alma, en nuestra vida actual; hasta alcanzar vivir una vida de resurrección, una muerte del viejo hombre heredado de Adán, hasta que a su vez nuestra alma pase de muerte a vida. En ese proceso vamos experimentando como especie de una transformación progresiva por el Espíritu, de tal manera que cada día nos vamos conformando más a la imagen del Hijo de Dios. Es una verdadera metamorfosis.

La primera etapa de nuestra resurrección es un hecho histórico, y la segunda etapa de nuestra resurrección es un proceso actual en el cual no podemos quedar estancados, pues se trata de desarrollar nuestra novedad de vida; buscar que esa novedad de vida reine en nosotros y se exprese. No sólo en el bautismo nos identificamos con Cristo, sino que el bautismo es sólo el comienzo de esa identificación. A medida que crecemos en nuestro proceso actual de novedad de vida, más nos identificamos con el Señor Jesús y nuestro resurrección dará

testimonio de quiénes somos, y el Señor se expresará a través nuestro. Dice el verso 5:

«Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección».

El Señor Jesús, como el grano de trigo, tuvo que morir para poder dar fruto; y nosotros, como el grano de trigo, hemos muerto con Él; y como estamos unidos con Él orgánicamente, se produce un crecimiento. Vemos en la agricultura que el brote que ha sido injertado en un árbol, participa de la vida, de la savia y de las características del árbol. Nosotros ahora por el bautismo somos plantados juntamente con el Señor; somos injertados en Él, de manera que participamos de todo lo que Él ha experimentado: Su muerte, Su sepultura, Su resurrección. En Romanos 11:24 dice que fuimos cortados del olivo silvestre (Adán) e injertados en el buen olivo, en el olivo cultivado (Cristo).

El bautismo es una semejanza en la cual participamos de todo lo que Cristo es y ha experimentado, pero teniendo en cuenta que toda esa experiencia es un proceso actual. Recuérdese que todo lo de Dios, incluida Su salvación, Su vida en nosotros, Sus promesas, todo se recibe por fe, y se le da sustantividad.

Ahora bien, en la medida en que el Espíritu Santo me revele el valor que tiene para Dios la sangre vertida por Cristo en beneficio mío, Su muerte sustituta y Su resurrección, podré yo tener conciencia de la importancia de llevar mi cruz y vivir la resurrección en novedad de vida. Al nacer de Adán, recibimos todo lo que es de Adán; al nacer en Cristo, recibimos y participamos de todo lo que es de Cristo; no obstante, debemos tener en cuenta que en Adán nacimos siendo pecadores, lo que se llama el «viejo hombre», y que la sangre de Cristo me lava de todos mis pecados, pero se hace necesaria la cruz para que ese viejo hombre sea crucificado.

LAS CORONAS DE LOS VENCEDORES

Apocalipsis 2:10b dice: *«Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida».* El Señor le dice al vencedor: Sé fiel aunque hayas de morir, aunque tu fidelidad te cueste la vida. No es lo mismo ser creyente que ser fiel. Hay creyentes en los cuales Dios puede confiar y otros en que no. La voluntad de Dios es que todo creyente sea fiel; que Él pueda contar con todos nosotros.

Nótese que aquí el Señor no habla de dar vida eterna, que es un regalo, sino la corona de la vida, la cual se logra, no como un regalo recibido por fe, sino adquirida por nuestra fidelidad. El Señor le había dicho a los vencedores de la iglesia en Esmirna:

> *«[10]No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida»*.

Santiago 1:12 también menciona la corona de vida para todos aquellos que soportan las pruebas por medio de la vida divina.

No podemos confundir la **vida eterna** con la **corona de la vida**. La vida eterna la recibimos de Dios de su voluntad, sin que medie obras de parte nuestra, pues la vida de Dios en nuestro espíritu la hemos recibido por gracia. ¿Quién podrá comprar la vida de Dios? Él corrige lo que haya malo en sus hijos para purificarnos, perfeccionarnos y santificarnos, pero no quita lo que ha dado. *«Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios»* (Ro. 11:29). En cambio, para recibir la corona de la vida debemos serle fieles hasta la muerte; es decir, en caso de sufrir persecuciones, estar dispuestos a ser sacrificados por causa del Señor, si es necesario. Entonces la corona denota un premio. Es como una resurrección sobresaliente. Nótese que en Hebreos 11:35 habla de una mejor resurrección para los mártires: *«La mujeres recibieron sus muertos mediante resurrección; mas otros fueron atormentados, no aceptando el*

rescate, a fin de obtener mejor resurrección».

Leemos en 1 Corintios 9:25-27: *«[25]Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. [26]Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea al aire, [27]sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado»*. Nótese que aun tenemos lucha con nosotros mismos.

Aquí habla de una **corona incorruptible** para aquellos que obtienen dominio sobre el viejo hombre y hacen morir los hábitos del cuerpo; se puede predicar lo de las recompensas en el reino, y uno mismo, aunque sea salvo por gracia mediante la fe en Jesucristo, si no se está alerta, puede tener la posibilidad de ser descalificado, de ser indigno de recibir el premio en el reino. Esta corona tiene la connotación de que el vencedor es honrado públicamente por un servicio distinguido.

En 1 Tesalonicenses 2:19 dice: *«Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida?»* Pablo aquí habla de **corona** con la connotación de que es para los ganadores de almas para el Señor.

Dice 2 Timoteo 4:8: *«Por lo demás, me está guardada la corona de justicia; la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida»*. Aquí la Palabra de Dios habla de una **corona de justicia**; es decir, que proviene de la justicia del Señor pero a través de las obras del creyente, a todos los que aman la venida del Señor; esto también aparte de su salvación.

También en 1 Pedro 5:4 la Palabra de Dios dice: *«Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria»*. Dios promete una **corona de gloria** para los ancianos (obispos) fieles, los que tienen buena

disposición para apacentar la grey de Dios.

SEGUNDA PROMESA

El Espíritu Santo quiere que la Iglesia no se olvide que el Señor Jesús fue crucificado por nosotros una sola vez, pero que resucitó glorioso; que no tengamos ningún temor de lo que eventualmente tengamos que padecer por causa del Señor y de Su testimonio, pues Él es el poderoso Dios que tiene el control de todo lo que ocurre en el universo. Es necesario vencer la persecución.

«Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Ro. 8:18).

Nuestro Dios santo y poderoso quiere que nuestra fidelidad hacia Él sea acrisolada hasta la muerte. Lo más importante para un hijo de Dios debe ser serle fiel al Señor en todas las circunstancias; vencer todas las dificultades por el poder de Su Santo Espíritu. Todo lo que nos ocurre es para nuestro bien; Él lo sabe todo y nadie puede ya arrebatarnos de Sus manos. Nosotros mismos somos los que nos alejamos de Él.

Hay que ser vencedores sobre la persecución (Ap. 2:9-10), y la persecución guarda relación con el sufrimiento, la tribulación, las cárceles, la pobreza, las pruebas y las calumnias de los religiosos. Para ser vencedores hay que amar al Señor y darle el primer lugar en todas las cosas, incluso ponerlo por encima de nuestra comodidad, de nuestros bienes, de nuestra fama, de nuestros amores, de nuestra familia, y hasta de nuestra propia vida. Cuando le damos al Señor la preeminencia en todo, a menudo esto nos acarrea problemas y fricciones en nuestros propios hogares. Sobrevienen persecuciones por parte de nuestros parientes y amigos, surgen calumnias y dedos acusadores por parte de las sinagogas de Satanás; a veces el Señor nos guía a que debamos trabajar y tener comunión con herma-

nos muy dominantes e intolerantes. Todo eso nos va acrisolando y nos va convirtiendo en vencedores. Algunos piensan que en nuestra iglesia local todo es manifestación de amor, comprensión y armonía, pero en la práctica el Señor utiliza todas esas fricciones y hasta enfrentamientos con los hermanos, para tratar con nosotros, para descubrir nuestros espíritus.

EL VENCEDOR NO SUFRIRÁ DAÑO DE LA SEGUNDA MUERTE

"El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte" (Ap. 2:11).

El Señor aquí habla a todos los creyentes, y particularmente a los de Esmirna. ¿De qué tienen que ser vencedores en este caso? Lo máximo que nos puede hacer Satanás, si el Señor se lo permite, es hacer uso de la muerte física contra nosotros, y para ello puede usar los poderes del Estado y de las instituciones religiosas de toda índole, aun las eclesiásticas de tipo cristiano. Vemos en toda la historia que hay muchas instituciones y organizaciones que pretenden tener el hereditario derecho de ser la legítima Iglesia o pueblo del Señor, y de ellas los vencedores reciben persecución y tribulación, o por lo menos el menosprecio, difamación mediante libelos, programas radiales y otros medios. Eso es la realidad de la historia de la Iglesia en todos los tiempos, pero el Señor ya lo había advertido. La victoria aquí se trata de la fidelidad al Señor hasta la muerte. Satanás sabe que está derrotado, y la victoria la ha conquistado Jesucristo, el Hijo de Dios, mediante el derramamiento de su preciosa sangre en la cruz, vertida hasta la muerte, pero con el resultado de una poderosa resurrección y gloriosa ascensión al Padre en los cielos, enviando luego Su Santo Espíritu y dando vida a la Iglesia, que es Su Cuerpo, la cual hace efectiva la sentencia contra Satanás ahora, y en especial los vencedores. Hermano, si eres infiel, terminas en derrota. Si huyes del sufrimiento, si evades todo compromiso que incluso te puedan

llevar hasta el martirio, estás en derrota. Si amas más tu propia vida y no estás dispuesto a ofrendarla por el Señor, sufrirás el daño de la muerte segunda. Pero hagamos un corto análisis de estos conceptos.

Para entender esto es fundamental que sepamos que hay dos categorías de creyentes, los vencedores y los derrotados. Cuando la Escritura habla de vencedores, es porque hay cristianos derrotados. Los vencedores son los cristianos que, en el marco de la Palabra de Dios, son creyentes espirituales normales, y los derrotados son los creyentes carnales. Un cristiano carnal es un creyente anormal. Los creyentes de ambas categorías son salvos por la eternidad, pero algunos serán salvos así como por fuego, es decir, siendo castigados. Así como no es lo mismo la vida eterna que la corona de la vida, tampoco se debe confundir la muerte eterna o segunda muerte con el daño de la segunda muerte. Sufrir daño de la segunda muerte se relaciona con el castigo temporal durante el reino milenario. Leemos en 1 Corintios 3:15:

«Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego».

Cuando la Palabra de Dios dice que los vencedores no sufrirán daño de la segunda muerte, significa que los derrotados sí la sufrirán. Sufrir un castigo temporal en las tinieblas de afuera, o algún lugar parecido, es sufrir daño de la segunda muerte. No sufrirán la muerte segunda, pero sí les causará daño, dolor. Que no sufrirán la muerte segunda la Palabra lo declara, así:

"[27]Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, [28]y yo les doy vida eterna; y ***no perecerán jamás****, ni nadie las arrebatará de mi mano"* (Jn. 10:27-28). *«Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero*» (Jn. 6:39). *«De los que me diste no perdí ninguno»* (Jn. 18:9b).

Nótese que dice que no perecerán jamás; no dice que el que se descarríe por el pecado, se pierde eternamente. El creyente que peca, será juzgado por su pecado y castigado, pero no pierde su salvación. La salvación eterna no guarda ninguna relación con nuestras obras o comportamiento (Ef. 2:8-9).

Resurrección significa pasar de muerte a vida. Como lo veremos en el capítulo siete, el creyente debe pasar por un proceso de resurrección. Lo normal es que todo creyente experimente tres resurrecciones. Toda persona humana nace muerta en pecado; cuando cree, es regenerado, experimenta el nuevo nacimiento. Esto es la primera resurrección personal de que ya hemos hablado. El espíritu pasa de muerte a vida cuando creímos; pero viene luego una segunda resurrección: el alma va experimentando su resurrección en la medida en que nos ocupemos menos de la carne y más del espíritu. En la práctica esta es una resurrección progresiva en la vida del creyente, en la medida que camina con Cristo. La tercera es la resurrección gloriosa, a la final trompeta, cuando venga el Señor, que es la primera de las dos grandes resurrecciones colectivas. Es cuando será resucitado el cuerpo. También en Apocalipsis 20:6 dice:

> *«Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años»*.

La diferencia estriba en que la segunda muerte es condenación eterna, y sufrir daño de la segunda muerte, es sólo una disciplina temporal, durante la edad del milenio.

Si alguien no es purificado en su alma en este tiempo, lo será en la era venidera, durante el tiempo del reino milenario, para que en la eternidad podamos estar con el Señor, y ser santos como Él es Santo. Hay cosas en el creyente carnal que están bajo maldición en Adán, que deben ser quitadas, ahora o cuando el Señor venga y juzgue a la Iglesia. Nótese que Pablo había sido salvo eternamente cuando aún era un perseguidor de

la Iglesia; y él sabía eso. Pero fue llamado a un trabajo, no para ser salvo, sino para hacer la obra de Dios y poder entrar en el reino. Al analizar el capítulo 9 de 1 Corintios, vemos que Pablo se refiere a su trabajo con relación al reino, y en el versículo 17 habla de que tendrá ***recompensa***; en el 18 habla de ***galardón***; en el 24 habla de ***premio***; en el 25 habla de recibir una ***corona incorruptible***. La manifestación del reino de los cielos, será para los cristianos la manifestación de una recompensa. No obstante, en los versículos 26 y 27 dice:

> *«[26]Así que, yo de esta manera corro. No como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, [27]sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado»*.

Esto de ser eliminado o reprobado, tiene la connotación de ser descalificado, rechazado ante el tribunal de Cristo, no digno de recibir el premio, aunque hubiese sido salvo eternamente por gracia mediante la fe en Cristo.

Ya hemos dicho que una cosa es la vida eterna y otra es la corona de la vida. La vida eterna se recibe como un regalo de Dios, y la corona de la vida depende de nuestras obras. La corona de la vida solamente la recibe quien sea fiel hasta la muerte, el vencedor. Así también encontramos lo opuesto a la vida eterna, o sea, la muerte eterna, la segunda muerte, lo que a su vez es diferente del daño de la segunda muerte.

Entonces, ¿cuándo, en qué tiempo, se recibe la corona de la vida? Cuando el Señor venga, cuando nos reunamos con Él en las nubes e instale Su tribunal para juzgar a la Iglesia y se le dé inicio a la edad del reino mesiánico, el milenio; y eso se traduce en que el vencedor ha de reinar con Cristo en el reino de Dios. Simultáneamente, el derrotado, el creyente que no es fiel hasta la muerte, aunque no pierde su salvación, sin embargo, no recibe la corona de la vida, sino que durante el milenio tiene pérdida y es sometido a sufrir el daño de la muerte segunda, que

puede ser una especie de "correctivo" en las tinieblas de afuera.

"Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará" (Mt. 16:25).

El hombre natural, muerto espiritualmente, por la gracia de Dios, y mediante la fe en el Señor Jesús, recibe la vida eterna. Posteriormente, cuando regrese el Señor, recibe la corona de la vida, siempre y cuando sea victorioso, fiel hasta el punto de estar dispuesto a dar su vida por el Señor.

LA SALVACIÓN EN HEBREOS

La carta a los Hebreos constituye una de las primeras muestras de defensa (apologética) de la fe cristiana y su superioridad frente al judaísmo; y es por eso que a lo largo de su contexto contrapone la apariencia y la sombra de lo provisorio y terrenal de la ley mosaica, frente a la verdad celestial y eterna de Cristo y la Iglesia. Esta carta hay que analizarla en su verdadero contexto. Leamos Hebreos 5:11-14:

«Acerca de esto tenemos mucho que decir, y difícil de explicar, por cuanto os habéis hecho tardos para oír. Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido. Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño; pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal».

Estos últimos cuatro versículos del capítulo 5 de Hebreos hablan de creyentes inmaduros, niños espirituales, a los cuales no se les puede alimentar sino con leche, con los rudimentos de la doctrina de la salvación y no con alimento sólido, porque son niños. Hay creyentes que se pasan toda la vida, digamos, en la

primaria, cuando debieran ser ya maestros de otros, y no avanzan, no salen de esas primeras etapas de los seis rudimentos de la gracia que están enumerados en los dos primeros versículos del capítulo 6, que son el fundamento de la vida cristiana, a saber: (1) el arrepentimiento de obras muertas, (2) la fe en Dios, (3) la enseñanza de bautismos (abluciones, lavamientos), (4) la imposición de manos, (5) la resurrección, y (6) el juicio eterno. No podemos quedarnos en esa etapa de la gracia; debemos crecer en la palabra de justicia, en el conocimiento y la vida del Señor; debemos colaborar con el Señor en la edificación de la casa de Dios; debemos trabajar con el Señor en la preparación del reino de los cielos. El Señor es el que obra en nosotros en nuestro crecimiento espiritual, en nuestra madurez, pero no lo hace si nosotros no cooperamos con Él. Nótese que el capítulo 6 conecta con un «por tanto». Leamos el contexto de Hebreos 6:1-8:

«[1]Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección; no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios, [2]de la doctrina de bautismos, de la imposición de manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno. [3]Y esto haremos, si Dios en verdad lo permite. [4]Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, [5]y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, [6]y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole al vituperio. [7]Porque la tierra que bebe la lluvia que muchas veces cae sobre ella, y produce hierba provechosa a aquellos por los cuales es labrada, recibe bendición de Dios; [8]pero la que produce espinos y abrojos es reprobada, está próxima a ser maldecida, y su fin es el ser quemada».

Aquí confirmamos que el autor habla a cristianos en proceso de madurez, que deben estar dejando los rudimentos y que deben avanzar y adentrarse en las cosas profundas de la vida en el Espíritu; esto encierra el participar con el Señor en sus logros, y alimentarnos de Él para un normal crecimiento. Vemos, pues, que ahí el tema no es la salvación; de lo que trata ahí es de progresar en la madurez espiritual y no el retroceso.

Si alguien que una vez haya sido iluminado y gustado del don celestial (Cristo), participante del Espíritu Santo y de los poderes del siglo venidero (poderes del reino milenario, que son los dones y poderes del Espíritu Santo), si recayere y vuelve atrás, no tiene necesidad de volver a poner el fundamento, creyendo otra vez en el Señor Jesús, ni de arrepentirse de nuevo de obras muertas, pues no puede ser otra vez renovado para arrepentimiento; ya todo eso lo hizo una vez y para siempre.

Cuando creímos en Cristo, Dios nos perdonó, nos justificó, nos dio vida eterna, nos dio su paz, nos dio seguridad de nuestra salvación. Entonces, ¿qué sucede con esa persona? Pues sencillamente que, en vez de dar fruto al ser alimentada y cultivada por Dios, dio espinos y abrojos; entonces esa persona es reprobada, eliminada del reino, pues los espinos y abrojos que produjo deben ser quemados. Esa persona no perece para siempre, pero sí sufrirá el daño de la segunda muerte. Alguien puede alegar contradicción usando el texto de Hebreos 10:26-29, que dice:

> *«[26]Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, [27]sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. [28]El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. [29]¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta*

al Espíritu de gracia?».

Aquí muestra el camino de un apóstata judío. Hay que tener en cuenta todo el contexto de la carta a los Hebreos que, como su nombre lo indica, es dirigida a los hermanos cristianos que antiguamente profesaban la religión judaica, con sus sacrificios de animales, todo eso figura y sombra de la verdad en Cristo; ellos habían venido asistiendo a sus reuniones en las sinagogas. ¿Dónde se reunían después de convertirse? En las reuniones de la iglesia, por las casas con los hermanos. La carta a los Hebreos fue escrita precisamente por causa de los judíos que se habían convertido al cristianismo, los cuales muchas veces no tenían estabilidad; estaban llenos de temores por la continua intimidación, amenazas y acoso a que eran sometidos por los líderes de las sinagogas, e incluso por los mismos parientes y allegados; de manera que algunos temían que los vieran en las reuniones de la iglesia, y muchos estaban al borde de regresar al judaísmo.

Al analizar cuidadosamente toda la carta a los Hebreos, y en particular los capítulos 9 y 10, vemos que el Señor Jesús con Su sacrificio en la cruz abolió los sacrificios del antiguo pacto, y nos abrió un camino nuevo y vivo para entrar en el Lugar Santísimo, que ahora no se trata del templo de Jerusalén, figura del verdadero, sino el Lugar Santísimo de los cielos, en donde está el Señor *sentado*; porque Su solo sacrificio es válido para siempre, en contraste con los sacerdotes, que están *de pie* día tras día, ofreciendo sacrificios continuamente, que nunca pueden quitar los pecados. Cuando el versículo 25 dice que *«no dejando de congregarse, como algunos tienen por costumbre»*, significa que el hermano hebreo que llegase a dejar de congregarse en las reuniones cristianas, equivalía volver voluntariamente a las reuniones del judaísmo, al antiguo pacto, a la sinagoga; y eso es lo que significa *«pecar voluntariamente»* del versículo 26, despreciando así la verdad del nuevo pacto y volviendo a los sacrificios de toros y machos cabríos que, en la

economía de Dios, ya no pueden quitar los pecados.

Vemos, pues, que el contexto habla de la verdad, que es todo lo revelado en la carta; habla del nuevo pacto, en comparación con el antiguo, que era la sombra; habla de la sangre del Señor, en comparación con la sangre de los animales; de manera que si un hermano hebreo vuelve al judaísmo, ya no queda más sacrificio por sus pecados, pues los antiguos sacrificios ya quedaron sin valor; guardar ciertos días y preceptos quedó sin valor; preferir ciertos alimentos quedó sin valor; reunirse en la sinagoga quedó sin valor; preferir ciertos edificios llamados templos y ciertos lugares específicos, quedó sin valor. Lo válido está en Cristo, dentro de la Iglesia redimida, el Cuerpo de Cristo.

Téngase en cuenta que todos los sacrificios del antiguo pacto fueron reemplazados por el único sacrificio de Cristo; de modo que el sacrificio por los pecados cesó para siempre; ya no hay más sacrificio. Alguien que volviese al judaísmo, ya no tenía más sacrificio por sus pecados, y lo que le esperaría sería un terrible castigo dispensacional. En caso de que su conversión haya sido auténtica, esa persona no pierde la salvación, por cuanto sigue haciendo parte de la Iglesia, conforme al versículo 30. El que un judío, después de haber creído en Jesús, volviera al judaísmo y volviera a confiar en los sacrificios de los animales, significaba pisotear al Hijo de Dios, y habría tenido como común la sangre de Cristo. Consideramos que si alguien, siendo creyente, se vuelve a su antigua religión y a sus ídolos, tendrá algún fuerte castigo dispensacional.

LA GRACIA Y EL GOBIERNO DE DIOS

Para comprender mejor todo lo relacionado con la salvación y el reino, es necesario saber que Dios ha establecido en el universo dos sistemas que son, el sistema de la gracia y el sistema del gobierno de Dios.

Por ejemplo, la creación del hombre es un acto del gobierno

de Dios, y la vida del hombre sobre esta tierra, sus acciones, sus responsabilidades, sus interrelaciones, sus mismas formas de gobierno y constituciones, requieren que se someta al gobierno de Dios, que obedezca esos principios y dé cuenta ante Dios de sus actos, ahora o ante el trono judicial divino.

Satanás cayó porque se rebeló contra el gobierno de Dios; luego cayó el hombre y pecó deliberadamente, rebelándose también contra el gobierno de Dios. Entonces, y por esa causa, fue añadido el sistema de la gracia, para redimir y restaurar a los hombres insubordinados y rebeldes, pues de otra manera jamás podrían someterse al sistema de gobierno de Dios. Nadie que no haya sido redimido lo ha logrado. ¿Dónde se encuentran los redimidos y restaurados? En la Iglesia, de manera que el sistema de la gracia se relaciona con la Iglesia, con la salvación, donde se espera que los hijos de Dios en Cristo se sometan al gobierno de Dios.

El gobierno de Dios actúa desde la creación de los ángeles; y cuando Lucifer se rebeló contra ese gobierno, fue echado del cielo. El gobierno de Dios actuó en el jardín del Edén al poner al hombre a cargo del mismo, revestido de toda la autoridad para ello, pero también actuó al echarlo de ahí cuando cayó; aunque actuó Su gracia al prometerle un Salvador. El gobierno de Dios actuó muchas veces durante la peregrinación del pueblo hebreo por el desierto; y muchos cayeron bajo el justo juicio de Dios y perecieron en el desierto, y no entraron a la tierra prometida. El gobierno de Dios se puso de manifiesto cuando David pecó y representó mal el gobierno de Dios, haciendo blasfemar a los enemigos de Dios. Por Su gracia, el Señor perdonó a David de su pecado, pero la disciplina le siguió por el resto de su vida, primero con la muerte del niño fruto de su pecado con Betsabé, la mujer de Urías, y luego le sobrevino que la espada (arma con la cual David había hecho el mal, la muerte de Urías) jamás se apartó de la casa de David (2 Sam. 12:7-14). La Biblia está llena de ejemplos.

Conforme al sistema de la gracia, el Señor Jesús estuvo en esta tierra para salvar a los hombres, pero conforme la Palabra de Dios, Él también padeció en la cruz para establecer la autoridad de Dios y el reino de los cielos sobre la tierra. Es esa misma autoridad que recibió Adán, pero que se la entregó al maligno cuando pecó. Esa autoridad es restaurada al hombre en Cristo, el postrer Adán. *«El reino de los cielos se ha acercado»* (Mt. 10:7). Los hombres en el mundo no conocen el gobierno de Dios; eso sólo se conoce en la Iglesia, entre los vencedores. Hay muchos hermanos que ignoran esto.

¿Qué sucede cuando un creyente no se somete al gobierno de Dios? Todo creyente ha sido perdonado de sus pecados pasados, por la gracia. Pero la gracia no ha puesto a un lado al gobierno, y los hijos somos los primeros en dar el ejemplo. Si tú, siendo creyente, tú que representas al Señor, pecas o vives livianamente, no sometiéndote al gobierno de Dios, haces que blasfemen los enemigos de Dios, estás buscando que te suceda lo de David. Si confiesas tu pecado, Él es fiel y justo para perdonarte, pero el perdón de la gracia que has recibido de Dios, no cambia Su perdón de gobierno, no lo afecta, y de acuerdo a la gravedad de tu pecado, puede que seas tratado disciplinariamente. Moisés pecó, representó mal al Señor en Meriba, cuando golpeó la roca; Dios lo perdonó, él es salvo; apareció en la transfiguración del Señor, pero no entró en la tierra prometida, por causa del perdón de gobierno.

Esto es serio, hermanos, de manera que si un hijo de Dios no alcanza a ser juzgado y castigado por el Señor mientras está acá en la tierra, su pecado le alcanzará delante del tribunal de Cristo en Su venida, en la resurrección de la Iglesia, y allí tendrá la disciplina del caso. Es necesario que nos examinemos a nosotros mismos a la luz y convicción del Espíritu.

> *«[31]Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; [32]mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el*

mundo» (1 Co. 11:31-32).

Cuanto más se entienda y se viva el sermón del monte, cuanto más humilde y pobre en espíritu sea el creyente, tanto más se puede compenetrar con el gobierno de Dios y más se sujeta a él. El mundo no conoce esto, ni puede conocerlo; quiera el Señor que lo conozca y lo viva la Iglesia. Nuestra salvación es por la gracia de Dios en Cristo, pero nuestra conducta como creyentes debe estar sujeta al gobierno de Dios.

LA MUERTE SEGUNDA

Además de la corona de la vida, a los vencedores se les promete no sufrir daño de la segunda muerte. En Apocalipsis 2:10b dice: *«Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida»*. Nótese que aquí el Señor no habla de dar vida, sino la corona de la vida, la cual se logra, no como un regalo recibido por fe, sino adquirido por nuestra fidelidad. Además de la corona de la vida, a los vencedores se les promete no sufrir daño de la segunda muerte. La muerte significa separación. En la muerte física se separa el alma del cuerpo; y la muerte espiritual es una separación del hombre de su Creador. Entonces, ¿cuál es la primera muerte? La primera muerte es el pecado. Todos los hombres nacemos muertos en nuestro delitos y pecados (cfr. Ef. 2.1). Dios le había dicho a Adán: «*De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás*» (Gn. 2.16b-17). Adán comió de ese árbol y de cierto murió espiritualmente, es decir, su espíritu quedó haciendo parte del hombre pero ya sin vida. Dios se había separado de él. Sólo quedó en el hombre la vida biológica y la vida psíquica. Esa muerte de Adán se convirtió en una naturaleza pecaminosa y esa muerte la trasmitió a toda la raza humana. Por eso vino el Hijo de Dios a encarnarse y mediante su obra en la cruz darnos vida terna.

En el evangelio de Lucas, el Señor le dice a alguien: «*Sígueme*». El aludido, le contestó: «*Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre*». De seguro, el padre de esta persona ya estaba anciano o enfermo. Pero el Señor le enfatizó, diciéndole: «*Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú vé, y anuncia el reino de Dios*» (cfr. Lc. 9.59,60). Eso significa que toda la humanidad está muerta, y el reino de Dios es el escenario de los vivos, los que han sido trasladado de muerte a vida.

La obra de redención de Cristo consiste en pagar un alto precio, precio de muerte, sacando a todo el que en Él crea de esa herencia de muerte, dándole vida eterna, para que todo el que en Él crea no sufra la segunda muerte ni participe en el juicio de los impíos en el gran trono blanco, después de finalizado el reino milenario. Entonces, ¿qué es la muerte segunda? La segunda muerte es la separación de la persona de todo contacto con Dios y el resto de la creación, y ser lanzado en un lago de fuego para perdición eterna. La Palabra de Dios dice en Apocalipsis 20:14,15:

> *"14Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. 15Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego"*.

¿Cuando ocurrirá esto? Después del reino milenario, cuando los muertos impíos sean resucitados, después de que sean juzgados en el juicio del gran trono blanco; una vez terminada la sentencia, serán echados al lago de fuego, la Gehena, y allí sufrirán tormento eterno en cuerpo y alma. Esa es la muerte segunda, para todos aquellos cuyos nombres no se hallen escritos en el libro de la vida del Cordero.

La Palabra de Dios nos dice que ningún cristiano sufrirá la muerte segunda, aunque, como hemos dicho, los cristianos derrotados, los que se unen al mundo y aman al mundo y a las cosas del mundo, sin embargo, pueden eventualmente sufrir daño temporal de la segunda muerte durante el reino milenario, en un escenario similar al sitio donde estarán los incrédulos del

mundo. Como lo hemos anotado, hay muchas partes en la Biblia que declaran que los creyentes no sufrirán la muerte segunda. Entonces estimamos que hay una marcada diferencia entre lo que es la segunda muerte, que sí implica la condenación eterna, y sufrir daño de la segunda muerte, que sólo es temporal. Por favor lea el contexto sobre el siervo infiel en Lucas 12:41-48. Allí habla de azotes a los siervos, y de castigo temporal en las tinieblas de afuera. El Señor jamás tiene por siervos a los que no le pertenecen. Ningún impío es siervo del Señor. En el capítulo cuatro estaremos dando detalles de las diferentes clases de disciplinas durante la edad del reino.

Ahora, es riguroso explicar que no se trata de algún sitio llamado «purgatorio», pues la Biblia no enseña esa doctrina ni la existencia de ese lugar. Cuando los religiosos inventaron la doctrina del purgatorio se referían a la salvación eterna y no al reino. El castigo temporal a que se refiere la Escritura, hace alusión al reino y no a la vida eterna. Pero volviendo al tema, tenemos que también los que no arreglan a tiempo sus problemas con los demás hermanos de la iglesia, pueden tener sus dificultades delante del tribunal de Cristo. Se trata de problemas en la Iglesia, de problemas entre los hermanos, sectarismos, disensiones, pleitos, odios, falsas acusaciones, celos religiosos y demás obras de la carne. Con la actual situación de la Iglesia, es fácil arreglar esos problemas con el simple hecho de mudarse uno de la comunión con los hermanos e irse uno a reunir en otra congregación denominacional, y hacerse miembro en donde aún no haya tenido esos problemas; pero, ¿ya están arregladas esas cosas delante del Señor? El Señor le dice a los creyentes:

«[21]Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. [22]Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, ***quedará expuesto al infierno de fuego****. [23]Por tanto si traes tu ofrenda al*

altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, [24]*deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda.* [25]*Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel.* [26]*De cierto te digo que* ***no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante****»* (Mt. 5.21-26).

En el anterior contexto, para el Señor no hay hermanos fuera de la Iglesia. ¿Cuál es el lugar de ese castigo temporal? Allí dice que el infierno de fuego, y luego lo repite en el verso 30. ¿Dónde dice que es temporal? En el contexto de los versículos 25 y 26.

Somos salvos por gracia, no por cumplimiento de la vieja dispensación, pero para entrar en el reino debemos cumplir la ley del reino, la que complementa la antigua. La justicia de los legítimos cristianos debe ser superior a la de los meros religiosos profesantes, que son los modernos escribas y fariseos.

Algunas personas estarán tentadas a tomar estas enseñanzas confundiéndolas como si se tratara de la apología de la doctrina romana del purgatorio. Nosotros acá no estamos enseñando nada que se relacione con un lugar llamado *purgatorio*, porque téngase en cuenta que la enseñanza sobre la existencia del purgatorio es traída por el catolicismo romano de las profundidades satánicas babilónicas, y no de la Biblia. El catolicismo romano históricamente desvirtuó la salvación gratuita de Dios en Cristo y difundió la especie de que las personas (incluso los impíos) debían pagar (comprar indulgencias, misas, responsos y votos) para que pudieran salir del purgatorio y tener salvación eterna. Por ese engañoso medio, los jerarcas de ese sistema religioso siguen obteniendo pingües ganancias. Eso lo sabe todo el mundo. Pero las Escrituras hablan de que todo creyente en Cristo fue predestinado desde antes de la fundación del mundo para ser salvo por gracia, sin obras, gratuitamente, por la sola fe en la obra redentora de Cristo en la Cruz. Es un regalo de Dios,

inmerecido. Pero cuando Cristo venga, después de la resurrección, todo creyente comparecerá ante el tribunal de Cristo para que sean juzgadas sus obras, ya en su calidad de creyente e hijo de Dios, sean buenas esas obras. o sean malas.

Todo padre de familia hace que en el hogar se respeten ciertas normas de vida, moral y de disciplina; cuánto más el Señor. Y cuando esas normas se infringen, el padre de familia toma medidas. Si los hijos hacen lo bueno, suele haber regalos y motivaciones, pero cuando hacen lo malo, suele haber dolorosas disciplinas. Eso lo dice la Biblia, por ejemplo en He. 12:3-11: *«[3]Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar. [4]Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado; [5]y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; [6]Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. [7]Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? [8]Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. [9]Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? [10]Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. [11]Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados»*.

Capítulo 3

LOS VENCEDORES Y EL MUNDO

LAS MINORÍAS DE DIOS

En distintas partes del mundo hay organizaciones religiosas que se ufanan del gran número de miembros que llenan sus templos y sus libros de registros, y en ello a veces basan el éxito de determinada gestión ministerial. Observamos en la Palabra de Dios que el Señor se deleita con sólo pocas personas, cuando esas pocas personas le aman y le son fieles y obedientes. El Señor Jesús siempre consideró a sus seguidores como una minoría; si las multitudes se contaminan con el mundo, entonces Él quiere una minoría santa, selecta por el Padre, leal, apartada de un mundo dominado por el pecado, la avaricia, la codicia, el engaño y las apariencias. A ese su pequeño grupo de elegidos, les dice el Señor en Lucas 12:30-32: *«[30]Porque todas estas cosas buscan las gentes del mundo; pero vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de estas cosas. [31]Mas buscad el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas. [32]No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino»* .

En las Escrituras Santas a menudo se registran ocasiones en que el Señor se decide por las minorías. Por ejemplo, antes del diluvio había mucha gente. La cultura antediluviana se había desarrollado lo suficiente como para que se hable de ciudades habitadas por miles de personas; pero la maldad se había multiplicado de tal manera, que Dios decidió raer de sobre la faz de la tierra a los hombres que había creado, porque la tierra toda estaba corrompida. De entre tanta gente sólo un hombre, Noé, halló gracia ante los ojos de Yahveh (cfr. Gn. 6), y declara la

Palabra de Dios en 1 P. 3.20: *«...los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua»*.

También vemos otro caso en el libro de Números, con ocasión del envío de los espías, durante la peregrinación del pueblo hebreo por el desierto. Por mandato de Yahveh, había necesidad de que se enviase desde el desierto a unos espías a que explorasen la tierra de Canaán; y de la gran multitud que componían los hijos de Israel después que salieron de Egipto e iban por el desierto camino a la tierra prometida, Dios no permitió que Moisés enviase a muchos, sino a un grupito de seleccionados por nombres.

Dice en Números 13:2 que Dios le dijo a Moisés: *«Envía tú hombres que reconozcan la tierra de Canaán, la cual yo doy a los hijos de Israel; de cada tribu de sus padres enviaréis un varón, cada uno príncipe entre ellos»*.

Otro ejemplo clásico lo encontramos en el caso de Gedeón. En tiempos de los jueces, cuando Dios entregó al pueblo de Israel en manos de los madianitas, los israelitas clamaron a Dios, y el Señor escogió para que los salvara, a un sencillo joven de la tribu de Manasés llamado Gedeón, del cual sabemos cómo le pidió al Señor que le confirmara su llamado mediante un vellón de lana puesto a la intemperie, a fin de que el Señor hiciera llover sobre el mismo o no, en tanto que a su alrededor ocurriera lo contrario. Fue tanta la confirmación y el respaldo que recibió del Señor, que a su llamado acudieron más de treinta mil israelitas; pero al Señor no le interesa mucho esas grandes multitudes, no sea que por ser muchos, por estar bien armados, por tener una buena cuenta bancaria y magníficas relaciones con el gobierno y con la sociedad, por ostentar grados universitarios y qué sé yo, se alaben a sí mismos y no le den la gloria a Dios, pues Él dice: *«No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu»* (Zac. 4:6); y entonces determina hacer una selección de unos pocos, como lo

podemos leer en Jueces 7:2-7: *«[2]Y Jehová dijo a Gedeón: El pueblo que está contigo es mucho para que yo entregue a los madianitas en su mano, no sea que se alabe Israel contra mí, diciendo: Mi mano me ha salvado. [3]Ahora, pues, haz pregonar en oídos del pueblo, diciendo: Quien tema y se estremezca, madrugue y devuélvase desde el monte de Galaad. Y se devolvieron de los del pueblo veintidós mil, y quedaron diez mil. [4]Y Jehová dijo a Gedeón: Aún es mucho el pueblo; llévalos a las aguas, y allí te los probaré; y del que yo te diga: Vaya éste contigo, irá contigo; mas de cualquiera que yo te diga: Éste no vaya contigo, el tal no irá. [5]Entonces llevó el pueblo a las aguas; y Jehová dijo a Gedeón: Cualquiera que lamiere las aguas con su lengua como lame el perro, a aquél pondrás aparte; asimismo a cualquiera que se doblare sobre sus rodillas para beber. [6]Y fue el número de los que lamieron llevando el agua con la mano a su boca, trescientos hombres; y todo el resto del pueblo se dobló sobre sus rodillas para beber las aguas. [7]Entonces Jehová dijo a Gedeón: Con estos trescientos hombres que lamieron el agua os salvaré, y entregaré a los madianitas en tus manos; y váyase toda la demás gente cada uno a su lugar»*.

Con los 300 hombres que le quedaron a Gedeón bastaba; la gloria sería del Señor. A Gedeón y a sus 300 el Señor les dio tres cosas a cada uno: Un cántaro de barro, ese es nuestro yo, somos vasos de barro; pero dentro de ese cántaro de barro nos dio una antorcha encendida; ese es el fuego del Espíritu Santo dentro de nosotros; y una trompeta para dar sonido de batalla, de juicio y de victoria. Al romper el cántaro, al negarnos a nosotros mismos, lo que se proyecta es la luz del Señor, de Su Espíritu, y al sonido de la trompeta, tenemos la victoria sobre los enemigos del Señor, del reino y de nuestra salvación. Dios escogió en Gedeón a alguien que confesó ser el más insignificante de la familia más humilde de toda la tribu. Era un vencedor de arrancada. La Palabra del Señor dice que el espíritu es el que da vida y que la carne para nada aprovecha. Además dice que las palabras que nos habla el Señor son espíritu y son vida (cfr. Jn. 6:63). En

muchas ocasiones son palabras que nos parecen muy fuertes, y no queremos comprometernos. Con ocasión en que el Señor declaraba que Él era el pan de vida, y que el que no comiese Su carne y bebiese Su sangre, no podía permanecer en Él, dice que muchos lo abandonaron; no entendieron. Luego dice en Juan 6:66-67: *«[66]Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él. [67]Dijo entonces Jesús a los doce: ¿Queréis acaso iros también vosotros?»*

EL MUNDO SE OPONE AL PADRE

Si la Iglesia se ha comprometido con el mundo y ha fallado en la historia, Dios determina hacer el trabajo con un grupo de valientes vencedores que le aman, le obedecen, que se niegan a sí mismos y llevan su cruz cada día. En todos los tiempos ha habido vencedores; poquitos, pero los ha habido. Declara 1 Juan 2:15-17: *«[15]No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. [16]Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. [17]Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre»*. Aquí la palabra *mundo* denota el sistema, contrario y opuesto a los principios de Dios, establecido por Satanás; y ese sistema ha involucrado a los hombres en todos los aspectos de la vida humana como son la política, el poder, la economía, la religión, la cultura, la educación, el entretenimiento y sus relaciones sociales. Satanás se ha valido para ello tanto de la naturaleza caída del hombre como del poder latente de su alma humana, creando un mundo supremamente seductor, atrayente y falso, que enlaza por medio de las concupiscencias y vanidades engañosas. Como el diablo es el creador, dueño y manipulador de ese sistema, todo el que se enreda ahí, está bajo el maligno.

La Iglesia también se ha visto enredada en esa maraña; pero siempre ha habido vencedores que no han amado al mundo y

han vencido al maligno. El vencedor sabe perfectamente que no es de este mundo. Dice en Juan 15:18-19: *«[18]Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. [19]Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece»*. El que ama al mundo, no ama al Padre; pero el vencedor ama al Padre y lucha con Cristo en contra de Satanás. *«Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo»* (1 Jn. 3:8). Cristo trabaja con los vencedores para deshacer las obras de Satanás.

El mundo gira a través de tres principios que han impulsado la obra de Satanás: Los deseos de la carne, que es el intenso deseo del cuerpo, la concupiscencia de los ojos, que tiene que ver con los deseos del alma por las cosas que le entran por los ojos, y la vanagloria de la vida, lo cual se relaciona con la jactancia y la prepotencia que involucra el amor a las cosas materiales y las posiciones y la gloria de los hombres. Todo eso se desvanece; pero Satanás todavía tiene ese sistema mundial bajo su mando y lo manipula; y los hombres que no tienen la vida de Dios, sino que están muertos en sus delitos y pecados, siguen esa corriente satánica. Esos tres principios involucran toda la actividad humana de este siglo, llámese economía, política, educación, el gobierno, la cultura, la recreación en sus diferentes facetas, la religión misma, en fin, todo. Dice en 1 Juan 5:19: *«Sabemos que somos hijos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno»*. Y también en Efesios 2:1-3 dice: *«[1]Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestro delitos y pecados, [2]en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, [3]entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás»*.

La Iglesia no está bajo el maligno, sino bajo el gobierno y la vida de Dios; sin embargo, la Iglesia, o mejor el cristianismo profesante, históricamente se unió en matrimonio con el sistema mundial y le ha sido infiel al Señor. ¿Por qué le ha sido infiel? Porque el Señor es nuestro esposo, y una esposa es infiel cuando ama a alguien fuera de su legítimo esposo.

Dice el Señor en Stg. 4:4: *«¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quisiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios»*. ¿Cuál es, entonces, la posición del vencedor frente al mundo? Ya que la Iglesia ha fallado, los vencedores toman la posición de toda la Iglesia, y vencen al mundo; lo vencen con la fe en el Hijo de Dios. Dice en 1 Jn. 5:4-5: *«[4]Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. [5]¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?»* Ya todo hijo de Dios tiene la vida divina en su espíritu; esa vida de Dios recibida en la regeneración, debe desarrollarse en nosotros continuamente, lo cual nos da poder para vencer al mundo manipulado por el diablo.

EL AMOR A SÍ MISMO

Después de declarar que para dar fruto hay que morir, como el grano de trigo, dice en Juan 12:25: *«El que ama su vida* (la vida del yo)*, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará»*. Nosotros debemos perder la vida del alma, el cascarón que oprime el espíritu, a fin de andar en comunión espiritual con el Señor y dar fruto, y así disfrutar, en la resurrección, del reino con el Señor.

Más de cien veces encontramos en el Nuevo Testamento, afirmaciones en el sentido de creer para ser salvos, para ser justificados, para tener vida eterna; todo eso se refiere a la salvación del espíritu; sin embargo, cuando se refiere a la

salvación del alma, la Biblia habla de sufrir con paciencia, de obrar, de perder el alma para ganarla. Puede que tú no estés pecando en el sentido de estar practicando actos implícitamente malos; pero dejas de obedecer al Señor por estar involucrado en complacerte en los deseos y pasiones de tu alma, o complacerte con las relaciones de tus amistades y parientes; puedes estar amando todo eso más que al Señor. Hay que decidir entre obedecer a Dios u obedecer y deleitar nuestra alma. Nosotros no queremos que nuestra alma sufra, y a veces eso nos interesa más que obedecer al Señor.

¿En qué se deleita el alma? En lo que se deleita el mundo: Tener muchos amigos y compartir con ellos, tener dinero y amarlo más que a Dios, disfrutar de lujos, deleitarse con la buena comida, lucir los buenos vestidos a la moda, todo lo relacionado con las exageraciones en la belleza física, las recreaciones, las cosas superfluas, las alabanzas de los hombres, la fama, la gloria terrenal, las vanidades. Todo eso le agrada al alma. El cristiano debe escoger entre el mundo y el reino milenario. Mientas permanecemos viviendo en esta tierra, estamos diseñando nuestro futuro en el reino; e incluso la posibilidad de participar en el mismo. Ya el cristiano tiene vida eterna; ya su espíritu está salvo, y es seguro que estará con el Señor en la Nueva Jerusalén; pero si no ha perdido su alma en esta edad, la va a perder cuando el Señor establezca Su reino. Qué lamentable sería que delante del Señor tuviéramos que reconocer una triste realidad y admitir: Sí, conocíamos al Señor, teníamos conciencia de que éramos del Señor, pero no vivíamos para Él sino para nosotros mismos, y todo el tiempo que vivimos en la tierra lo desperdiciamos, estábamos obnubilados, con nuestra mirada puesta en un mundo atrayente.

El mundo se relaciona también con las riquezas; no por ellas mismas, sino por el amor que se les tenga y el lugar que ocupen en nuestro corazón. De acuerdo con la prioridad que ocupen las cosas en tu vida, así es tu andar con Dios, así es el grado de

comunión que tengas con el Señor, y así es la motivación de tu oración. Dice la Palabra que de la abundancia del corazón habla la boca, y eso mismo puede aplicarse para nuestra oración diaria. ¿Cuál es tu motivación en la oración? ¿Priman tus propios intereses o le concedes al Señor el primer lugar? ¿Cuál es el orden de prioridades en Mateo 6:33? Un creyente vencedor es un intercesor delante del Padre por los intereses del Señor.

Leemos en Hebreos 11:24-26: *«[24]Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, [25]escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, [26]teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón»*. El creyente vencedor también escoge ser maltratado por causa del Señor y sufrir el vituperio de Cristo fuera del campamento. ¿Qué significa fuera del campamento? Leemos en Hebreos 13:12-13: *«[12]Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta. [13]Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio»*. De conformidad con el contexto, el Señor Jesús fue sacrificado fuera de la puerta, fuera del campamento, y nos guió al camino estrecho de la cruz y del sacrificio, y así poder tener comunión con Él más allá del velo, más allá de la mera apariencia religiosa, en el Lugar Santísimo de nuestro espíritu, donde está Él morando por Su Espíritu.

El Señor nos guía fuera de la ciudad terrenal y la organización humana, en especial nos aleja de esa laberíntica organización religiosa; involucrados en el sistema religioso difícilmente podemos llevar la cruz; salimos del campamento a seguir a Jesús en Sus sufrimientos, en sincera humildad, llevando el vituperio de Jesús; es el camino de la cruz. Ahí está el Gólgota. Fuera del campamento disfrutamos la presencia del Señor y escuchamos que nos habla y nos guía, nos fortalece. Salimos del disfrute de los goces del mundo y de nuestra propia alma, a disfrutarlo a Él en nuestro Espíritu.

TERCERA PROMESA

«Al que venciere, daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe» (Ap. 2:17).

En Pérgamo la Iglesia del Señor se une en matrimonio con el mundo, ese mundo que sigue a Satanás, donde él mora y gobierna. Pero necesitamos vencer esa mundanalidad. Los habitantes del mundo siguen una corriente contraria a Dios; es la corriente de Satanás, el príncipe de este mundo. El Señor nos ha llamado a salir de esa corriente y que nos apartemos del mundo de pecado. Pero hubo un momento de la historia en que la Iglesia le fue infiel al Señor uniéndose profundamente con el mundo, a cambio de aprobación oficial, a cambio de palacios y templos, prebendas y jurisdicciones episcopales. Eso degeneró tanto, que llegó el momento en que era difícil diferenciar la iglesia del Estado; la iglesia había afianzado su morada en la tierra.

A partir de Constantino el Grande, la Iglesia fue descendiendo de los lugares celestiales en Cristo, y se fue acomodando en una nueva morada, en la tierra, un lugar extraño para ella, donde tiene su trono Satanás. De allí había sido sacada por el Señor. La Iglesia sufrió una caída espiritual. En medio de esa situación, el Señor opta por dirigirse a los creyentes vencedores. En todas las épocas ha habido vencedores en la Iglesia del Señor. Les llama a que se abstengan de comer las cosas sacrificadas a los ídolos. Después de tantos siglos, a las masas las siguen engañando los que aún siguen reteniendo la doctrina de Balaam. La gente se alimenta de la idolatría porque están convencidos de que los que les ministran esos cultos, son hombres puestos por Dios. Balaam significa destructor o *corruptor del pueblo*. La Palabra de Dios dice que retienen esa doctrina de idolatría y fornicación como un tumor maligno. Y lo peor es que no tratan de extraérselo, ni hay disciplina correctiva. Balaam es un inductor al mal por antonomasia.

¿De qué sirve tener la verdad y no andar en ella? Los cristia-

nos cayeron en la trampa del tropiezo. De pronto dirían: «Entremos en el ambiente pagano para atraer a los hombres, a nuestros amigos. No vamos a participar de su idolatría, no. Conozcamos las doctrinas y los métodos del enemigo para vencerlo. ¡Qué triunfo que las altas esferas del gobierno y de la religión nos reconozcan y nos respeten!». Pero la amistad con el mundo, como siempre, dio malos resultados. El mundo no deja que se le hable del evangelio, y en cambio fue arrastrando a la Iglesia a las prácticas mundanas. Hay que predicar el evangelio, pero para ello no hay que contaminarnos con el pecado. Hay cristianos que se unen al mundo, que aman el mundo y las cosas del mundo, y todo eso lo convierten en su *modus vivendi*.

EL MANÁ ESCONDIDO

Al vencedor no le interesa el mundo, sino el Señor; y para ello se interesa por obedecerle, llevar la cruz y negarse a sí mismo. ¿Que eso trae sufrimiento? Pablo recomendaba: *«Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios»* (Hch. 14:22b). Al vencedor no lo intimida la persecución, ni le atrae la adulación de los opulentos y poderosos de este mundo, ni se inclina y se deja seducir ante la constante invitación a participar de los deleites de este mundo.

Al vencedor, al que no se contamina con las doctrinas contemporizadoras de Balaam y con lo sacrificado a los ídolos, el Señor le dará a comer el maná escondido en el arca del pacto; escondido en Cristo mismo, quien está en el Lugar Santísimo celestial. Es un maná escondido del mundo y de los creyentes derrotados. Ese maná del cielo es Cristo mismo. Es declarado en Juan 6:49-51:

> «*[49]Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. [50]Este es el pan que desciende del cielo, para que el que de él come, no muera. [51]Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá*

para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo».

Hay creyentes derrotados que se deleitan con las cosas del mundo, y les atrae de tal manera que no pueden vivir sin ellas. Estando en esa condición, piensan que esa es la manera normal de la vida del creyente. En cambio, en el vencedor hay otro deleite; un deleite imperecedero. Para ellos las ofertas mundanas no los convence, porque hay un motivo de gozo inefable, muy superior a todos los deleites mundanos juntos. Los vencedores a menudo buscan acercarse confiadamente al trono de la gracia. Allí hay íntima comunión con el Padre, por el Hijo y mediante el Espíritu Santo.

El maná es un alimento del cielo, escondido del mundo; el mundo no puede conocer ese alimento. Asimismo los creyentes derrotados lo desconocen. El maná escondido es un aspecto más profundo de Cristo. En la medida que el testimonio de Cristo progresa en mí, conozco mejor al Señor cada día; se me revela algo nuevo de Él. Cada día tengo nuevas sorpresas para mi vida con el Señor. En el desierto, muchos israelitas querían comer carne en vez de maná, y muchos añoraban a Egipto. Pero debemos proseguir la marcha en victoria, y si comemos del maná escondido, somos transformados en piedras blancas (diamantes). Es maravilloso que siendo hechos inicialmente de barro, al conocer al Señor Jesús por la revelación del Padre, y haber creído en Su nombre, Dios nos convierte en piedras vivas de Su templo santo; pero cuando somos vencedores, esas mismas piedras son convertidas en diamantes.

Capítulo 4

LOS VENCEDORES Y LAS OBRAS

¿UN EVANGELIO DE OBRAS?

En el primer capítulo hemos visto que la salvación no es por obras, sino un regalo eterno de Dios para los que Él antes conoció. Declara Romanos 8:29-30. *«[29]Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. [30]Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó»*. El verbo griego *preoegno*, ***conocer de antemano***, no es un simple conocimiento previo de los que serían salvos, pues el Señor en cuanto Dios, conoce previamente todas las cosas, y conocía a todas las personas que nacerían en la humanidad en todos los tiempos, salvados o perdidos. Hay que tener en cuenta que todos estos verbos, para nosotros los humanos, están en tiempo pasado; que se trata de algo que Dios ya hizo en el pasado, antes de la fundación del mundo, cuando los humanos no habían hecho ni bien ni mal. Dios es el Dios de la eternidad; Él vive en un eterno presente; el tiempo existe para nosotros los humanos, no en Dios. Entonces este conocer previamente tiene una connotación más profunda que el simple conocimiento de las cosas; es un conocer íntimamente con amor; es amar a sus predilectos, a sus escogidos.

Nótese que en la misma forma encontramos el verbo conocer en Génesis 4:1, cuando dice: *«Conoció Adán a su mujer Eva, la cual concibió y dio a luz a Caín»*. Lo mismo acontece en Mateo 1:24-25: *«[24]Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del*

Señor le había mandado, y recibió a su mujer. [25]Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre Jesús». Tanto en el caso de Adán como en el de José, hacía ya algún tiempo que ellos conocían a su respectiva esposa, pero allí no habla de ese conocimiento sino de una relación de amor, de una intimidad más allá del simple conocimiento personal; se trata de un conocimiento profundo y personal. Así nos conoció Dios desde antes de la fundación del mundo.

De manera que a los que antes conoció de esa manera predilecta, los predestinó para llamarlos y justificarlos. Ese llamamiento de Dios encierra una preparación de todos los llamados en la historia, para que el Hijo unigénito de Dios se convierta en primogénito de muchos hermanos, que conforman ahora la familia de Dios, porque ahora tienen la vida y la naturaleza de Dios, y forman ahora el Cuerpo de Cristo. El Señor era el Hijo unigénito, pero al encarnar, morir y resucitar, se convirtió también en el primogénito, dándonos la vida eterna.

Sin que mencionemos el catolicismo romano, que es la religión de la salvación por obras por antonomasia, se ha extendido en el protestantismo como una especie de evangelio de obras, consistente en tener que hacer cosas para que se vaya prorrogando en nosotros la salvación sin considerar que, por la sola obra de Su Hijo, nos la ha dado Dios. Hemos sido salvos por la cruz de Cristo. Proliferan por ahí las organizaciones con listas de mandamientos y prohibiciones, para que los hermanos las cumplan, y con lo cual, tal vez sin proponérselo, han sustituido a la auténtica transformación subjetiva y vida en el Espíritu. ¿Qué dice la Palabra de Dios? *«Sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado»* (Gá. 2:16).

Hay otras citas bíblicas que hablan por sí solas: *«Y que de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser*

justificados, en él es justificado todo aquel que cree» (Hch. 13:39).

«Quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos» (2 Ti. 1:9).

El cristiano, que ha recibido su salvación gratuita de Dios, debe desarrollar su vida espiritual; no quedarse como un niño; no debe estancarse bajo la guía de su naturaleza carnal, sino crecer y llegar a ser un vencedor. El niño no se preocupa por las cosas profundas de Dios, ni tiene capacidad para percibirlas, sino que se basa en los rudimentos. Leemos en Gálatas 4:3: *«Así también nosotros, cuando éramos niños, estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo»*. De acuerdo con el contexto, un niño y un esclavo en nada difieren; son esclavos de la ley, de obligaciones, de estatutos, de rudimentos. Luego dice en el versículo 9: *«Mas ahora, conociendo a Dios, o más bien, siendo conocidos por Dios, ¿cómo es que os volvéis de nuevo a los débiles y pobres rudimentos, a los cuales os queréis volver a esclavizar?»* ¿Cuáles son esos rudimentos? Por ejemplo, en los versículos 10 y 11 dice: *«[10]Guardáis los días, los meses, los tiempos y los años. [11]Me temo de vosotros, que haya trabajado en vano con vosotros»*. Sutilmente se instituyen mandamientos y cargas para los hermanos; prohibiciones rudimentarias en la carne; instituciones forzosas de ciertos días, determinadas comidas y ciertas apariencias externas. Ya el Señor despojó al enemigo, a los carceleros, de todos los decretos que nos condenaban, y triunfó sobre esas potestades (cfr. Col. 2.13-15); ahora nos ha hecho siervos de Él. Aunque el creyente debe vestirse decentemente, sin embargo, la vestidura de justicia del creyente no tiene relación con los trajes que nos ponemos, sino con la vida de Dios en nosotros y nuestra obediencia a Él. Leamos en Colosenses 2:16-19:

«[16]Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en

cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo, [17]todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo. [18]Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal, [19]y no asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios».

Nadie crece espiritualmente obedeciendo leyes y estatutos de otros, y menos de los que dicen ser muy espirituales y no lo son. Estas personas dominan a los que siguen siendo niños en el espíritu. Quien se agarra no a pretendidas cabezas, sino a la verdadera Cabeza de la Iglesia, el Señor Jesús, experimentando la normal nutrición corporativa, su desarrollo espiritual es verdadero, no aparente; esa persona llega a ser un vencedor, y nadie lo puede privar de su premio como vencedor. Aun la oración no debe ser una carga, sino un deleite, una constante comunicación con el Ser que amamos, que palpita con amor dentro de nosotros; un Ser maravilloso que se está formando en nosotros. A veces se llega a creer que es por la cantidad, que cuanto más oramos y leemos la Biblia, somos más vencedores. Luego sigue diciendo en los versos 20-23:

> *«[20]Pues si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos [21]tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques [22](en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres), cosas que todas se destruyen con el uso? [23]Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne»*.

Un creyente puede perfectamente practicar cierto ascetismo en sus costumbres morales, religiosas y rituales, y seguir siendo un niño, carnal, sometido a preceptos; pero por la Palabra y la

experiencia sabemos que el cumplimiento de preceptos no libra a su alma de los apetitos de la carne. ¿Qué diremos, por ejemplo, del ayuno? El ayuno se ha convertido en un legalismo; hay mucha gente que no sabe por qué está ayunando. ¿Por el simple hecho de que esté instituido en su congregación? Es posible que se haya llegado al fariseísmo al respecto; como aquel hombre que se jactaba de que ayunaba dos veces a la semana (Lc. 18:12), cuando la ley sólo le mandaba una sola vez al año, en el día de la expiación (Hch. 27:9; Lv. 16:29).

Leemos en 1 Timoteo 4:1-3: *«[1]Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; [2]por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia, [3]prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad»*. El Espíritu Santo mora en nuestro espíritu, en donde nos habla y nos advierte que nos guardemos de esos espíritus engañadores y de la doctrina de los demonios que trabajan con los mentirosos, a los cuales la hipocresía les ha cauterizado la conciencia. El Espíritu nos avisa de esos ataques cuando nuestro espíritu está ejercitado para escuchar la voz de Dios.

El celibato y el ascetismo son doctrinas de demonios, puesto que atentan contra la continuidad y multiplicación de la humanidad; lo mismo que abstenerse de ciertos alimentos necesarios para continuar viviendo. Nadie es más santo que otro por el hecho de ser célibe o porque se abstenga de comer algunos alimentos. Al contrario, puede caer en la trampa de severas tentaciones. Hay falsas enseñanzas religiosas que tienen apariencia de piedad, que aparentemente te impulsan a la santidad por medio de tus propias obras muertas, pero que en el fondo son obstáculos para el verdadero fortalecimiento espiritual.

Téngase en cuenta que en el mercado religioso a menudo se tiene por fundamental lo que apenas se trata de rudimentos. Por

ejemplo, dice en Romanos 14:3,5,17: *«[3]El que come, no menosprecie al que no come, y el que no come, no juzgue al que come; porque Dios le ha recibido... [5]Uno hace diferencia entre día y día; otro juzga iguales todos los días. Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente... [17]Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo»*. Esto de las comidas y de los días de observancia religiosa son asuntos menores y secundarios para el Señor, que ni salvan ni impiden la salvación. Si Dios ha recibido a alguien mediante la obra de Su Hijo, nosotros también debemos recibirle. Todo el que ha sido lavado por la sangre del Señor Jesús, es nuestro hermano. El reino de Dios ya se manifiesta hoy en la Iglesia, que es la esfera donde el Señor ejerce Su autoridad en esta era; y lo que yo coma y beba no va en detrimento de la justicia, la paz y el gozo que me proporciona el Espíritu Santo, y la relación que yo debo mantener, vivir y expresar a los demás.

LA SALVACIÓN Y LAS BUENAS OBRAS

Por otro lado, tengamos en cuenta que nuestros pecados están delante de Dios, y también se hacen sentir en nuestra conciencia acusadora; y debido a esto, el hombre se ha inventado la salvación de las buenas obras. ¿Para qué? Para sobornar la conciencia, la cual constantemente le acusa de que está condenado. Algunos se han inventado la teoría de la balanza, que consiste en la creencia de que Dios va a pesar en una balanza las obras de todos y cada uno de los hombres. En un platillo va a poner las obras buenas y en el otro las malas. Si las buenas pesan más, se va para el cielo, y si pesan más las malas, se va para el infierno. Hay personas que se engañan a sí mismas pensando que sus obras tienen algún mérito delante de Dios como para que Él las tenga en cuenta para salvarlas.

Estamos en la era de la gracia. ¿Qué significa eso? ¿Qué es gracia? La Biblia declara que Dios es amor (1 Jn. 4:8); no meramente que ama, sino que su naturaleza es amor. Él ama al

hombre, y viéndolo necesitado y perdido, pone en acción Su amor, y manifiesta Su misericordia; pero no se queda en la simple misericordia, porque Él sabe que sólo eso no resolvería nuestra miserable situación; de manera que el amor de Dios tiene una expresión que va más allá de la sola misericordia, y es la gracia de Dios para con el hombre. La gracia es la obra de Dios en favor del hombre necesitado, perdido, condenado. En el Antiguo Testamento se habla de la ley, que consiste en las demandas de Dios para con el hombre, para que el hombre haga obras para Dios; pero la gracia, manifestada en el Nuevo Testamento, es lo contrario, es la obra que Dios hace en favor de los hombres, y esa obra la hace en Su Hijo, Jesucristo. Él es el Cordero de Dios que fue inmolado desde antes de la fundación del mundo.

Es verdad que a partir del Concilio de Trento, el catolicismo romano aprobó la aceptación de la doctrina de la gracia y de la sola fe, para la salvación, pero en la práctica lo de las obras se había arraigado profundamente, tanto que aún hoy en día se exalta la santidad de algunas personas, no necesariamente con base en la gracia y obra de Dios a favor de ellos y en ellos, sino en las obras y méritos de ellos mismos, como si hubieran logrado la salvación y la exaltación con la ayuda de sus méritos personales. Entonces quizás se me dirá, ¿acaso no llegaron a ser auténticos vencedores? Eso lo sabe el Señor. A pesar de lo anotado arriba del Concilio de Trento, la teología católica en la práctica sigue sosteniendo «que el sacrificio de nuestro Señor Jesucristo no fue suficiente y entonces, hay que hacer o pagar misas, responsos, penitencias, comprar indulgencias, medallas, etc., y tratar a toda costa de agregar méritos a la redención y a ganar la Salvación por obras» (Jaime Ortiz Silva. *«Versiones Alteradas de la Palabra de Dios»*. Ransom Press International. 1999. Pág. 55). Nosotros simplemente miramos las apariencias; sólo Dios conoce la realidad de las cosas, y no podemos juzgar antes de que llegue el día del tribunal de Cristo, en Su segunda venida, donde y cuando nuestras obras serán examinadas y juzgadas. Dios no nos hace objetos de Su

gracia con base en nuestros méritos personales; es lo contrario, éstos obstaculizan la manifestación de la gracia de Dios; precisamente nuestra vida de pecado y perdición, es lo que ha hecho necesario de que la gracia de Dios se nos manifieste. La gracia de Dios tiene su fundamento en el amor y la misericordia de Dios, manifestada por la obra de Cristo en la cruz del Gólgota.

Como en el Tabernáculo de Moisés, un velo separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo (Éx. 26:33), así el pecado es un velo que nos separa de Dios; por eso cuando Adán pecó se escondió de Dios. Fue cuando Dios empezó a buscar al hombre, a llamarlo, pues el hombre jamás ha tomado la iniciativa de buscar a Dios; y cuando Dios lo encontró, el hombre estaba tapando su desnudez con hojas, escondiendo su pecado con obras humanas de apariencia religiosa. Y así ha sido todo el tiempo. Aun los creyentes, incluidos muchos de los vencedores, vivimos escondidos, nos falta transparencia delante de los hermanos y delante de Dios. Por tanto, es necesario que nos despojemos de todo tapujo de apariencia de piedad, de todo velo; es necesario que no escondamos nada a nadie. Si aquí insistimos en esconder algo por vergüenza, allá lo sabrá todo el cuerpo de los creyentes. El velo es una artimaña del alma que no ha experimentado la cruz, para esconder su verdadero estado. Mientras nuestro velo no sea del todo quitado, no puede ser completada nuestra restauración. ¿Cómo podemos ser plenamente liberados de nosotros mismos? Si nosotros no nos juzgamos ahora, y llevamos la cruz ahora y nos negamos ahora, el Señor nos juzgará en Su tribunal. Pocos creyentes comprenden que nuestra salvación no ha sido completada, y que aún no andamos plenamente en luz. Nadie puede andar en luz si no anda en unión con el Señor; en pleno acuerdo con Él.

Muchos de nosotros vivimos muy ocupados haciendo muchas cosas buenas para el Señor, pero muy pocos están haciendo lo que en realidad Él les ha llamado a hacer. Hay un constante llamamiento del Señor a Sus siervos, a que se pongan de

acuerdo con Él. Tengamos muy en cuenta que ningún grupo religioso tiene la exclusividad del Señor. A menudo solemos enmarcar muy mal al Señor; desconociendo Sus legítimas dimensiones y Su corazón. Cada creyente debe vivir como los rieles de la línea férrea; un riel de nada sirve si falta el otro, y en el creyente un riel se llama creer, y el otro, obedecer.

CASTIGO TEMPORAL DE LOS CREYENTES

No somos salvos por obras, pero no podemos tener participación en el reino venidero sino por las obras. Todas nuestras obras de ahora como hijos de Dios serán examinadas. Cuando el Señor venga va a juzgar nuestras obras, sean buenas o sean malas; y de acuerdo con las Escrituras, hay varias categorías de creyentes derrotados, luego también hay variación frente al castigo dispensacional milenario, a saber:

Tinieblas de afuera. Por ejemplo, unos no tienen pecados no resueltos, ese no es su problema; pero aun así no trabajaron adecuadamente, fueron descuidados, o no obedecieron los principios para la edificación de la casa del Señor, y si hicieron algo, lo hicieron conforme a su propia voluntad humana; éstos irán a las tinieblas de afuera; no tendrán parte en las fiestas de bodas del Cordero, y estarán fuera de la resplandeciente gloria del reino, llenos de remordimiento y sentimiento de culpa. Consideremos algunos versículos. Declara Mateo 8:11-12: *«[11]Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; [12]mas los hijos del reino serán echados a* ***las tinieblas de afuera****; allí será el lloro y el crujir de dientes»*.

Aunque aquí se refiere particularmente a los judíos, sin embargo, nos sirve para sustentar que fuera de la resplandeciente gloria del reino de los cielos habrá tinieblas, donde mucha gente salva será disciplinada, en donde habrá remordimiento y terrible dolor por no haber hecho las cosas bien, lo cual puede que sea

diferente a ser echado en el lago de fuego. Ser echado en las tinieblas de afuera no significa que la persona perezca eternamente, sino que es castigada dispensacionalmente; el creyente es descalificado, y por no haber vivido una vida vencedora por medio de Cristo, no puede disfrutar del reino durante el milenio, o parte de él. Declara Mateo 22:13: *«Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes»*. Todo creyente es llamado, pero pocos son escogidos para recibir una recompensa; sólo el que venza recibe recompensa. También al final de la parábola de los talentos, el siervo inútil es echado en las tinieblas de afuera. *«Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes»* (Mt. 25:30). Aquí se ve que no se juzga la salvación del creyente, la cual no es por obras, sino que se trata del juicio de la fidelidad del siervo frente a la obra del Señor. Es un castigo temporal para un siervo salvo del Señor.

Azotes. En Lucas 12:35-40 venía la Palabra hablando del siervo vigilante; de pronto, en los versículos 41-48, habla de la otra cara de la moneda, los siervos negligentes, así:

«[41]Entonces Pedro le dijo: Señor, ¿dices esta parábola a nosotros, o también a todos? [42]Y dijo el Señor: ¿Quién es el mayordomo fiel y prudente al cual su señor pondrá sobre su casa, para que a tiempo les dé su ración? [43]Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así. [44]En verdad os digo que le pondrá sobre todos sus bienes. [45]Mas si aquel siervo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir, y comenzare a golpear a los criados y a las criadas, y a comer y beber y embriagarse, [46]vendrá el señor de aquel siervo en día en que éste no espera, y a la hora que no sabe, y le castigará duramente, y le pondrá con los infieles. [47]Aquel siervo que conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, ***recibirá muchos azotes****. [48]Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco; porque todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le*

demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá».

Allí habla de azotes a los siervos infieles, a los descuidados; y habla de castigo a esos siervos en el mismo sitio donde estarán los infieles e incrédulos del mundo. Dice Hebreos 12:6: *«Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo»*. El Señor jamás tiene por siervos a los que no le pertenecen. El Señor mismo se sometió al Padre en todo y se hizo siervo, y en calidad de siervo no se puso a reclamar derechos y posiciones de privilegio. El Señor se sometió a sufrir la cruz sin que primara su propia voluntad sino la del Padre. ¿Qué nos corresponde a nosotros? ¿Cuáles son los derechos que un creyente debe reclamar? Al respecto dice John Nelson Darby: «Creer que podemos mantener nuestros derechos en este mundo es olvidar la cruz de Cristo. No podemos pensar en nuestros derechos hasta que los Suyos sean reconocidos, pues no tenemos otros que los de Él» (J.N. Darby. *Estudio sobre el Libro de Apocalipsis*. La Bonne Semence, 1988, pág. 42)

Expuestos al la Gehena de fuego. Otros tienen pecados no resueltos; éstos estarán expuestos al fuego temporalmente. ¿Qué es tener pecados no resueltos? El Señor Jesús murió en la cruz y derramó Su sangre para perdonar todos nuestros pecados pasados, presentes y futuros, manifiestos o no; y el pecador tiene un Abogado delante del Padre, a Jesucristo el Justo, y vence a Satanás por medio de la sangre del Cordero. Estamos ya justificados en Su sangre (cfr. Ro. 5:9). Pero se puede pecar intencional y continuamente, sin arrepentirnos; sin que rechacemos nuestros pecados; sin ni siquiera intentar eliminarlos. El pecador debe reconocer su pecado y confesarlo, apartarse y restituir. El sermón del monte ilustra al respecto.

«[21]Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. [22]Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, ***quedará***

expuesto al infierno de fuego. *[23]Por tanto si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, [24]deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda. [25]Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez* (el Señor Jesús)*, y el juez al alguacil* (los ángeles)*, y seas echado en la cárcel. [26]De cierto te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante»* (Mt. 5:21-26).

En el contexto vemos tres clases de juicios escalonados de acuerdo con la gravedad del acto; y son juicios mencionados conforme al trasfondo judío de los hermanos que en ese momento escuchaban al Señor. El primer juicio se realiza en la puerta de la ciudad, donde se dirimían los asuntos menores (Gn. 19:1,9; Rut 4:1-6; 2 Sam. 15:1-6); el segundo juicio era en el Sanedrín o tribunal supremo de los judíos, y el tercero es un juicio supremo, el de Dios, una de cuyas penas puede ser expuestos en la *Gehena* de fuego. La Gehena es el mismo lago de fuego. Si no te reconcilias con tu hermano ahora, es posible que pases una temporada larga en algo supremamente doloroso como el ser expuesto en el lago de fuego, hasta que pagues el último cuadrante, hasta que tu corazón sea limpio de todo odio. No vas a sufrir la muerte segunda propiamente dicha, pero sí te tocará un tiempo una terrible separación de Dios.

Nosotros somos el pueblo del reino y tenemos un Rey que ha de venir, y compareceremos delante de Su tribunal. Un hijo de Dios no necesariamente peca cuando comete el acto, sino cuando en su corazón ya tiene la intención, el deseo, la aptitud. Si no vivimos la calidad de vida espiritual que exige nuestra condición de nuevas criaturas, ya estamos en pérdida, estamos derrotados. El contexto nos dice que se trata de hermanos de la Iglesia. Dice en los versículos 29-30: *«[29]Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo*

***sea echado al infierno**. [30]Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno»*. Si algo es para mí de mucha atracción y me es ocasión de pecado, con ello ofendo a Dios y a otras personas, debo cortar con eso. Recomendamos también leer Mt. 10:28; 18:9; 23:15,33; Mr. 9.43,45,47; Lc. 12.5.

Cárcel. De acuerdo con la gravedad de nuestra condición espiritual, así seremos juzgados cuando venga el Señor. Otros irán a la cárcel. Leemos en Mateo 5:24b-26: *«[24]Reconciliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda. [25]Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y **seas echado en la cárcel**. [26]De cierto te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante»*. Aquí el camino representa la edad actual en esta tierra, el juez es Cristo y el alguacil es el ángel, y es posible que la cárcel sea el lago de fuego. Nótese que no se trata de condenación eterna; el siervo va a salir de la cárcel cuando haya cumplido su castigo, de acuerdo a la magnitud de la falta.

Dice Mateo 24:48-51: *«[48]Pero si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir; [49]y comenzare a golpear a sus consiervos, y aun a comer y a beber con los borrachos, [50]vendrá el Señor de aquel siervo en día en que éste no espera, y a la hora que no sabe, [51]y lo castigará duramente, y **pondrá su parte** con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes»*. Observamos también que la Escritura nos revela aquí que el siervo no es castigado eternamente, sino sólo que tendrá su parte en el mismo lugar donde irán los hipócritas; es un castigo sólo dispensacional. Observe que el siervo es creyente, es un santo, pues llama al Señor: «mi Señor», pero se puso a tratar mal a los hermanos en la fe y a juntarse con gente mundana y a participar en lo que el mundo participa.

El cristiano es juzgado por su obediencia, por su servicio, por

su fidelidad. ¿Qué caracteriza a un vencedor hoy? El cristiano vencedor, más que obrar, sirve, porque el servicio genuino involucra el amor, la disponibilidad, la comprensión, pero sobre todo la obediencia. El que obra sin amor, se vanagloria, se envanece. Cuando Cristo tiene la preeminencia en todo en nuestra vida, le servimos con amor. Cuando Cristo tenga la preeminencia en todas tus cosas, tanto en las experiencias dulces como en las amargas, eres vencedor, porque Cristo es nuestra vida. Un creyente no llega a ser pobre en espíritu, o humilde o amable, porque meramente se lo proponga; sin Cristo no podemos hacer nada bueno. La carne no puede producir algo meritorio. Toda bondad carnal es hediondez para el Señor. No se trata de que Él nos complete lo que nos hace falta; se trata de Su vida en nosotros. ¿Por qué eres un vencedor? Porque te has negado, ya te consideras débil, ya tú no vives; ahora tu vida es Cristo, tu fortaleza es Él, y Cristo es el que vence en ti. Al momento en que empieces a jactarte (de poseer poder espiritual, de tus obras para el Señor, por ejemplo), y confiar en ti mismo, empiezas a ser un derrotado. Si eres consciente de que eres débil y que no puedes esperar de ti nada bueno, te consagras al Señor de manera absoluta, poniendo en Él toda la confianza y fe, y permitiéndole que sea el Señor de toda tu vida y de tu andar. ¿Qué es negarse a sí mismo? Leamos una magnífica, sencilla y elocuente definición que nos proporciona el hermano Paul Cain:

«Pero ¿qué significa morir a ti mismo? Un bloqueo o interrupción del curso normal de tu vida por la intervención de Dios, eso es morir a ti mismo. Cuando todos te olvidan o te descuidan, o a proposito te colocan de lado, y tú no alimentas tu dolor, ni permites al insulto o al desprecio herir tu interior, sino que por el contrario, consideras una honra el poder sufrir por Cristo, eso es morir a ti mismo. Cuando aun aquello que haces bien es criticado, y tus deseos son contrariados, tu consejo despreciado y tu opinión ridiculizada, y sin embargo así tú te rehúsas a dejar subir la ira a tu corazón y no tomas ninguna iniciativa para defenderte, sino que lo aceptas todo con paciencia y amor, eso es morir a ti

mismo. Cuando nunca haces cuestión de ser citado o reconocido por otros, o de divulgar tus buenas obras, sino que verdaderamente tienes placer en ser desconocido, eso es morir a ti mismo. Cuando ves a tu hermano prosperar y que sus necesidades sean suplidas, y tú puedes honestamente regocijarte con él en el espíritu, sin sentir envidia, ni cuestionar a Dios, a pesar de tener tú necesidades mucho mayores que las de él y estar en circunstancias mucho más desesperantes, eso es morir a ti mismo. Cuando puedes recibir corrección y reprensión de personas que tienen una estatura y madurez menor que la tuya, y puedes someterte humildemente por dentro y no tan sólo por fuera, sin que surja resentimiento ni amargura en tu corazón, eso es morir a ti mismo» (Paul Cain. *Alerta para la Iglesia*. Mensaje en Kansas, USA, dic./98).

LAS CUATRO ETAPAS DE LA OBRA DE CRISTO

El Señor está edificando su casa; ese es su gran propósito. Y para ello Dios se ha venido revelando por etapas. En la Biblia vemos un proceso ascendente de esa revelación divina al hombre. Al comienzo, cuando el hombre pecó, Dios dijo (a la serpiente): *«Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar»* (Gé. 3:15). Ahí aparece un comienzo de revelación de Dios para el curso de la historia y de la economía divina. Esa serpiente antigua se ha hecho sentir en la historia de la humanidad, y se ha desarrollado tanto que llegó a ser un gran dragón con siete cabezas y diez cuernos. Pero Dios también ha venido desarrollando sus propósitos; y formó para sí la nación de Israel, por medio del cual manifestarse al mundo y dar testimonio de su unidad, de su poder, de su palabra, de sus propósitos eternos, y de la encarnación de Su Verbo. En cuanto a la manifestación del Hijo de Dios, el Salvador, podemos ver cuatro etapas definidas:

Primera etapa. Su eternidad como Dios. El Verbo divino estaba con el Padre (Jn. 1:1,2); con Él estaba eternamente. *«[1]En*

el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. [2]Éste era en el principio con Dios».

Segunda etapa. Su encarnación. Históricamente toma carne por obra del Espíritu Santo en una mujer hebrea de una familia oriunda de Belén, descendientes del rey David. *«[14]Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad»*. *«[20]Y pensando él en esto, he aquí un ángel del Señor le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. [21]Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados»* (Mt. 1: 20-21). Creció como hombre, es bautizado, ejerce su ministerio público.

Tercera etapa. Su muerte, resurrección y glorificación. Se somete a la muerte en la cruz, es sepultado y resucita al tercer día; fue ascendido y glorificado. *«[3]Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; [4]y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras»* (1 Co. 15:3-4). *«Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios»* (He. 10:12).

Cuarta etapa. Morando en la Iglesia. Su Espíritu desciende a morar en nosotros los creyentes. *«[16]Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: [17]el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros»* (Jn. 14:16-17). *«Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen»* (Hch. 2:4). *«¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?»* (1 Co. 3:16). Esto se refleja tanto en el judaísmo como en la cristiandad.

1. Para los judíos aún no ha venido el Mesías; se puede decir que ellos siguen en la primera etapa. Los judíos creen que vendrá

un Mesías pero no Dios encarnado.

2. Con relación a los católicos romanos, ellos no se consideran siendo smorada de Dios. Es algo completamente ajeno a su práctica religiosa y ritual. Sus sacerdotes y teólogos viven y enseñan la segunda etapa.

3. Las organizaciones cristianas denominacionales por lo general viven la tercera etapa. A menudo piden que descienda el Espíritu Santo sobre ellos.

4. Pero hay un grupo de hermanos que vivimos en la cuarta etapa. Somos morada de Dios en el Espíritu. Ahora Cristo se está formando en nosotros; Él es nuestro Señor y Salvador, luego a Él le pertenecemos, y ha venido a morar dentro de nosotros, en nuestro espíritu. Eso significa que hemos creído en Cristo como el fundamento de la edificación de la casa de Dios. Pero ¿qué había en nosotros antes de que eso ocurriera? Si éramos religiosos, ¿en qué etapa estábamos? Para poder edificar sobre el único fundamento, primero hay que destruir lo que antes había, derribar lo viejo, tanto a nivel personal como en lo institucional.

Por ejemplo en Marcos 13:1,2 dice: *«[1]Saliendo Jesús del templo, le dijo uno de sus discípulos: Maestro, mira qué piedras, y qué edificios. [2]Jesús, respondiendo, le dijo: ¿Ves estos grandes edificios? No quedará piedra sobre piedra, que no sea derribada»*. Tal vez los discípulos esperaban que Jesús dijera algo elogioso de lo que Herodes había construido y embellecido; pero no; para poder edificar la iglesia hay que derribar el judaísmo; y no solamente al judaísmo, sino también a todos los sistemas que se han desviado del verdadero modelo de la iglesia bíblica. Ese antiguo templo de Jerusalén ya no podía dar morada a Dios, pues ya sólo se trataba de la sombra o la maqueta de lo que es el verdadero edificio (He. 8:5; 10:1).

«Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios» (1 Co. 3:9). Cuando Pablo dice *nosotros* se refiere a los apóstoles, en este caso como los

maestros de obra. *«[11]Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, [12]a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo»* (Ef. 4:11,12). En esa edificación de la casa de Dios, cada santo tiene alguna responsabilidad. ¿Por qué somos colaboradores de Dios? Porque hacemos parte de la casa de Dios, somos morada de Dios y templo de Dios. *«[16]¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? [17]Si alguno destruye el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es»* (1 Co. 3:16). Destruir el templo de Dios es dividirlo. Al entender una persona que somos el cuerpo de Cristo y templo de Dios, puede ver la realidad de esa unidad; pero si busca la división, lo está destruyendo. El Señor está edificando su Iglesia; el fundamento ya está puesto, es Cristo; una persona ya tiene el fundamento cuando ha recibido a Cristo por la fe. Y estamos *«edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo»* (Ef. 2:20). En el Nuevo Testamento nosotros somos edificados tanto individual como corporativamente. Somos un cuerpo y formamos el templo del Señor.

EL VENCEDOR Y LAS RECOMPENSAS

Una vez más dejamos claro que no hay que confundir la vida eterna, o salvación eterna, con el reino de los cielos. No hay que confundir el don con el galardón. La vida eterna se recibe del Señor por fe, como un don gratuito. No hay que hacer nada para merecer la salvación eterna. En cambio el reino de los cielos es temporal, mil años, y sí se gana por obras. Hay que trabajar para merecer el reino de los cielos. Dice 2 Juan 8: *«Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo»*. Esto significa que debemos estar vigilantes por nosotros mismos, para que no se arruine el fruto de nuestro trabajo. También en Colosenses 3:24-25, nos dice la

Escritura: *«[24]Sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís. [25]Mas el que hace injusticia, recibirá la injusticia que hiciere, porque no hay acepción de personas»*.

La Palabra del Señor no registra ni una sola vez que el reino de los cielos se reciba por gracia por medio de la fe. Por ejemplo, si lees las bienaventuranzas en Mateo 5, encontrarás que para entrar en el reino de los cielos se necesita, entre otras cosas, ser pobres en espíritu, y sufrir persecución por causa de la justicia; en cambio la vida eterna se recibe por fe, inmerecidamente, sin que uno deba hacer nada para recibirla, ni bueno ni malo; al contrario, dice que no es por obras para que nadie se gloríe.

No se nos tilde de cansones si no dejamos de repetir que la salvación es un regalo de Dios; pero que también debemos trabajar para participar en el reino. Si trabajamos conforme el plan de Dios, recibiremos recompensa; pero si no trabajamos, o si lo hacemos en la carne, recibiremos castigo.

JESUCRISTO, EL FUNDAMENTO

Leemos en 1 Corintios 3:8-10: *«[8]Y el que planta y el que riega son una misma cosa: aunque cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor. [9]Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios. [10]Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica».*

En estos versículos la Escritura declara que el que trabaja recibe su recompensa, que es como un incentivo para los siervos del Señor que trabajan en Su obra. Dios está trabajando en Su labranza y nosotros somos Sus colaboradores, porque la Iglesia es la tierra cultivada por Dios donde Cristo fue plantado; y esa tierra hay que regarla, abonarla, limpiarla, para que produzca el fruto previsto en la Palabra. Además de labranza, la Iglesia es el

edificio de Dios, la casa de Dios, la cual se está construyendo; el Señor está trabajando en esa construcción con la colaboración de nosotros. ¿Quiénes trabajan en esa edificación? Nosotros, unos más que otros, aunque algunos no hacen nada. Pero muchos trabajan usando métodos, planos y materiales que no son de Dios. Pablo puso el fundamento, la base de la enseñanza; las cartas de Pablo son la revelación de la Iglesia. Cada uno debe saber cómo sobreedifica sobre este único fundamento de la Iglesia. Alguien puede estar ocupado sobreedificando sobre el fundamento de Jesucristo pero obedeciendo, no a la Palabra, no al evangelio, no a las cartas de Pablo ni al resto del Nuevo Testamento, sino a otra directrices diferentes, otras corrientes doctrinales, otras tradiciones, ideas, estatutos, leyes y normas de organizaciones y liderazgos de factura humana. La casa de Dios la edifica el propio Señor; sin Él toda edificación es inútil. Dice el Salmo 127:1: *«Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican; si Jehová no guardare la ciudad, en vano vela la guardia»*.

MATERIALES DE LA EDIFICACIÓN

Seguimos leyendo 1 Corintios 3: *«[11]Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. [12]Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca»* (vv.11,12).

En la edificación de la casa de Dios hay un único fundamento, que es Su Hijo Jesucristo, la piedra angular. Aquí figuran seis elementos con los cuales se está edificando. Los tres primeros, oro, plata y piedras preciosas, simbolizan la Trinidad divina: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Los tres últimos, madera, heno y hojarasca, simbolizan lo humano en esa sobreedificación; el último grupo se contrapone al primero, pues los pensamientos del hombre no son los de Dios. Dios quiere edificar su casa con los tres primeros elementos. El oro se refiere a la naturaleza divina, a la voluntad de Dios, lo eterno, lo que jamás se envejece, lo más

glorioso; en cambio la madera es la naturaleza humana, lo que perece. Por ejemplo, en el tabernáculo lo principal es Cristo, el arca, la cual estaba hecha de madera de acacia (la humanidad de Cristo) recubierta de oro (la divinidad de Cristo). De manera que si se edifica en oro significa que se está obedeciendo la voluntad de Dios consignada en el Nuevo Testamento; pero si es en madera, es porque se está obedeciendo otras opiniones; es lo que ha hecho la cristiandad a partir del siglo V de esta era. Pero si seguimos al Señor Jesús, debemos hacer su voluntad, y Él vino a hacer la voluntad del Padre que lo envió. *«Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra»* (Jn. 4:34). Antes de que el Señor naciera en carne, el Padre ya tenía preparado todo, galaxias, sistemas solares, mares, continentes, todo lo necesario para que hombre pudiese vivir en la tierra y se pudiese encarnar Su Hijo y salvar a la Iglesia. Dios no va a dejar el cumplimiento de sus propósitos al criterio de los hombres. El primer Adán falló, pero segundo Adán vino a vencer, a obedecer a Dios. A partir de Él, Cristo vino a preparar para Dios una nueva raza humana, el verdadero hombre a la imagen de Dios.

El Padre le dijo al Hijo lo que debía hacer. *«No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre»*. ¿Por qué insiste el Señor Jesús en esto? Para darnos ejemplo de obediencia. *«[38]Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. [39]Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió. Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero»* (Jn. 6:38-39).

Volvemos a Efesios 2:19-22: *«[19]Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, [20]edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, [21]en quien todo el edificio, bien coordinado, va*

creciendo para ser un templo santo en el Señor; [22]*en quien* ***vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu****»*. ¿A qué se refiere aquí con el fundamento de los apóstoles? Se refiere al Nuevo Testamento. Estamos en plena edificación del templo, y el Señor quiere terminar ese edificio con personas obedientes. Recuérdese que cada uno de nosotros es una piedra vida, con las cuales el Señor está edificando su casa. Él no busca montones de piedras muertas, ni siquiera que haya montones de piedras por allá y otras por acá; Él busca que todos estemos juntos para poder ser edificados. Cuando Pedro confesó que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente, el Señor le dijo: *«Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán sobre ella»*. El que edifica la Iglesia es Cristo, y nosotros somos colaboradores; Él con nosotros y nosotros con Él. Si no edificamos con Él, sólo estaríamos edificando con madera. Ya no sería Su Iglesia; de pronto estaríamos edificando nuestras pequeñas iglesias.

¿Qué es la Iglesia? La palabra iglesia viene del griego *ekklesia* [ἐκκλησία] (de *ek*, fuera de, y *klesis*, llamamiento). Se usaba entre los griegos de un cuerpo de ciudadanos reunido para considerar asuntos de estado (Hch. 19:39). La iglesia de Jesucristo (Mt. 16:18), la cual es su cuerpo (Ef. 1:22; 5:22) es toda la compañía de los redimidos a través de la era presente. La Iglesia universal del Señor es la misma que nació el día de Pentecostés, diez días después de haber ascendido el Señor a la diestra del Padre.

Entonces vemos que en esa construcción de la Iglesia, nosotros somos Sus colaboradores, quienes estamos sobreedificando, *«edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo»*. Esa sobre edificación, cuando se hace sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas, es decir, de acuerdo con lo que ellos predicaron y escribieron, debe ser en oro, plata y piedras preciosas, lo cual es la obra de Dios. Allí el oro, el metal precioso

por excelencia, representa la naturaleza de Dios Padre, Su vida, Su gloria, Su justicia, Su obra, Sus propósitos con la creación; la plata se relaciona con la redención, la obra del Hijo, por el precio asignado por el Señor (Zac. 11:12; Mt.16:15), y las piedras preciosas tienen que ver con la manifestación y obra del Espíritu Santo en la Iglesia y en la vida de cada uno de nosotros en particular. En lo natural, las piedras preciosas son carbones purificados y trabajados a través del tiempo con alta presión y temperaturas elevadas.

Infortunadamente, sobre ese mismo fundamento, Jesucristo, a menudo también se suele trabajar por iniciativa propia, valiéndonos de nuestro propio punto de vista, excluyendo la voluntad del Señor; se abandonan los principios del fundamento apostólico, de lo que ellos dejaron registrado por la voluntad de Dios, y es cuando aparecen otros tres elementos que de alguna manera se relacionan con los tres primeros: madera, heno y hojarasca. Si se edifica en madera, que representa la naturaleza del hombre, esa obra se destruye, se convierte en basura. Tenemos por ejemplo, el arca del pacto. Fue hecha de madera de acacia recubierta de oro, pues era un tipo de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre. También dice Juan el Bautista en Mateo 3:10: *«Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego»*. Si se edifica en heno, que es una planta de utilización periódica, esa sobre edificación también fenece y no es eterna en comparación con la salvación eterna que nos aseguró el Señor Jesús en la cruz.

Por último, puede ser que se edifique en hojarasca, que son hojas secas, muertas, que caen de los árboles cuando sus tejidos se marchitan y ya no les llega la savia; eso simboliza las cosas de vistosa apariencia pero de una fragilidad impresionante, son las cosas inútiles y de poca sustancia, aunque a nosotros nos parezca que lo estamos haciendo muy bien, especialmente en las palabras y promesas; o esa demasiada e inútil frondosidad de

algunos árboles y plantas, todo lo inútil con que creemos que estamos agradando al Señor, despreciando el verdadero trabajo del Espíritu Santo en nosotros, comparado con las piedras preciosas. La madurez de un creyente se da a través de un proceso y un laborioso trabajo del Espíritu del Señor en nosotros y con nosotros, llevando la cruz, negándonos a nosotros mismos, pasando por pruebas.

Dios nos dio su vida en la regeneración, el oro; también nos ha redimido por la obra de Su Hijo, la plata, y también forja dentro de nosotros las piedras preciosas, para que seamos la imagen de Su Hijo. Dios no cambia las piedras preciosas por hojarasca. La vida que Dios nos ha dado no es afectada por el fuego. Los tres primeros, lo de Dios, son materiales duraderos, y los tres últimos son materiales combustibles, perecederos, por cuanto simbolizan la obra del hombre. A continuación podemos intentar hacer una comparación un poco más detallada entre los tres elementos de Dios y los tres elementos del hombre:

Oro. El oro es el primer elemento indicado para la sobre-edificación de la iglesia. El oro se relaciona con la obediencia a la voluntad del Padre. Ya hemos visto que el Señor ha establecido y ordena que la edificación de su casa se efectúe sobre el fundamento puesto por los apóstoles y profetas. *«Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero»* (Ap. 21:14). El testimonio de los doce apóstoles del Cordero es fundamental, pues por medio de ellos el Señor nos dejó en el Nuevo Testamento los detalles sobre esta edificación del templo. El modelo, pues, de la Iglesia del Señor está en el Nuevo Testamento. La edificación de la iglesia del Señor debe ser sobre la base de la unidad del Espíritu, no de la carne; la unidad sólo se puede realizar en el amor en la iglesia de una localidad. Obedecer la voluntad de Dios para edificar la iglesia, es sobreedificar en oro. El oro, por tanto, se contrapone a la madera. El oro y la madera se juntan en la construcción del arca del tabernáculo, auténtico tipo de Cristo, verdadero Dios y

verdadero hombre. *«[10]Harán también un arca de madera de acacia, cuya longitud será de dos codos y medio, su anchura de codo y medio, y su altura de codo y medio. [11]Y la cubrirás de oro puro por dentro y por fuera, y harás sobre ella una cornisa de oro alrededor»* (Éx. 25:10-11). Esos dos versículos nos hablan de lo central del tabernáculo. Ahora nosotros somos el tabernáculo de Dios, y el arca (Cristo) la llevamos dentro de nosotros, en nuestro lugar santísimo (nuestro espíritu regenerado).

Madera. La madera es lo que se contrapone al oro; la madera es la naturaleza humana; el hombre mortal. Pero en esa madera viene Cristo a morar y trae el oro de la naturaleza divina. Cristo se va desarrollando en nosotros. *«Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da fruto es cortado y echado en el fuego»* (Mt. 3:10). No se refiere a los árboles del campo, sino a los hombres que no den fruto de arrepentimiento. Mateo 7:19 lo repite en palabras del Señor Jesús. Él quiere que cada uno de nosotros demos abundante fruto; pero fuera de su voluntad no podemos dar fruto. Dios quiere que nos capacitemos para un trabajo en su obra. Nosotros en nuestra vida natural podemos ir adquiriendo conocimientos, escalando logros, incluso posiciones desde donde nos enaltecemos; pero a medida que Cristo se forma en nosotros, el Espíritu Santo nos va mostrando qué hay dentro de nosotros, y podemos ver los rezagos supersticiosos, los fundamentos filosóficos y religiosos. La religión del mundo se fundió con la cristiandad; de Babilonia pasó ese espíritu a formar al papado romano y del papado pasó al anglicanismo y de allí a los bautistas, a los presbiterianos, etc. La iglesia del Señor quedó cautiva en una maraña de sistemas construidos con madera, y el Señor decidió sacarla de allí, y continuar su construcción con oro, plata y piedras preciosas. Todo lo que no edifica la casa de Dios en unidad del cuerpo de Cristo, es construido con madera; y se quemará. Nosotros somos la asamblea de los santos; somos santos porque hemos sido apartados para Dios. En la cristiandad infiel se ha metido mucho fundamento filosófico, mucho judaísmo, mucha

construcción de templos materiales, muchas leyes y preceptos estatutarios, mucho nicolaísmo, mucha religión babilónica, mucha magia, comercialización con la Palabra de Dios, visualización, mucho piense y hágase rico. Al comienzo se formaron las grandes denominaciones en torno a doctrinas; hoy se organizan en torno a liderazgos y «ministerios».

Plata. Se relaciona con el Hijo de Dios, con la redención en la cruz. Tipifica la vida del hombre redimido; en la plata estamos involucrados los redimidos; la sobreedificación con plata tiene que ver con nuestro andar con Cristo. El Cordero de Dios está íntimamente ligado con su cruz. Cuando en Apocalipsis Juan vio el trono de Dios, allí estaba el Cordero inmolado. Los hechos más relevantes de la historia de la humanidad son: la encarnación del Verbo de Dios, su crucifixión y resurrección en cuerpo glorioso. Cristo resucitó para jamás volver a gustar la muerte. Durante su ministerio Él resucitó a Lázaro y a otros, pero ellos volvieron a morir. Cristo está edificando a través de la cruz; si nosotros no llevamos nuestra cruz y experimentamos la negación de nuestro yo, no podemos edificar con Cristo. A través de ese proceso hay revelación en nuestras vidas, pero antes debe haber revelación del Padre acerca del Señor Jesús como Salvador; si no hay revelación nadie puede creer en Cristo. ¿Quién es Cristo para ti? Nadie busca al Señor; es el Señor el que nos busca. Él siempre toma la iniciativa, nosotros jamás.

Mateo 16:15: *«Él les dijo: Y vosotros,* ***¿quién decís que soy yo?****»* Surge una pregunta, ¿cuál es la roca que menciona el Señor? *«*[16]*Respondiendo Simón Pedro, dijo:* ***Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente****.* [17]*Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos»*. Conocer quién es Jesús es una revelación del Padre. Ya que el Padre te reveló quién soy yo y tú lo confiesas, entonces *«*[18]*Yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella»*. Ahora dejas de

ser Simón; ahora eres una piedra viva para la construcción de mi casa. La construcción no es material; es una casa espiritual. Sobre esta roca, sobre lo que acaba de confesar Pedro *«edificaré mi iglesia»*. Ahí está el fundamento. La roca es Cristo, y Pedro es una piedra vida. *«Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo»* (1 Pe. 2:5). Cristo es la piedra viva, la piedra angular, y nosotros somos piedras vivas en Cristo. Nosotros somos *«[20]edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, [21]en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; [22]en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu»* (Ef. 2:20-22). El fundamento de los apóstoles y profetas es el Nuevo Testamento; ellos fueron testigos de la encarnación del Verbo de Dios, de su vida como hombre, de su muerte, de su resurrección, de su ascensión al cielo. Unos ángeles de Dios se les presentaron y les dijeron: *«Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo»* (Hch. 1:11). El apóstol Pablo también lo vio, y también fue llevado al tercer cielo, y allí recibió toda esa información que nos transmite en sus cartas; y Pablo fue apóstol, profeta, evangelista, pastor y maestro.

Entonces, ¿quiénes sobreedifican? Los creyentes en Cristo; pero esa sobreedificación puede ser errada; algunos pueden estar edificando con madera, heno y hojarasca. De modo, pues que la sobredificación con plata tiene que ver con el Hijo, con la redención; la plata tipifica la vida del hombre redimido, el andar con Cristo. Con la plata se paga un precio. José, el hijo de Jacob, es un tipo de Cristo; él fue vendido como esclavo por sus propios hermanos por veinte piezas de plata (Gn. 37:28). El Señor fue vendido por treinta piezas de plata, como está profetizado en Zacarías 11:12-13 y su cumplimiento en Mt. 26:14-15.

La plata se relaciona con el hecho de que nuestra vida está

unida al Señor. Él pagó el precio con su preciosa sangre. La plata tiene que ver con la vida de Cristo en nosotros. Es necesario que Cristo se forme y crezca en nosotros (Gá. 2:20); nosotros en Cristo ya fuimos a la cruz, por eso ahora es necesario que Él viva su vida en mí. Si no es así, no estoy sobreedificando con plata. Si Cristo vive en mí, ya yo no vivo; el vivir en la carne (comer, dormir, laborar, hablar), lo vivo no en mis propias ilusiones e intereses. Cuanto más viva Cristo en mí, se van de mí las antiguas costumbres, porque Él trae otras costumbres a nuestras vidas. La edificación en plata, como en Cristo, puede incluir en nosotros el sufrimiento. *«[1]Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado, [2]para no vivir el tiempo que resta en la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios»* (1 Pe. 4:1-2).

Heno. Si no se edifica en plata, la contraparte negativa es el heno. El heno es una gramínea que simboliza al hombre caído, el hombre no redimido, el hombre carnal, no regenerado. Cuando se trata de un creyente, es un bebé espiritual y nunca deja de serlo (1 Co. 3:2,3), de manera que su edificación lo hace en sus egoísmos, mal carácter, ambiciones y avaricia; pretensiones de que lo puede todo. Cuando la vida de uno no ha pasado del hombre viejo, está en la hierba, en el heno (1 Pe. 1:24); el hombre viejo atrae la gloria de los hombres. Muchas veces al hombre le gusta recibir la gloria terrena, las miradas de aprobación, las felicitaciones. Pero el que así obra, todo lo está haciendo es heno; muchos viven pendientes de los hombres. La gloria y el vivir humano se seca cuando sale el sol (la venida del Señor), la flor se cae (Stg.1:9-11) y perece. El verdadero tesoro debe ser el Señor; los demás tesoros enceguecen y apartan de Dios. Hay una gran diferencia entre el vivir de Cristo y el vivir carnal. Entre la plata y el heno podemos ver la relación entre la hierba y el vivir de Cristo.

Piedras preciosas. Tenemos aquí la obra transformadora del Espíritu Santo en nosotros. Los creyentes hemos pasado por un proceso. El Padre nos hizo del barro de la tierra a fin de que podamos vivir en este mundo físico (Gé. 2:7; Ro. 9:20,21); el Hijo, al creer en Él, nos convirtió en piedras vivas a fin de vivir en Su casa y hacer parte de ella (Jn. 1:42; Mt. 16:17,18; 1 Pe. 2:5), y el Espíritu Santo vino a convertirnos en piedras preciosas para entrar al reino y a la Nueva Jerusalén, la ciudad celestial (Ap. 21:18-20; 2 Co. 3:18; Ro. 12:2). Como barro somos vasos; como piedras vivas construidas somos casa, y como piedras preciosas haremos parte de la ciudad de Dios. En la naturaleza las piedras preciosas se forman a través de un prolongado proceso de altas temperaturas y presiones; algo parecido nos sucede a nosotros (Mt. 16:24). Nadie quiere someterse a la cruz, y a la negación de su ego. Pero sólo la acción de la cruz aplicada por el Espíritu realiza esa transformación. Al reino de los cielos no puede entrar nada que no sea precioso. Para ser precioso hay que pagar el precio.

Hojarasca. Es lo opuesto a la piedra preciosa. Hojarasca es lo que no tiene vida, está seca. La hojarasca es el obrar y vivir proveniente de una fuente terrenal. Es el proceder de un alma sin la debida transformación y vida por parte del Espíritu Santo. Es cuando en nuestro ser natural no somos piedras sino barro. Todo lo que se construye con hojarasca, cuando no sale de una vida transformada por el Espíritu Santo, no está firme, se va hacia cualquier corriente (Sal. 83:13); todo se quema fácil (Is. 33:11).

> «*12Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, 13la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cual sea, el fuego la probará. 14Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. 15Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego»* (1 Co. 3:12-13).

Pero llega el día del juicio de la Iglesia. El Señor vendrá a probar todas nuestras obras; vendrá a ver cómo utilizamos nuestros talentos. ¿Qué sucede, pues, con los que sobreedifican en oro, plata, piedras preciosas, madera, henos hojarasca? Que el fuego lo probara todo. Ese fuego es el juicio. El fuego del juicio del Señor a la Iglesia en Su venida, entra a probar si lo que hemos sobreedificado ha sido en oro, plata y piedras preciosas. Si es así, en todo eso se sale victorioso, y hay recompensa; unos más, otros menos, pero hay, y se entra a participar con el Señor en el reino. Si es con oro, playa y piedras preciosas, habrá recompensa, la cual es el reino milenial y todo lo que esto encierra. Pero al llegar a los que han edificado en madera, heno y hojarasca, todo cambia. Pero si se quema la obra, sufrirá pérdida del reino, y entrará en una disciplina. Habrá, pues, un período de pagar el precio así como por fuego (Mt. 5:21-26). Nadie pierde la salvación, pero todo eso se quema, pues nada de eso fue conforme a Dios. Entonces el Señor dice en su Palabra: *«[14]Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. [15]Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien* ***él mismo será salvo****, aunque así como por fuego»* (1 Co. 3:14-15).

Mateo 5:27-30. Si algo es para mí de mucha atracción y con ello peco, debo cortar con ello. Está hablando a la Iglesia. En Apocalipsis 20:11-14 habla de la muerte segunda, el Gehena. El lago de fuego es el mismo Gehena. El juez es el Señor, los alguaciles son los ángeles. Si no te reconcilias con tu hermano ahora, vas a pasar una temporada expuesto en el lago de fuego hasta que pagues el último cuadrante.

Apocalipsis 2:9-11. El que venciere no sufrirá daño de la segunda muerte. La primera muerte es el pecado; cuando el hombre pecó, la consecuencia fue su separación de Dios. La segunda muerte es la separación definitiva de la persona de todo contacto con Dios y lanzado en el lago de fuego, la perdición eterna. Se debe buscar vivir una vida de obediencia y sometimien-

to al Señor para ser un vencedor y no sufrir daño de la segunda muerte.

A menudo hay diferencia entre servir a Dios y trabajar para Dios. Dice el hermano Watchman Nee: «Muchos van apresuradamente de un sitio a otro para conseguir fama por sus obras. No cabe duda de que han realizado esas obras, pero en realidad no han servido a Dios» (W. Nee. *«El Plan de Dios y los Vencedores»*. Vida, 1977 - pág., 56) pues efectivamente, no le han servido a Dios, sino al templo y a sus propios intereses.

CUARTA PROMESA

> *«[26]Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, [27]y las regirá con vara de hierro, y serán quebrantadas como vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi padre»* (Ap. 2:26-27).

Debemos vencer sobre las tres grandes religiones tergiversadas que están reveladas en el libro de Apocalipsis: el judaísmo, el catolicismo y el protestantismo. Estas religiones le han hecho daño a la Iglesia. ¿Por qué? Debido a que las religiones se han contaminado con misterios y principios satánicos disfrazados con la apariencia de verdades bíblicas. Las organizaciones religiosas de corte institucional, al no guardar las obras del Señor, a menudo se pervierten y se revisten de un dominio mundano y temporal, inclinadas a recibir la gloria de los hombres, y hacer las cosas bajo otras directrices diferentes de las del Señor. Pero el Señor muestra otra alternativa al creyente: dejar ese camino autoritativo y dominante, dejar de morar en la tierra, donde tiene su trono el mismo diablo, y ocupar su lugar en los lugares celestiales con Cristo.

Por otro lado, hoy en día, para el cristiano hay un gran peligro en la amistad y compañerismo con los mundanos. Puede que la intención sea a veces atraer a los incrédulos. Esto, por inocente que parezca, siempre arroja pésimos resultados. ¿Por qué es tan

nefasto? Porque las personas de mundo, en su ceguera y oscuridad no permiten que se les hable del evangelio; no les interesa, les estorba. Como consecuencia los resultados son inversos: el cristiano es sumergido en una lucha frente a una fuerza que lo trata de arrastrar a los vicios y costumbres propios del mundo y del pecado, de donde ya el Señor lo ha sacado. Por eso el vencedor de Tiatira se enfrenta a las tentaciones que la impía Jezabel le presenta; es el que hace con perseverancia las obras que agradan al Señor.

La carta apocalíptica a Tiatira es una profecía que se cumple con la formación de la Iglesia Católica Romana. Dice el hermano Lee: «En Mateo 13:33 el catolicismo es tipificado por una mujer que leudó 'tres medidas de harina', que representan toda la enseñanza acerca del elemento de Cristo en Su persona y obra. La Iglesia Católica aceptó la enseñanza neotestamentaria, pero la leudó. El pan sin levadura es difícil de comer» (Witness Lee. *«Los Vencedores».* LSM, 1995. Pág.67). El vencedor recibirá autoridad sobre las naciones, y las regirá con cetro de hierro y las hará añicos como cacharro de barro, de la misma manera que el Señor Jesús ha recibido potestad del Padre celestial en el Salmo 2:8-9. Esto ocurrirá en el reino mesiánico milenario, en que el creyente fiel participará de lleno en el gobierno de las naciones, tanto en la parte regia como en la judicial. Es una promesa de carácter escatológico. En Lucas 19:16-17 dice: *«[16]Vino el primero, diciendo: Señor, tu mina ha ganado diez minas. [17]Él le dijo: Está bien, buen siervo; por cuanto en lo poco has sido fiel, tendrás autoridad sobre diez ciudades»*.

Entonces, a los vencedores de Tiatira Dios les promete gobernar, reinar y regir las naciones con Cristo en el Reino venidero. De acuerdo con Mateo 3:2, desde hace dos mil años vino a la Iglesia el reino de los cielos, pero por la degradación de la Iglesia, el cristianismo convencional es la apariencia del reino de los cielos descrita en las parábolas de Mateo 13. Los que vencen al sistema religioso, también se relacionan con el *«hijo*

varón, que regirá con vara de hierro a todas las naciones» de Ap. 12:5, y *«los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás»* del Sal. 2:9. ¿Cuándo estarán los vencedores recibiendo esa autoridad de quebrantar las naciones como vaso de barro? Durante el futuro reino del milenio. ¿Por qué relaciona el Señor las naciones y el sistema religioso dominante con vasijas de barro? Volvamos al libro del Génesis.

Satanás y sus seguidores quieren imitar la edificación de Dios, en la construcción de la ciudad terrenal, Babilonia, y su sistema político religioso, no según Dios sino según el hombre, no con piedras, sino con ladrillos (barro cocido modelado por el hombre). *«[3]Y se dijeron unos a otros: Vamos, hagamos ladrillo y cozámoslo con fuego. Y les sirvió el ladrillo en lugar de piedra, y el asfalto en lugar de mezcla. [4]Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue hasta el cielo; y hagámonos un nombre...»* (Gn. 11:3-4). Los sistemas religiosos del hombre, todo lo que se encamina hacia el ecumenismo, todo lo que se aparta de Dios, es construido con ladrillo (barro cocido), es destructible. Se hacen un nombre, con el agravante de que es un nombre efímero, como todo lo que no sale de las manos de Dios.

Dios está edificando con los vencedores una ciudad celestial, la Nueva Jerusalén, la casa de Dios que es la Iglesia, con piedras vivas y preciosas. El Señor invita a vencer guardando las obras de Dios, según el plan trazado por Dios, de acuerdo con la maqueta de Dios. Las obras de los hombres a veces son muy llamativas, pero engañosas; les falta la autenticidad estampada en la Palabra de Dios.

El vencedor es un creyente espiritual, y sabe captar cuando las cosas no son de Dios y las discierne por el Espíritu, y no se aparta de la voluntad de Dios. Por eso recibirá la misma autoridad para gobernar que recibió el Señor Jesús del Padre. Las obras de la iglesia apóstata se realizan bajo la influencia de Satanás.

LA ESTRELLA DE LA MAÑANA

«Y le daré la estrella de la mañana» (Ap. 2:28).

A los vencedores de Tiatira el Señor promete darles la estrella de la mañana. ¿Cuál es esa estrella de la mañana? Es el Señor Jesús mismo. *«Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana»* (Ap. 22:16). En astronomía, la estrella de la mañana es Mercurio, el astro que se vislumbra en la hora más oscura de la madrugada, próxima a la salida del Sol; es como un anuncio de que viene la luz del día; y por esa razón lo relacionan con el dios romano del mismo nombre, y con el dios griego Hermes, heraldo de Zeus, el padre de los dioses del Olimpo. Esa estrella de la mañana sólo puede ser vista por las personas que madruguen y estén atentas a contemplarla en el firmamento. De manera que podemos entender que el Señor Jesucristo, en su segunda venida y manifestación gloriosa, será la estrella de la mañana sólo para los hermanos vencedores, los que no andan dormidos espiritualmente, sino velando y esperando la venida del Señor. Para el resto de la Iglesia, el Señor no será la estrella de la mañana, sino que cuando despierten de su sueño, Él será como el sol cuando ha salido para todos. Sólo a los vencedores no los sorprenderá la venida del Señor como ladrón en la noche; es decir, no los tomará por sorpresa.

Capítulo 5

LOS VENCEDORES Y LA JUSTICIA

EL PECADO Y LOS PECADOS

Para tener claridad sobre el real significado de lo que podríamos llamar nuestra justicia propia frente a la verdadera justicia de Dios, es supremamente necesario poder distinguir entre lo que es el pecado y los pecados. El pecado es una ley o poder o principio que está dentro de nosotros, en nuestra carne, que controla nuestros miembros y que nos impulsa a cometer toda suerte de actos pecaminosos (Ro. 7.23), es decir, los pecados. El pecado se relaciona con nuestra vida natural heredada de Adán (Ro. 5.19), en tanto que los pecados están relacionados con nuestra conducta, nuestras obras, nuestros actos. Los pecados son una consecuencia del pecado que mora en nosotros. El pecado engendra los pecados. Es verdad que la ley del Espíritu de vida en Cristo nos libra de la esclavitud de esa ley del pecado; no obstante, un creyente puede seguir sirviendo a Dios en su mente, en su deseo, pero con la carne seguirle sirviendo a la ley del pecado (Ro. 7.25); de manera que un creyente puede seguir con la tendencia de continuar pecando, y de hecho todo creyente peca.

¿Qué sucede con esos pecados de los creyentes después de ser salvos? Si el creyente los confiesa y se aparta, le son perdonados por Dios por la justicia del Señor Jesús (1 Jn. 1.9); de lo contrario, esos pecados serán tratados por Dios en esta era de la Iglesia o durante el reino milenial, como lo estamos exponiendo en el presente trabajo. Hay que tener presente que aunque somos santos en Cristo, y hemos recibido una salvación completa por

gracia mediante la fe en el Señor Jesús, sin embargo, seguimos siendo pecadores. Dios es justo. Una vez somos salvos por gracia, entramos a ser Sus hijos y colaboradores, y todo el resultado de nuestro trabajo será recompensado, pero asimismo disciplinados si el resultado es negativo.

No sólo basta con tratar con los pecados en sí, como la lascivia, autoestima, desafecto, infidelidad y muchos otros, sino que hay que tratar con el pecado mayor, el verdadero productor de pecados, de faltas en nuestra conducta diaria, y que su tratamiento sólo puede llevarse a cabo con la cruz y una íntima comunión con el Señor Jesús, y relación de entera confianza, hasta que seamos liberados del pecado, ese principio natural heredado que nos hace pecar.

Entre los aspectos del perdón, el primero es el perdón para salvación. Al salvarnos, Dios nos perdona eternamente; pero ya como hijos de Dios, volvemos a pecar, y eso no significa que perdemos nuestra salvación, pero sí perdemos nuestra comunión con Dios, de manera que necesitamos un nuevo perdón para restaurar la comunión con Dios. Nuestros pecados pasados ya han sido perdonados; nuestros pecados presentes también pueden ser perdonados si los confesamos, si nos arrepentimos, apartándonos de la situación que nos ha involucrado en el pecado, hacemos la debida restauración, reparando el daño causado, en fin, arreglando debidamente nuestros asuntos, y así restauramos nuestra comunión con Dios; pero tengamos en cuenta que somos hijos de Dios y que, como tales, tenemos nuestras responsabilidades. De manera que hay perdón para salvación y perdón para restaurar la comunión.

Cuando los hebreos fueron liberados de la esclavitud de Egipto por la sangre del cordero pascual, esa liberación fue irreversible, jamás volvieron a la esclavitud egipcia, pero después, ya como pueblo de Dios, debían estar ofreciendo sacrificios expiatorios por sus pecados. No somos responsables por la salvación que ya hemos recibido por gracia, porque es un regalo de Dios; ni

tampoco Dios nos pide que preservemos ahora esa nuestra salvación eterna con base en nuestros propios méritos y nuestras buenas obras. La salvación es un regalo, no un crédito que hay que pagarlo después; la salvación no es como un electrodoméstico comprado a crédito, que si incumples con tus cuotas, te lo pueden quitar. Todo es gratuito. En Apocalipsis 22:17b, dice: *«Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente»*. Nuestras responsabilidades ahora no se refieren a nuestra salvación eterna, sino a la salvación de nuestra alma con relación al reino milenario, a las coronas, a los premios y recompensas, o a... la disciplina dispensacional.

LA JUSTICIA DE DIOS

Tengamos en cuenta que Dios no nos salva sin tratar con los pecados conforme a la ley, ya que está de por medio Su justicia; es decir, Dios nos salva legalmente. En la cruz recayó en Cristo todo el peso de la ley de Dios, y el Señor Jesús vino a ser nuestra justicia. Si Dios pasara por alto la obra de Cristo en la cruz para salvarnos, violaría su Justicia. Dios quiere que nuestra salvación sea totalmente ajustada a la ley. Cualquiera que crea en Su Hijo, es justificado por Dios; una salvación sin sombra de duda, legal, apropiada, vicaria. Muchos se afanan por buscar una salvación errada, fraudulenta, comprada con dinero o con obras de justicia propia. ¿Lo hace así Dios? No. Dios *«nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo»* (Ti. 3:5). Dios nos salva jurídicamente, pero nos salva también aparte de la ley. La ley de Dios nos condena, pero Dios nos salva por Su gracia en Su Justicia. Desde antes de la fundación del mundo, Dios se comprometió a salvarnos por medio de Su propio Hijo. Dice Watchman Nee:

«¿Qué es la justicia de Dios? La justicia de Dios es la manera en que Él hace las cosas. El amor es la naturaleza de Dios, la santidad es la disposición de Dios y la gloria es Dios mismo. Sin

embargo, la justicia es el procedimiento de Dios, Su manera y Su método. Puesto que Dios es justo, Él no puede amar al hombre sólo con su amor. Él no puede conceder gracia al hombre sólo porque quiere. Él no puede salvar al hombre por lo que Su corazón le dicte. Es verdad que Dios salva al hombre porque lo ama. Pero Él debe hacerlo conforme a Su justicia, Su procedimiento, Su nivel moral, Su manera, Su método, Su dignidad y Su majestad» (W. Nee. *El Evangelio de Dios*.)

Vemos, pues, que Dios, para salvarnos, por el hecho de que nos ama, no toma una actitud tolerante frente al pecado. Para salvarnos, el amor de Dios no obra sin justicia. Los pecados de los hombres deben ser juzgados. Enviando a Su Hijo, al Señor Jesús, a que encarnara y muriera por nosotros en la cruz y cargara con nuestros pecados, Dios satisface Su amor y Su justicia. Para salvarnos, debe haber un equilibrio entre el amor y la justicia de Dios. De manera que en cuanto a nuestra posición de salvos e hijos de Dios, ya nosotros fuimos juzgados en la cruz con Cristo. Nosotros recibimos la salvación como un regalo, pero Dios pagó un altísimo precio por ese regalo.

En el Antiguo Testamento, el sumo sacerdote entraba una vez al año en el Lugar Santísimo del tabernáculo; allí estaba el arca del pacto, en cuya cubierta, el propiciatorio, vertía la sangre de los animales sacrificados, para hallar gracia de Dios por sus propios pecados y los del pueblo. Ahora Jesús se ha convertido en propiciatorio y Sumo Sacerdote a la vez, ofreciendo Su propia sangre para que nosotros vengamos por fe a Dios. Esto lo hace Dios aparte de la ley; porque si Dios manifiesta Su justicia con base en la ley, todos tendríamos que pagar con la muerte eterna. ¡Qué desdichados seríamos! A Dios no le agradamos mediante nuestra propia justicia. El legalismo y el judaísmo llevan a la gente a establecer su propia justicia, pero la Palabra de Dios no aprueba este procedimiento. Por ejemplo, leemos en Ro. 10:3-4: *«[3]Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios; [4]porque*

el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree». Hay personas que se esfuerzan por practicar el bien a fin de presentarse justos delante de Dios; pero Dios ha establecido Su propia justicia en la obra que Dios cumplió en Su propio Hijo, el Señor Jesús, y a esa justicia debemos sujetarnos a fin de ser salvos.

Nuestra propia justicia no es suficiente; al contrario, nuestra propia justicia niega la eficacia de la obra del Señor en la cruz. Con base en la obra de Cristo en la cruz, Dios nos da la total confianza y seguridad de que somos salvos eternamente. En la obra de Cristo en la cruz se manifiesta la justicia de Dios a favor de nosotros. Él se ha comprometido en ello firmemente por medio de un pacto eterno. Dios jamás invalida Sus pactos.

NUESTRA JUSTICIA OBJETIVA

Nuestra justicia objetiva es Cristo, y por Él somos justificados delante de Dios cuando creemos. Él murió en la cruz para que todo el que crea en Él sea salvo, y todas las transgresiones cometidas en el pasado son perdonadas, y renacemos en nuestro espíritu, recibiendo la vida de Dios en nosotros. Leemos en 1 Co. 1:30: *«Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención»*. También en Romanos 3.26 dice la Escritura: *«Con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús»*. En el Calvario el Señor nos justificó; ahora viviendo en nosotros, Él nos hace justos. Cristo es nuestra justicia delante de Dios por medio de la fe. Leemos en Romanos 3:20-26: *«[20]Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado. [21]Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; [22]la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, [23]por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, [24]siendo justificados gratuitamente por su gracia,*

mediante la redención que es en Cristo Jesús, [25]a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, [26]con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús».

Algunos buscan ser justificados delante de Dios observando la ley y cumpliendo mandamientos, pero vemos en el verso 20 que esto es imposible. Entonces, ¿cómo nos justificamos delante de Dios? Por medio de la fe en Jesucristo, y el objetivo de la fe es Cristo mismo. La fe es como una semilla sembrada en el hombre, que el Espíritu Santo hace desarrollar para que el hombre crea en el Señor Jesús, y sea justificado por la obra de Cristo en la cruz. Cristo es la justicia de Dios. No hay otra. No creer en Cristo nos separa de Dios eternamente. La justificación que tenemos en Cristo se basa en la gracia de Dios, y no tiene nada que ver con nuestras propias obras. La sangre de Jesucristo nos ha justificado. Nunca hemos tenido nada que ofrecerle a Dios que saliera de nosotros, porque nada bueno ha habido en nosotros delante de Dios; de manera que a Dios sólo le podemos ofrecer la sangre de Su propio Hijo, la cual es lo único que nos puede justificar cuando somos salvos. La base para luchar y ser vencedores, es la sangre del Señor Jesús, en su justo valor, no nuestra propia justicia ni méritos, ni progresos espirituales. La justicia objetiva se relaciona con la salvación del creyente, en tanto que la justicia subjetiva se relaciona con la vida victoriosa del creyente. La primera tiene que ver con la obra de Cristo en la cruz, y la segunda con la vida de Cristo en nosotros. La primera precede y determina la segunda.

NUESTRA JUSTICIA SUBJETIVA

Somos llamados a ser la imagen de Cristo. ¿Cómo se consigue eso? Dios tiene un nivel de vida que quiere que nosotros vivamos, pero sucede que nosotros no lo podemos vivir. No tenemos esa capacidad; no podemos vivir el nivel de vida exigido por Dios.

Sólo Cristo lo puede vivir. Cristo vive ese nivel de santidad, de obediencia, de fidelidad, de sufrimiento. Cristo es tenido a veces como un modelo para nosotros, pero nosotros no tenemos capacidad para imitarlo; nadie puede imitar a Cristo. Cristo es el nivel de vida para el cristiano normal, el vencedor. Entonces, ¿quién puede satisfacer ese nivel de vida de Dios? El único que ha podido satisfacer esa demanda de Dios es Cristo; de manera que si no es Cristo viviendo Su propia vida en ti, tú nunca lo lograrás. Dice Pablo en Gálatas 2:20: *«Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí»*.

Eso de que hay creyentes que no pecan, no tiene respaldo bíblico ni se cumple en la vida real. Todos somos pecadores, de modo que por nosotros mismos no podemos satisfacer la expectativa de Dios. ¿Qué debemos hacer? Nuestro yo debe morir; es necesario que sea Cristo viviendo en nosotros. No se trata de que yo viva como Cristo, que lo imite, sino que Cristo sea viviendo Su vida en mí. *«Porque para mí el vivir es Cristo»* (Fil.1:21), decía Pablo; no mi propia voluntad, ni la ley, ni los ritos, ni las obligaciones religiosas, ni mi mérito depende de que sea miembro de determinada religión; mi vivir es Cristo, porque Él y yo somos una sola persona; *«no teniendo mi propia justicia, sino la justicia que es de Dios por la fe»* (Fil. 3:9); es decir, si mi vivir es Cristo, no agrado a Dios por guardar alguna ley, ni por mis esfuerzos personales, sino por una unión orgánica con Cristo por medio de nuestra fe en Él.

En Apocalipsis 19:8 habla de las acciones justas de los santos. Allí dice: *«Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino es las acciones justas de los santos»*. Estas acciones justas de los santos vencedores son subjetivas; esto sólo se logra por la vida de Cristo en el creyente. Dice en Mateo 6:33: *«Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas»*. La vida

eterna se recibe por fe por la gracia de Dios en Cristo, pero el reino se obtiene cumpliendo unos requisitos exigidos por la justicia del Padre. El reino de Dios tiene sus propios principios, más estrictos aun que los de la antigua ley mosaica, la practicada por los escribas y fariseos. Dice en Mateo 5:20: *«Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos»*. Esta es nuestra justicia subjetiva, relacionada con nuestra íntima comunión con Cristo en nosotros. Quien quiera participar en el reino de los cielos, eso depende de su propia voluntad, que esté dispuesto a permitirle al Espíritu Santo que obre para que, una vez hayamos perdido nuestra alma aquí, podamos empezar a vivir la realidad del reino desde ahora. Para participar en el reino futuro, es necesario estar participando desde ahora por obedecer sus principios.

La vida religiosa de los fariseos aparece en las Escrituras revestida de apariencia de piedad. Se trata de meras vestiduras religiosas. La hipocresía se suele revestir de apariencia de piedad. La Escritura habla de la manifestación en los postreros tiempos de hombres amadores de sí mismos; y por cierto serán religiosos, porque 2 Timoteo 3:5 dice que *«tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita»*. ¿Qué pasará con los creyentes con apariencia de piedad? Eso lo contesta Mateo 7:21-23: *«[21]No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino* ***el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos****. [22]Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? [23]Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartáos de mí, hacedores de maldad»*.

Nótese que para entrar en el reino de los cielos hay que hacer la voluntad del Padre celestial; no una mera apariencia. Si no obedecemos, o simplemente nos deleitamos en hacer nuestra propia voluntad, no seremos aprobados en el día del Señor. Hay

un afán desmedido por crecer en muchas cosas, pero el verdadero crecimiento espiritual lo experimentamos en la medida en que menguamos.

¿Por qué nos ha escogido Dios? Dice la Escritura: *«Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogidos desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad»* (2 Ts. 2:13). *«[4]Según nos escogió en él* (Cristo) *antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, [5]en amor habiéndonos predestinados para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad»* (Ef. 1:4-5). ¿Elige Dios a personas porque encuentra en ellas algo especial? No; en nuestra elección lo que entra en juego es la voluntad y la gracia soberanas de Dios. Dios es amor, y ese amor se pone en acción por su misericordia, viendo al hombre perdido, y se manifiesta su gracia en Cristo produciendo nuestra salvación. Dios tiene misericordia del que quiera tener misericordia; Él es soberano. Primero elige a Isaac en vez de Ismael; luego a Jacob en vez de a Esaú; y el Señor escoge a Jacob a sabiendas de que iba a ser una persona supremamente egoísta; y sin embargo, le da las promesas, lo perfecciona (Fil. 1:6) y hace de él un instrumento espiritual (Jn. 6:39).

A nosotros nos conoció en forma especial desde el principio, y nos predestinó; llegado el momento nos llamó, nos justificó por Su Hijo y por último nos glorificó. Ahora vive en nosotros y quiere engrandecerse en cada uno de nosotros. Cuando Cristo se engrandece en ti, es porque tu vida es iluminada por Dios, y empiezas a ver las cosas como Dios las ve.

LA QUINTA PROMESA

«El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre

delante de mi Padre, y delante de sus ángeles» (Ap. 3:5).

El versículo anterior hace parte de la carta a la iglesia local de Sardis. Como profecía que es, Sardis representa el protestantismo, es decir, un cristianismo de sistemas muertos (Ap. 3:1b), donde hay que vencer una muerte que no concluye, donde abunda la vida artificial, y eso es debido a que en el protestantismo los miembros del Cuerpo de Cristo tienen sus funciones anuladas porque no hay vida. Los miembros que son ojos, no ven; los que son pies, no caminan, están atrofiados. Tú puedes observar una congregación denominacional, y por grande y numerosa que sea, la membresía, la gran masa se contenta con asistir a la reunión dominical, como quien asiste a misa; sólo son activos el pastor y unos pocos allegados. Al haberse oficializado el nicolaísmo en Tiatira, posteriormente Sardis heredó que sólo el pastor y sus invitados especiales pueden hablar en las reuniones; los demás están restringidos porque son laicos; y todo miembro del cuerpo que no se usa, se va atrofiando y sus funciones se van aniquilando, y se experimenta una muerte que jamás termina. Es necesario vencer la muerte espiritual.

Dentro de los sistemas religiosos del protestantismo prevalece también un estado latente de muerte organizacional. Las organizaciones son sectarias, pues rompen la expresión de la unidad del Cuerpo de Cristo, entonces, de hecho nacen muertas, sin la vida de Dios, pero individualmente los cristianos que ahora hacen parte de las mismas, pueden vencer esa situación y andar de acuerdo con la voluntad de Dios. Al ser vencedor, al tener la disposición permanente de obedecer y serle fiel al Señor, el creyente será objeto de un premio en el reino venidero. De acuerdo con el andar en esta era de la gracia, con la obediencia al Padre, con el sufrimiento por causa de Cristo, con el renunciar al mundo y sus deleites, con la fidelidad al nombre del Señor Jesucristo y no a otro nombre, así será la retribución en la era del reino. Aquí aparecen tres recompensas para los vencedores de Sardis, los del período que representa el sistema denominacional: (1) Vestiduras blancas,

(2) no serán borrados sus nombres del libro de la vida y (3) serán confesados sus nombres delante del Padre celestial y Sus ángeles.

VESTIDURAS BLANCAS

Algunas personas en Sardis no han contaminado sus vestiduras; eso significa que su andar y su vivir lo han hecho en la apropiada aprobación del Señor; no hay contaminación de muerte en sus vestiduras. Si tú vives ahora en la vida de Cristo, y no contaminado con la muerte de las organizaciones protestantes, tienes parte con Él en Su reino. Puede ser que en este momento hagas parte de una organización religiosa con nombre, pero tu espíritu estar en una disposición de comunión del Cuerpo de Cristo, en vela, de fidelidad y obediencia en tu andar con el Señor. Las del cristiano son dos vestiduras diferentes. La vestidura del verso 4, representa al Cristo que nos salvó, Cristo como justicia nuestra, que nos reviste de Su justicia, que recibimos y que viene a nosotros dándonos la vida de Dios, siendo hecho para nosotros justificación, redención y salvación en forma objetiva; de manera que es una vestidura objetiva *«Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención»* (1 Co. 1:30). Al ser justificados recibimos una vestidura de justicia objetiva: *«Pero el padre dijo a sus siervos: Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies»* (Lc. 15:22), la cual es diferente de nuestras acciones justas determinadas por la vida de Cristo en nosotros.

La vestidura de Apocalipsis 3:5 representa al Cristo que mora en nosotros, que vivimos en nuestro andar, nuestra justicia subjetiva, por la cual podamos decir como Pablo: *«[21]Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia. [9]Y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe»* (Fi. 1:21; 3:9). Tengamos en cuenta que en nosotros no hay justicia propia, pues

fuera de Cristo, ninguna persona humana es justa por sí misma. Cristo *«nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo»* (Ti. 3:5). Las vestiduras de lino fino de Apocalipsis 19:8, son las acciones justas de los santos, subjetivas, lo que refleja la vida de Cristo en nosotros; pero eso no se debe confundir con la justicia que recibimos cuando fuimos salvos, que es Cristo (1 Co. 1:30), y que es una justicia objetiva.

Leemos en Mateo 22:11-14: *«[11]Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. [12]Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció. [13]Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. [14]Porque muchos son llamados, y pocos escogidos»*. En la parábola de las bodas encontramos a alguien que asistió a las bodas, en su calidad de salvo que era, pero no estaba vestido con el vestido de lino fino, bordado, limpio y resplandeciente propio de los vencedores; de manera que fue atado y lanzado temporalmente a las tinieblas de afuera. Como salvo que era, ya tenía el vestido de la justicia objetiva de Cristo; tan es así que logró entrar a las bodas, pero no permaneció en ella gozando y disfrutando del reino de los cielos, porque no estaba vestido con su vestidura de justicia subjetiva, el bordado mencionado en el Salmo 45:14, el de su andar en vida con Cristo. Leemos en Romanos 8:30 que a los que Dios predestinó para ser salvos, a éstos llamó, o sea que todo salvo es llamado; pero no todos los llamados son escogidos para recibir la recompensa en el reino.

NO SERÁN BORRADOS
LOS NOMBRES DE LOS VENCEDORES

Muchos maestros de la Biblia enseñan que ser borrado el nombre de alguien del libro de la vida significa que esa persona,

que había llegado a ser salva, pierde la salvación. Ya hemos leído en las Escrituras que el que cree en el Señor Jesucristo tiene vida eterna, sin que tenga que hacer nada para ganarla o perderla, pues se trata de un regalo de Dios para todo aquel que cree (Jn. 3:16; Ro. 6:23; Ef. 2:8,9), y eso nos dice que su nombre fue incluido en el registro divino de todos los escogidos para que fuesen salvos, registro efectuado desde antes de la fundación del mundo (Ef. 1:3,4; Ap. 17.8). De manera que el nombre de toda persona que haya recibido la salvación, que haya nacido de nuevo y tenga vida eterna, no será borrado del libro de la vida.

Entonces, ¿cuáles son los nombres que pueden ser borrados del libro de la vida? Para entender esto es necesario saber que existe un libro en los cielos en donde han sido escritos los nombres de muchísimas personas escogidas por Dios y llamadas para participar de las bendiciones que Dios ha preparado para ellos, las cuales son dadas en la era de la Iglesia, luego durante el milenio después que el Señor regrese, y por último en la eternidad, en el cielo nuevo y la tierra nueva. Pero conforme el contexto de la carta a Sardis, no todos los inscritos en el libro de la vida responderán afirmativamente al llamado. Recuerda que «*...muchos son llamados, mas pocos escogidos*» (Mt. 20.16).

En la carta apocalíptica de Sardis, debemos analizar dos declaraciones: «*[1]Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives y estás muerto. [5]El que venciere... no borraré su nombre del libro de la vida*» (Ap. 3.1,5). Para entender esto hay que saber que toda persona nace muerta espiritualmente, y al crecer en su vida natural puede llegar a ser una persona religiosa, pero mientras no conozca y crea en Cristo y en su obra redentora, continúa muerta. Por eso dice: «*Y él* (Cristo) *os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados*» (Ef. 2.1).

En el trasfondo histórico, proféticamente hablando, la carta a la iglesia en Sardis representa el período de la Reforma protestante, lo que tuvo sus comienzos en los inicios del siglo XVI, en tiempos de Martín Lutero en Alemania. Eran tiempos en que nadie sabía

que la salvación se recibe por la fe como un regalo de Dios. Nadie sabía que no era necesario comprar indulgencias ni comprar misas y responsos. Eran tiempos en que el Vaticano necesitaba de ingentes sumas de dinero para el enriquecimiento de la curia romana y para la eventual construcción de la Basílica de San Pedro, en Roma. Y para recabar esos recursos recurrieron a la venta en toda Europa de las famosas indulgencias.

El papa León X ignoraba que esta coyuntura fue usada por el Señor para reaccionar frente al milenario cautiverio babilónico de la iglesia, sacando un remanente de ese sistema religioso idolátrico, lo que se conoce como el origen de la Reforma protestante. En realidad, la intención inicial de los reformadores no fue la de separarse, sino de que se efectuara una reforma dentro del catolicismo romano. Al no lograrlo, la Reforma en sí, aun después de la separación, se redujo a una mera ortodoxia muerta, mezcla de principios bíblicos y herencias torcidas del sistema romano. Los reformadores no tuvieron en su momento una revelación completa de los propósitos de Dios. Entonces, aquellos «escapados» del sistema papal conocieron que existía la Biblia, y fueron diligentes en apercibir conocimientos bíblicos, pero no en la intimidad del corazón, sino más bien en teoría (Ap. 3.3). ¿Por qué? Porque carecían de la revelación espiritual como para cristalizar en su plenitud el nuevo nacimiento espiritual. La mayoría de ellos no llegaron a ser odres aptos para contener el vino nuevo; y si ese conocimiento depositado en el área mental, no pasa al corazón, las personas pueden considerar que están vivas espiritualmente, pero en realidad siguen muertas.

Sí, los reformadores le devolvieron la Biblia al pueblo como única fuente que guía a la verdadera fe, pero al grueso de ese mismo pueblo no le fue encendido el amor por la Biblia, y la pueden poseer, pero no la leen. Entonces, ¿qué se podía esperar? Que el Señor en muchos no encuentra nada que refleje vida eterna. No han vencido el poder de la muerte en ellos, aun cuando puedan moverse en medio de mucha actividad. Su

prioridad puede oscilar en la adquisición de riquezas, posiciones mundanas y qué sé yo. Donde no hay vida no puede haber visión espiritual. Pero el asunto es que hay entre ellos unas pocas personas que no han contaminado sus vestiduras con las inmoralidades del mundo. Si no existieran esas personas con vida, no podría haber iglesia entre ellos.

El libro de la vida revela la realidad de que Dios conoce quiénes son los que le pertenecen; y en ese libro sólo pueden permanecer los nombres de aquellos que reciben la vida eterna. Conforme el contexto de la carta a Sardis, la lista es mayor, pero muchos nombres de esa lista serán borrados; y la carta nos aclara que para evitar que esos nombres sean borrados, hay que arrepentirse, y vencer el poder de la muerte espiritual. Eso significa que todos aquellos cuyos nombres fueron escritos desde antes de la fundación del mundo tienen la oportunidad de recibir vida eterna, pero no todos la llegan a recibir. Recuérdese que Dios no nos trata como a simples robots; Él respeta nuestra voluntad y nuestro libre albedrío.

Entonces, no basta con que nos consideremos vivos espiritualmente, sino que se debe vivir la vida espiritual mediante un nuevo nacimiento, vida manifestada a través de frutos de arrepentimiento. Cuando la muerte espiritual es vencida, eso significa que los nombres de los vencedores jamás serán borrados del libro de la vida. Recuérdese que la iglesia deberá comparecer ante el tribunal de Cristo, a fin de dar cuenta de nuestras obras, sean buenas o sean malas.

SUS NOMBRES SERÁN CONFESADOS DELANTE DEL PADRE CELESTIAL Y DELANTE DE SUS ÁNGELES.

Por otro lado, en el protestantismo hay diversidad de nombres de organizaciones, misiones, ministerios y doctrinas; y muchos han preferido rotular su cristianismo con tales nombres, aun por encima del nombre del Señor. Muchos prefieren llamarse católicos, anglicanos, adventistas, bautistas, presbiterianos,

metodistas, wesleyanos, pentecostales, carismáticos, cuadrangulares. Al respecto dice Watchman Nee:

«Al comienzo del reino, frente al tribunal, los ángeles de Dios llevarán a los cristianos delante de Dios. El libro de la vida estará allí. En el libro de la vida están escritos todos los nombres de los cristianos. Habrá muchos ángeles y muchos cristianos. El Señor Jesús también estará allí. Uno o más ángeles leerán los nombres del libro de la vida, y el Señor Jesús confesará algunos de los nombres. Aquellos nombres que Él confiese, entrarán en el reino. Cuando los nombres de otros sean leídos, el Señor no dirá nada; en otras palabras, Él no confesará sus nombres. Entonces los ángeles marcarán estos nombres; por lo tanto, los nombres de los vencedores estarán limpios en el libro de la vida. Un grupo no tiene sus nombres inscritos en el libro; otro grupo tiene sus nombres escritos, pero sus nombres están marcados; y el tercer grupo, en la edad del reino, tiene sus nombres preservados en la misma forma en que fueron escritos la primera vez» (Watchman Nee. *El Evangelio de Dios*. LSM. 1994. Pág., 476).

«Regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos» (Lc. 10:20b). No es necesario que nuestros nombres estén registrados en los libros de las organizaciones eclesiásticas. Debemos estar seguros de nuestra salvación en Cristo Jesús. ¿Estás tú seguro de tu salvación? En caso de que no estés seguro de tu salvación, ¿a qué se debe eso? El Señor nos da la seguridad de nuestra salvación. *«[27]Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, [28]y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano»* (Jn. 10:27,28). Si tu nombre está escrito en el libro de la vida, ahora eres objeto de muchas bendiciones, tales como la justificación, la santificación, la redención, el perdón de los pecados, la vida eterna, la regeneración, la naturaleza de Dios, la renovación y otras. Si durante el tiempo de la gracia, mientras vives en esta tierra, tú creces en tu vida espiritual, maduras, cada día es fortalecido tu hombre interior, y el Espíritu te da testimonio de que eres un vencedor, si tu andar

es con Cristo y tu yo experimenta cada día la acción de la cruz, y va menguando, entonces el Señor no borrará tu nombre durante el juicio de la Iglesia, sino que como premio el Señor te permitirá participar con Él en el reino milenario, incluyendo las bendiciones de Su gozo y reposo, y serás vestido de vestiduras blancas de acuerdo a como hayas andado en esta era. *«Y su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor»* (Mt. 25:21).

El Señor ha venido a vivir dentro de nosotros, en nuestro espíritu, para Él poder vivir Su vida y realizar Su obra. Nosotros somos sus colaboradores; pero en esta era de la Iglesia, en medio de este llamativo mundo, uno como humano necesita de ciertos incentivos para poder cooperar con la gracia de Dios y hacer la correcta y verdadera obra del Señor en la construcción de la Iglesia; y el único que nos puede incentivar es el Señor. Por eso es necesario ver esto con toda la seriedad.

Dice la Escritura: *«[12]Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, [13]porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad»* (Fil. 2:12b-13). Se refiere a la salvación diaria, no a la eterna; es Cristo viviendo en nosotros, operando en nosotros por Su Espíritu, y esto incluye obediencia; porque el Señor pone dentro de ti el querer, y fuera de ti el hacer; es algo de adentro hacia afuera; de tu espíritu hacia tu alma, donde está tu mente, tu voluntad, tus emociones, y luego de tu alma a tu cuerpo, para que todo tu ser entre en acción; pero si tú no avanzas con Él, si te contentas de pronto con ser un creyente más del montón, un niño en lo espiritual; si no te interesa vencer sobre lo que ocurre en tu entorno religioso, si niegas el nombre del Señor por exaltar el nombre de alguna organización religiosa o de algún prominente líder religioso, o el énfasis de una doctrina en especial te ha sectarizado, entonces es posible que no participes con el Señor en la era del reino, o parte de esa dispensación, tu nombre no sea confesado por el Señor y no tengas participación con el Señor en el mismo, ni recibas las bendiciones para ese

tiempo. ¿Significa eso que pierden la salvación? De ninguna manera; sino que durante ese período, los que no hayan vencido en este tiempo, serán disciplinados como el siervo malo que fue lanzado a las tinieblas de afuera, y de ese castigo no saldrá hasta que haya alcanzado la madurez necesaria para participar de las bendiciones que Dios ha prometido para la eternidad en la Nueva Jerusalén. ¿Cuáles son esas bendiciones eternas? El reinado eterno con Dios en la Nueva Jerusalén, el sacerdocio eterno, el árbol de vida, el agua de vida.

«[3]Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, [4]y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. [5]No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos. [14]Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad. [17]Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente» (Ap. 22:3-5,14,17).

No todos los hijos de Dios serán vencedores. Parece ser que los vencedores son una minoría. Hay personas que dicen que andan en la luz, pero la realidad demuestra que andan en tinieblas (1 Jn. 2:8,9). ¡Sorpresas se darán! Los nombres de los vencedores también serán confesados por el Señor delante del Padre y de Sus ángeles en la era del reino milenario en la tierra. La experiencia nos dice que es agradable para muchas personas que sus nombres sean confesados delante de altas personalidades y figuras de cierto prestigio. ¿Eso tiene algo que ver con el estado en que se encuentra la cristiandad? Desde sus raíces la historia del protestantismo se ha visto relacionada con la vinculación de altos personajes, emperadores, reyes, príncipes, electores, prelados, dignatarios políticos y religiosos, quienes se han ido abriendo paso y escalando ciertas posiciones a veces por medios no bíblicos, como el de la política y las contiendas belicosas. Pero

la casa construida por los hombres, y usando métodos humanos, será dejada desierta (cfr. Mt. 23:38). La clave es Dios en nosotros en Cristo y por Su Espíritu. Un creyente no tiene ningún motivo para gloriarse; no importa que sea muy sabio o muy ignorante; no importa la posición que ocupe en el mundo religioso; si todo lo ha hecho el Señor, si en algo debemos gloriarnos es en el Señor.

Capítulo 6

LOS VENCEDORES Y LA IGLESIA

LOS VENCEDORES ANTE EL FRACASO DE LA IGLESIA

Me solidarizo con los que afirman que «la Iglesia constituye el centro del universo y la razón de ser de la creación» (Daniel Ruíz Bueno. *Padres Apostólicos*. BAC. 1985. Pág. 929). ¿Qué pensaba Dios cuando creó al universo? Dice Zacarías 12:1[b]: *«Yahweh, que extiende los cielos y funda la tierra, y forma el espíritu del hombre dentro de él»*. He ahí el centro de la atención del Señor, he ahí lo más importante para el Creador, el espíritu del hombre regenerado, la Iglesia, donde hará Su morada eterna. Dios crea todo el universo por causa de la iglesia. Eso es más importante para Dios que todas las grandes galaxias juntas.

Pero en medio de todo ese gigantesco plan de Dios ha habido inconvenientes y trastornos. Una vez creadas todas las cosas, Dios creó al hombre. De acuerdo con Génesis 1:26-27 y Romanos 5:14, Adán fue creado a la imagen de Cristo; pero el hombre cayó y perdió esa imagen. Es ahora en la era de la gracia y por la redención de Dios en Cristo, que el hombre redimido vuelve a ser la imagen de Cristo (Ro. 8:29); es la Iglesia, el conjunto de todos los predestinados por Dios para que participaran de esta salvación tan grande. Ante la rebelión de Satanás primero y la caída del hombre después, el plan eterno de Dios de reunir todas las cosas en Cristo, y que todas las cosas manifestasen la gloria de Cristo, y que el hombre fuese semejante a Cristo, ese plan sufre demora; y por ello es necesario que el Hijo de Dios se encarne en la historia, nazca y crezca como todos los hombres y cumpla Su obra en la cruz, muriendo por nosotros y resucitando gloriosamen-

te, según el anticipado consejo de Dios, y venza. El Señor Jesús es el primer vencedor. Al derramar su vida en la cruz, y por medio de Su poderosa resurrección y gloriosa ascensión, el Señor da vida a la Iglesia, la cual es llamada a mantenerse en la victoria de Cristo en la cruz. Cristo, la Cabeza, en el Calvario venció y ató a Satanás; y el Señor quiere que Su Cuerpo, la Iglesia, todo el tiempo que permanezca en la tierra, mantenga y demuestre la victoria de la cruz, y para ello es necesario que la Iglesia ate a Satanás en todo lugar. Satanás se ha interesado mucho en que la Iglesia, sus miembros, ignoren que ya Cristo lo venció en la cruz del Gólgota, y que esa victoria es nuestra, en donde nos debemos mantener firmes. La Iglesia está llamada a proclamar y vivir esa victoria del Señor sobre las fuerzas de las tinieblas. Sabemos que muchos hermanos viven postrados, creyendo que sus propias fuerzas le darán la victoria.

Pero la Iglesia históricamente ha fracasado; esto viene ocurriendo desde el período primitivo. Desde los tiempos apostólicos empezaron las fallas; con la pérdida del primer amor empezó el descenso. La Iglesia gradualmente fue experimentando sus fallas, primero manifestadas en algunas personas, y después cayó comprometida con el mundo en tiempos de Constantino el Grande, emperador romano; hubo un matrimonio desigual que se consolidó en tiempos del emperador Teodosio el Grande (379-395). La iglesia descendió de las alturas con Cristo a morar en la tierra, hasta que definitivamente le fue infiel al Señor. La Iglesia es el Cuerpo místico de Cristo. Él como Cabeza, sufre las heridas del Cuerpo y, como el cuerpo humano, a través de la historia la Iglesia ha sido atacada por innumerables gérmenes y plagas malignas con que Satanás ha querido acabarla. La Iglesia ha sido atacada por legiones de demonios que la han contaminado con falta de amor al Señor y a los hermanos, falta de fe y esperanza en las promesas de Dios conforme las Escrituras, con herejías, gnosticismo, ataques por parte del judaísmo y el legalismo, también con el llamado mesianismo, con el desconocimiento de los principios bíblicos, con incontables divisiones, con persecuciones, unión con

el mundo, con cesaropapismo, con sincretismo, idolatría, por medio de la inquisición, el nicolaísmo, la mariolatría, el denominacionalismo y las doctrinas de demonios, con las fuerzas psíquicas latentes en el alma y la teología de la prosperidad, con el evangelio de las ofertas, con el escepticismo y la incredulidad, con el fariseísmo y la apariencia de piedad, con seducción con principios y prácticas esotéricas, y por último con el ecumenismo y la globalización de la religión.

Pero la Iglesia, a pesar de que ha llegado a estar enferma de gravedad, ha salido triunfante, porque las puertas del Hades no prevalecerán contra ella, y después del gran cautiverio y de pasar por valles de sombras de muerte, le llegó la hora de brotar lozana como las flores en primavera; pero desafortunadamente no toda la Iglesia ha estado comprometida, y no toda ella es la portadora de los anticuerpos, sino que sólo los vencedores estarán preparados para dar la gran batalla final. El cuerpo de vencedores es como la vanguardia de la Iglesia. Desde el comienzo, y ante el fracaso de la Iglesia, surge la necesidad de que la responsabilidad recaiga sobre unos pocos, los vencedores. Sólo con los vencedores, los que ya han recobrado la imagen de Su Hijo, Dios pondrá a Sus enemigos por estrado de los pies de Cristo (Mt. 22:44), quien tiene la preeminencia en todo. El resto, la gran masa de la Iglesia ha querido glorificarse a sí misma y jactarse de su trabajo y de sus logros. Es más saludable que trabajes para el Señor sin esperar nada para ti; si estás esperando algo, no has muerto a ti mismo. Si eso te está ocurriendo, cuéntate entre los eliminados del reino. Es preciso que Dios nos venza por medio de la cruz.

El Antiguo Testamento está lleno de tipos y figuras de Cristo y la iglesia. Por ejemplo, la Escritura, hablando de la construcción del tabernáculo en el desierto bajo el liderazgo de Moisés, dice que la cubierta exterior de ese templo portátil era confeccionada con pieles de tejones (cfr. Éx. 36:19.). Al respecto citamos un comentario del hermano Witness Lee, teniendo en cuenta que el tabernáculo era sólo un tipo de la legítima Iglesia del Señor.

«Después de la capa de pieles de carnero teñidas de rojo, está la cuarta capa, la cual viene a ser la capa externa. Esta cubierta está formada de pieles de tejones o de marsopa, las cuales son muy fuertes; pueden resistir cualquier clase de clima, cualquier clase de ataque. La cubierta exterior no es muy atractiva en apariencia y es algo tosca. Hoy en día, exteriormente Cristo no es tan agradable para la gente mundana; Él simplemente se asemeja a la fuerte piel de tejón, que no tiene atractivo en su apariencia exterior. Pero aunque Él no es muy atractivo por fuera, por dentro Él es hermoso, maravilloso y celestial. Él no es como el cristianismo de hoy, que tiene edificios inmensos y hermosos; exteriormente son muy imponentes, pero interior y espiritualmente son desagradables, vacíos y algunas veces corruptos. Las organizaciones cristianas mundanas son verdaderamente feas. En el interior de la iglesia apropiada, del edificio de Dios, hay algo celestial y bello, aunque exteriormente sea humilde y tosca, sin atractivo ni belleza» (Witness Lee. *La Economía de Dios*. LSM. 1990. Pág. 204).

El cristianismo se perfila a través de dos corrientes. Por un lado, hay un cristianismo religioso, nominal, profesante y hasta con apariencia de piedad; claro, con una variante gama de autenticidad; que al tiempo que puede estar anhelando estar bien con Dios, también puede estarse inclinando a mirar con simpatía el mundo circundante y sus engañosos placeres. Son los que no suelen desear comprometerse con Dios. Pero detrás de ese cristianismo veleidoso, hay otra realidad, la de los luchadores, los que saben que con Cristo son victoriosos, los que esperan la venida del Señor y Su reino con Él. Son los que se han comprometido con Cristo hasta la muerte; son los que son guiados por el Espíritu de Dios, porque conocen y están familiarizados con Su voz y la estiman. Son los que ya no viven para sí mismos, sino para Aquel que dentro de ellos habita y ordena, porque tienen conciencia que ofrendó Su propia sangre por la vida de la Iglesia, y nos hizo libres del que esclaviza a los hombres y quiere destruir el rebaño del Señor. Son los que tienen conciencia que nuestra verdadera causa, vida y fortaleza es Cristo; son los que saben que

lo demás sale sobrando. Son los que saben que todo lo relacionado con este mundo de pecado, con nuestra propia carne y con Satanás, nos impide un auténtico crecimiento espiritual. Son los que están conscientes de que llegó la hora en que hay que dejar de jugar a la Iglesia. Son los que no ponen en primer lugar a las añadiduras sino al Señor. A menudo esas dos corrientes cristianas ni se identifican la una con la otra, ni se entienden, y hasta han sido antagónicas en la historia. Se da el caso de que si un vencedor trata de ayudar a un hermano caído, o a un hermano ciego a la realidad del Señor, o a un hermano egocéntrico, éste lo rechaza y lo tilda de fanático o extraviado. Y hasta lo persigue.

A partir de la regeneración de los miembros del Cuerpo de Cristo, ya la Iglesia vive dentro de la esfera del reino de Dios, y como en todo reino, en el reino de Dios hay claras normas de gobierno y de disciplina, y es necesario que todos los redimidos seamos no sólo gobernados y disciplinados, sino también entrenados para gobernar con Cristo en la eventual manifestación del reino de los cielos.

Este es el tiempo en que, de acuerdo con el sermón del monte de Mateo 5-7, la Iglesia, como la actual realidad del reino de los cielos, debe ser entrenada, disciplinada, probada, purificada, limpiada, experimentada en una vida austera, en tribulaciones y restricciones, corregida en todo. En los pequeños reinos y feudos que se han formado en la cristiandad, la Iglesia está siendo guiada por caminos anchos y amplias puertas que facilitan la entrada a la prosperidad económica; los hermanos son entrenados para ganar méritos propios delante del Señor para ser dignos de ricas «bendiciones» terrenales, que satisfagan sus deleites carnales aquí y ahora. Estamos en la era de las ovaciones y las distinciones entre los hombres. ¿Para qué esperar el futuro? No hay preparación para merecer el reino, porque se desconoce todo lo del reino. Para qué más reino, si ya la gran masa está reinando. Se dice: «Somos los hijos del Gran Rey; ya estamos reinando». Muchos quieren reinar desde ahora, pero rehúsan pagar el precio

de la corona. Es mejor reinar en la manifestación del reino futuro, y estar sobre todos los bienes del Señor (cfr. Mt. 24:47), que reinar aquí. Nadie, excepto los vencedores, quiere ocuparse en la confección y bordado, con el Espíritu Santo, del vestido de lino fino, limpio y resplandeciente, sin mancha, para poder participar en las bodas del Cordero; porque ese vestido es individual, pues es hecho en nuestro diario vivir con el Señor, lo que hacemos, pues la Palabra dice que son las acciones justas de cada santo en particular. Las acciones justas de otro santo no te sirven a ti para que puedas participar en las bodas del Cordero, mientras tú no te hayas negado a ti mismo, y tu andar no sea en el Espíritu de Dios.

Por todo eso, la Palabra de Dios habla de vencedores, porque sólo los vencedores pueden llegar a ser pobres en espíritu, tener capacidad para soportar el sufrimiento, ser mansos, tener hambre y sed de justicia, ser misericordiosos; sólo los vencedores pueden ser limpios de corazón, pacificadores; sólo los vencedores tienen capacidad de padecer persecución por causa de la justicia y ser vituperados por causa del Señor, y por encima de todo eso, gozarse y alegrarse, sin devolver mal por mal, sin quejarse, sino bendiciendo a sus detractores; sólo los vencedores son capaces de volver la mejilla izquierda al que le ha herido o golpeado la derecha. Sólo un vencedor tiene la capacidad de contentarse cualquiera sea la situación por la que tenga que pasar, sea de necesidad o de abundancia, y poder manifestar como Pablo: *«Todo lo puedo en Cristo que me fortalece»* (Flp. 4:13).

Los vencedores son la vanguardia; los vencedores son los verdaderos guerreros de Dios en la Iglesia, los que están vestidos con toda la armadura de Dios. En la Iglesia hay personas que sólo visten parte de esa armadura, y otros, embriagados por una falsa teología facilista, no visten nada. Andan desnudos, como los de Laodicea. Sólo los vencedores expresan la realidad del reino que debería expresar toda la iglesia redimida por el Señor, porque sólo en la vida victoriosa de los creyentes vencedores se satisface el requerimiento de Dios de que nuestra justicia debe ser mayor que

la de los escribas y fariseos, es decir, una más elevada y exigente moral que la que demanda la ley veterotestamentaria y los legalistas religiosos profesantes. Tenemos la realidad del reino, pero es una realidad escondida en la Iglesia, incluso para la mayoría de los creyentes.

Por ejemplo, la ley exige que se ame al prójimo y se aborrezca a los enemigos, pero el Señor nos dice a los creyentes que amemos a nuestros enemigos. Pero, ¿quién que no sea vencedor puede lograr esto? Con el estado actual de la iglesia profesante, con esa división crónica reinante, se vive un egoísmo sin precedentes; no se ama ni siquiera a los hermanos en la fe; a veces nos devoramos unos a otros; muchas veces se prefiere no emplear los servicios de nuestros hermanos, porque hay mucha desconfianza, irresponsabilidad, falta de honradez, fachada de religiosidad, pero nada de amor y respeto, mucho menos de piedad, porque el creyente vive como el resto de los hombres, como cualquier hijo de vecino y no como hijos de nuestro Padre que está en los cielos. Existe una gran diferencia entre ser hijo de un padre meramente humano y ser hijo del Padre celestial; porque la vida humana no puede vivir la realidad del reino de los cielos, sino la vida divina que Dios vive dentro de nosotros. La oración autoritativa, la obediencia, la dedicación, el sufrimiento, la cruz, el negarse a sí mismo, el trabajo y la victoria de los vencedores, repercute en toda la Iglesia. Los vencedores obtienen la victoria para la Iglesia, porque los vencedores llevan toda la carga que debiera llevar la Iglesia entera. Sobre los hombros de los vencedores recae la responsabilidad de cargar el arca (símbolo de Cristo); elevarla, y al costo de su propia vergüenza, librarla del vituperio de los hombres. El vencedor no tiene reposo; su responsabilidad no le admite el descanso; el vencedor sabe que tiene que mantenerse en vela hasta que el Señor le alivie de la carga. Entonces, hermanos, ¿es justo que el Señor juzgue en Su tribunal lo que la Iglesia haya hecho en esta era? ¿Será justo que todos los santos reciban un mismo trato, siendo que unos han caminado por el camino angosto y difícil, mientras que otros lo han hecho por el

amplio, placentero y fácil? Es curioso lo que anota el hermano Sonmore: «El pueblo, que tiene oídos sarnosos, se congrega ante maestros de su propia elección para oír mensajes de prosperidad, de paz, de poder, de autorealización y de sanidad física para continuar en pecado» (Clayton E. Sonmore. «*Nadie se atreve a llamarlo engaño*». Tomo 3 de la serie «*Muestre la Casa a los de la Casa*». M.S.M. 1995, p. 130).

Hay dos cosas que tuvo la iglesia en su período primitivo y que se perdieron no mucho tiempo después, y que urge que sean restauradas en nuestro tiempo, a saber, el ministerio y el mensaje. Esos dos aspectos ya han sido restaurados en ciertos lugares, pero a un alto costo de persecución y dificultades. Por ejemplo, el ministerio que existe ahora no es el bíblico; y el mensaje en manos de un ministerio extraño también se aparta de la verdad del fundamento escriturario. Alguien ha dicho que una iglesia con un ministerio y un mensaje que no se pueden reconocer, es un fantasma de la verdadera Iglesia del Nuevo Testamento. Hoy el ministerio es una fuente de ganancia y de posición social; en la Biblia, ejercer el ministerio es un gran sacrificio pues exige pagar un precio. ¿Cuál es el mensaje del verdadero ministerio y por qué es rechazado en el cristianismo actual? Porque el verdadero mensaje es la cruz. Nadie quiere predicar la cruz, ni menos vivirla. Si tú predicas la cruz, te corren de tu denominación. Si la Iglesia no vive la cruz, ¿cuál será la diferencia con los paganos?

Los vencedores son los únicos que llevan la cruz y se niegan a sí mismos. La cruz es obediencia y sometimiento al Señor hasta la muerte; la cruz es dolor y sufrimiento, a fin de que pueda haber vida para otros. Sin muerte no puede haber vida. Pero la Iglesia rehúye llevar la cruz, y se refugian en la prosperidad material, en la vida fácil, como si el Rey nos hubiese redimido para que nos acomodemos en este mundo. Dice W. Nee: «Cada uno de nosotros debería preguntarse: ¿Lo que hago lo hago con el afán de adquirir fama, o prosperidad o para ganarme la simpatía de los demás? ¿O lo que busco es la vida en la iglesia de Dios? Espero que todos podamos pronunciar la siguiente oración: Oh Señor,

permíteme morir para que otros puedan vivir» (W. Nee. *El Plan de Dios y los Vencedores*. Ed. Vida, 1977, pág. 87).

Ya Satanás fue juzgado en la cruz, de modo que la ejecución de esa sentencia está a cargo de la Iglesia, y en particular de los vencedores. Cuando los vencedores sean resucitados y llevados al cielo, con ellos el Señor establece Su reino y Su autoridad sobre la tierra y es consumada la salvación. La gran mayoría en la Iglesia no logra cumplir el propósito de Dios sencillamente porque lo ignora; por eso es que el Señor logra Su propósito con un grupo de vencedores. En la cristiandad no hay conciencia de la Iglesia como Cuerpo de Cristo. Sólo en la condición de Filadelfia se ha restaurado la vida corporativa de la Iglesia. En la cristiandad se ha exagerado el énfasis en la salvación individual, y eso en detrimento de la Iglesia, el Cuerpo de Cristo; porque lo que tiene que ver con un miembro, tiene su repercusión en todo el organismo. Si no somos arraigados y cimentados en amor, todos unidos como los miembros del cuerpo humano, no podemos ser llenos de toda la plenitud de Dios. Dios no trabaja solo, ni quiere que nosotros trabajemos solos. La Palabra de Dios dice que sólo corporativamente se puede conocer a Cristo en sus reales dimensiones (cfr. Ef. 3:17-19). Individualmente en la Iglesia hay cobardes, otros son perezosos, otros descuidados, otros amadores de las cosas del mundo; de ahí que el Señor dispensacionalmente siempre se ha valido de un pequeño remanente, tanto en el pueblo de Israel como en la Iglesia.

Ser vencedor no necesariamente se relaciona con ser integrantes de un grupo de personas especialmente espirituales, con miras a recibir coronas y recompensas cuando venga el Señor. Puede haber algo de eso, pero en el fondo se trata de la falla que históricamente ha afectado a la Iglesia, y el Señor ha querido cumplir Sus propósitos con unos pocos que han vencido las circunstancias que han llevado a la derrota al resto de la Iglesia. El vencedor hace lo que realmente debería hacer toda la Iglesia. El vencedor proclama con frecuencia la victoria de Cristo; es decir,

da testimonio que Cristo ya venció a Satanás, y que ya se aproxima la manifestación del reino de los cielos. Es necesario que el testimonio lo expresemos tanto a los hombres como a Satanás. Es necesario dar testimonio que Jesús es el Señor. De conformidad con la Palabra de Dios, vemos la diferencia entre un creyente vencedor y uno vencido. Al menospreciar su vida hasta la muerte, el vencedor está dispuesto a ser sacrificado en su vida física y a negarse hasta perder toda la fuerza de su alma. Las capacidades naturales del alma humana del creyente, deben ser tratadas por la cruz. Cuando llegamos a Cristo, traemos una serie de fuerzas y capacidades, que el diablo y la carne nos inducen a poner al servicio del Señor sin que sean tratadas por la cruz; y cuando esto ha ocurrido, el cristiano ha fallado. Las capacidades naturales del hombre estorban la obra de Dios.

Cualquiera puede engañarse y engañar usando sus habilidades como si procedieran del Espíritu Santo. Se suele usar magníficas habilidades naturales pedagógicas, elocuencia, inteligencia innata, privilegiada memoria; pero todo eso puede estarse haciendo en la carne: madera, heno, hojarasca. ¿Qué significa eso? Que se está presentando una santidad y unas capacidades que no proceden de Dios. A Dios no se le puede servir con lo que no procede de Él mismo. Dios no recibe lo que no procede de Él. ¿Cuál es el camino correcto a seguir? El yo debe ser anulado por medio de la cruz. Si eso no ocurre, Cristo no puede manifestar Su poder en nosotros. El orgullo que nos arrastra con base en nuestros propios recursos naturales, y el poder de Cristo, no son compatibles. Dice en 1 Corintios 15:50: *«La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción»*. El cuerpo animal de que habla el versículo 44 no puede heredar el reino; para ello debe pasar primero por la resurrección, y el alma haber experimentado la cruz.

ODRES NUEVOS PARA VINO NUEVO

El Señor está edificando su Iglesia de acuerdo con los paráme-

tros bíblicos, y necesitamos tener claridad de que el Señor nos revela en su Palabra y por el Espíritu que no tenemos para qué esforzarnos tratando de reformar las viejas estructuras eclesiásticas reinantes; eso es una tarea imposible e innecesaria. Todo intento de renovación no funciona sencillamente porque la edificación de la Iglesia es vida; la Iglesia es un organismo vivo. Las organizaciones eclesiales, por muy esplendorosas que se muestren, no dejan de ser estructuras muertas que no pueden contener esa vida. Son recipientes viejos y rotos aptos más bien para la dispensación de la ley; y el Señor está preparando odres nuevos para depositar el vino nuevo (cfr. Mt. 9:14-17; Mr. 2:18-22; Lc. 5:33-39). Las dispensaciones de la ley y de la gracia son incompatibles. El que procura establecer su propia justicia tratando de cumplir preceptos legales (Ro. 10:3), y no se sujeta a la justicia de Dios en Cristo (Ro. 3:22; 10:4), sencillamente cae de la gracia (Gá. 5:4). La cristiandad volvió al legalismo. Por ejemplo, para los meros profesantes de la religión, el ayuno ya no es un acto íntimo y secreto de adorar al Señor (cfr. Mt. 6:16-18), sino una práctica religiosa externa y oficial, muchas veces usado para alardear y jactarse no sólo delante de los hombres sino también ante Dios.

Esto tiene cumplimiento tanto a nivel personal como organizacional. Las caducas estructuras de la iglesia tradicional en sus diferentes facciones, con su bagaje de legalismo e imposiciones, constituyen una talanquera para la gracia. La Iglesia del Señor está volviendo a su normalidad bíblica, a la verdadera vida y unidad del cuerpo de Cristo, a las prácticas del primer siglo, cuando los santos «*perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones*» (Hch. 2:42). Pero la normalidad de la Iglesia no se logra renovando las estructuras de las iglesias tradicionales. No se pueden reformar viejas estructuras eclesiásticas; eso es una verdadera utopía. Desde el año 1123 alrededor de 13 concilios «ecuménicos» no pudieron renovar al catolicismo romano, por ejemplo. Dice el Señor que eso sería como pretender que un

vestido viejo sea convertido en uno nuevo sencillamente porque se le llene de remiendos, pues remendar un paño viejo con trozos de uno nuevo trae como resultado la rotura del paño viejo. ¿Por qué se rompe? En el original griego no dice necesariamente paño nuevo; más bien habla de paño burdo, sin cardar (*agnafos*), no bataneado. Un paño no pasado por el batán, es que no ha sido golpeado, desengrasado y enfurtido; es un paño tosco, que al ser mojado se encoge, de manera que el remiendo de dicho paño tira del viejo y lo desgarra; entonces la rotura se hace mayor que antes. Así es el evangelio del reino; es puro; es un evangelio sin quitarles las asperezas, la cruz, el negarse a sí mismo; es el evangelio del camino estrecho; es un evangelio que no puede servir para remendar el evangelio fácil que se está predicando. El evangelio del reino y de la justicia de Dios choca con el evangelio mundano de la prosperidad y del enriquecimiento económico; choca con el evangelio de los palacios y de los grandes emporios.

Lo mismo sucede con los odres. Los odres son cueros generalmente de cabra, que, cosidos y empegados por todas partes menos por la correspondiente al cuello del animal, sirve para contener líquidos, como vino y aceite. Los cueros de los odres, con el envejecimiento tienden a endurecerse, y, claro, van perdiendo flexibilidad, y se pueden resquebrar fácilmente. Esos cueros viejos no resisten la fuerza de la fermentación del vino nuevo. La restauración de la iglesia bíblica está fermentando ahora en casi todos los países del mundo; y esa fermentación está produciendo grandes roturas en las diferentes estructuras de la iglesia tradicional. Hay miles de hermanos que en este momento están recibiendo esa revelación del Señor; y hay deserciones por doquier. Hay muchos hermanos vencedores que están buscando la unidad del cuerpo de Cristo en la comunión del Espíritu de Cristo. El vencedor ve lo que no ven los demás. El vencedor hace un escrutinio cuidadoso conforme la Palabra de Dios, porque la visión espiritual debe ser conforme a las Escrituras. El vencedor examina y reflexiona. El vencedor no se queda en la superficie; en cierto modo hay que penetrar en el misterio del

cuerpo de Cristo; verlo, vivirlo, discernirlo. Los cristianos no debemos vivir en el temor que engendra el cumplimiento de preceptos y cargas; al creer en Jesucristo, de Él no hemos recibido el espíritu de esclavitud (cfr. Ro. 8:15). Hoy somos hijos de Dios, y debemos gozar del espíritu de libertad del Evangelio, y ese espíritu de libertad (no de libertinaje) no cabe en los viejos odres o antiguos moldes ni del judaísmo ni de la iglesia tradicional envejecida con esa carga de institucionalismo, legalismo, normas, divisiones, nicolaísmo y caducas estructuras.

Insistimos, el Señor está trabajando en la restauración de su legítima Iglesia; es una puerta abierta que nadie puede cerrar. Hay un avance incontenible. El Señor está derramando su vino nuevo. Pero para ese vino nuevo, el Señor necesita odres nuevos. Los odres viejos no le sirven al Señor. Lejos está el Señor de que se reformen las viejas estructuras religiosas. Ahí está el ejemplo del mismo Jesús. Cuando inició su ministerio no se cuidó de ir al Sanedrín a revelarle su filiación trinitaria divina y mesiánica a Anás y a Caifás y demás dirigentes religiosos de su nación; ni tampoco a avalar las estructuras del judaísmo reinante; al contrario, combatió todo aquel comercio religioso. Y en vez de eso, se fue a las playas del Lago de Genezaret y llamó a un grupo de odres nuevos para que en ellos fermentara el vino nuevo del Evangelio del Reino. Jesús no vino a renovar las estructuras del judaísmo, como ahora tampoco está interesado en renovar las viejas estructuras de la iglesia tradicional. Jesús ahora está edificando algo nuevo. Lo que en la historia se envejeció, morirá en su vejez. Cuando Jesús inicia su ministerio, en ese momento histórico, el judaísmo, con Anás y Caifás a la cabeza y con sus alas de fariseos y saduceos, representaban el odre viejo con su vino viejo de la ley, las obras, los tipos, las sombras, los sacrificios y las promesas del Antiguo Pacto; ahora viene Cristo, marcando el fin de todo eso, trayendo el vino nuevo, la gracia divina y la verdadera realidad a depositarla en un odre nuevo, pues Cristo es el verdadero Cordero Pascual, el chivo expiatorio verdadero, el verdadero maná, el verdadero tabernáculo de Dios.

Las organizaciones eclesiásticas tienen ya su abanico de programas, métodos y prácticas; unos tradicionales y otros recibidos de diferentes fuentes; incluso puede tratarse de una congregación que se esté inaugurando hoy; que esté estrenando pastor, miembros, edificio, púlpito, personería jurídica, página web, programa radial o televisivo, todo; pero si comienza teniendo por base las estructuras tradicionales del sistema, esa congregación nace siendo vieja y caduca, pues esas estructuras y andamiaje no resisten el auténtico vino. A veces la iglesia tradicional trata de remendar los agujeros de su estructura caduca con parches del paño nuevo. Se da el caso de que a veces hasta usan cierta literatura de apóstoles y maestros de la restauración de la iglesia, pero al usarla mal, vienen las brechas, pues para que sean odres nuevos, las organizaciones deberían desaparecer.

Hay miembros de antiguas estructuras que, abandonando ese sistema de un tajo, se abren al vino nuevo del Señor, de la unidad del cuerpo de Cristo, del evangelio del reino, del camino de la cruz, de la puerta estrecha, de la restauración del verdadero liderazgo (apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros), de la comunión del Espíritu, de la cristocentridad, etc. Todo ese precioso vino lo tenemos en el Nuevo Testamento, de donde lo bebemos por el Espíritu Santo. Cristo nos lo dejó con palabras claras, inequívocas. No es el caso de tratar de unificar la iglesia con el método externo y superficial de unir las diferentes organizaciones. Eso se contempla como la apostasía que involucra el ecumenismo. Por el contrario, se trata de una revelación del Señor a nuestro espíritu; es la luz de Dios que se debe manifestar en el amor que da su fruto. El ecumenismo acrecienta la oscuridad, las rivalidades, los enfrentamientos, el odio, las divisiones, revive el celo religioso. El ecumenismo puede ser papacéntrico, pero no cristocéntrico.

LA ARMADURA DE DIOS

La Biblia registra una lucha de la Iglesia contra el enemigo de

Dios, las fuerzas malignas de las tinieblas; y el Señor nos ordena vestirnos con toda la armadura de Dios, para poder salir victoriosos en ese inevitable enfrentamiento; porque es necesario que luchemos en el Señor, en Su poder, y no en el nuestro. El vestirnos con la armadura de Dios es una orden, un mandato de Dios, y una necesidad para nosotros; no es opcional; pero el ponérnosla es un acto voluntario nuestro, un ejercicio voluntario. Toda arma meramente humana no sirve para esta lucha, es más bien de estorbo.

> *«[10]Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. [11]Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. [12]Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. [13]Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes»* (Ef. 6:10-13).

Aquí la Iglesia es presentada como un guerrero, pero lo lamentable es que no todos están vestidos con esta armadura. Muy pocos, los vencedores, están vestidos con toda la armadura de Dios; otros sólo tienen parte de esa armadura, y el resto, la mayoría, no tiene nada. Tengamos en cuenta que nosotros vemos a las personas con nuestros ojos físicos, pero detrás de las personas (carne y sangre) están los titiriteros, los verdaderos enemigos de Dios, los ángeles rebeldes que ostentan en este siglo los poderes malignos de Satanás, el cual cuenta con una organización sofisticada en los lugares celestes, los aires, y ejercen su poder sobre las naciones del mundo. Cada nación tiene su propio príncipe de las tinieblas (Dn. 10:20) dentro de esa organización, el cual a su vez maneja una verdadera jerarquía de poderes y especialidades a su cargo, para infringirle daño a la Iglesia y a las naciones, que están regidas y esclavizadas por

esas tinieblas. Pero debemos estar firmes en la victoria de Cristo, que es nuestra propia victoria, por cuanto Satanás y sus huestes de maldad están destinadas a ser vencidas por nosotros; por eso debemos resistir, es decir, estar firmes. La armadura de Dios la toma Pablo, en su parte externa, del modelo del soldado romano de su tiempo, el cual era muy famoso por su disciplina y vigilancia. La armadura consta de las siguientes partes:

EL CINTO DE LA VERDAD. *«Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad»* (v. 14a). Ceñirse el cinto tiene la connotación de estar listo para la acción, en este caso para la batalla espiritual; pero es necesario que nos ciñamos con la verdad, la cual es Cristo, el cual vertió su sangre por nosotros. ¿Cómo comieron el cordero los hebreos, el día de su liberación? *«Y lo comeréis así: ceñidos vuestros lomos, vuestro calzado en vuestros pies, y vuestro bordón en vuestra mano»* (Ex. 12:11a). Cuanto más conocemos a Dios y a Su Cristo, más tenemos conciencia de que Él es nuestra única verdad y realidad cotidiana, en nuestro andar como cristianos. *«Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí»* (Jn. 14:6).

LA CORAZA DE LA JUSTICIA. La coraza era la parte de la armadura que revestía y protegía el pecho del soldado romano, es decir, nuestra conciencia. *«Y vestidos con la coraza de justicia»* (v. 14b). Cristo ha sido hecho por Dios nuestra justificación, y de esa justicia hemos sido revestidos desde que creímos, la cual se ha convertido en nuestra coraza en nuestra condición de soldados; la obra de Cristo en la cruz nos ha hecho justos, pero en nuestra lucha contra Satanás, debemos tener nuestra conciencia limpia y protegida con la justicia de un corazón recto delante de Dios y de los hombres, lo cual es la vida de Cristo en nosotros; porque Satanás constantemente nos está acusando, y no debemos permitir que esas acusaciones desmedren nuestra fe y nuestra confianza en el Señor. Si nuestra conciencia no nos acusa, no debemos permitir que seamos atemorizados y avergonzados por el enemigo.

EL CALZADO DEL EVANGELIO. *«Y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz»* (v. 15). El hombre estaba enemistado con Dios, pero el Señor Jesús en Su obra en la cruz sirvió de mediador para establecer la paz, tanto con Dios como con los hombres; esa es la disposición fundamental del evangelio, con el cual debemos estar calzados y parados firmemente. Ahora estamos parados sobre la roca firme, y en esa posición entramos con confianza a participar en la batalla espiritual. Debemos caminar con el Señor en la paz que Él nos ha conquistado; no en nuestra propia paz, ni en la paz de los hombres. Ya no caminamos sobre la tierra, porque no somos de este mundo. La salvación separa a los creyentes de la tierra sucia, y nos hace libres. Además, nuestro testimonio exige que estemos en paz con Dios y con los hombres.

EL ESCUDO DE LA FE. *«Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del enemigo»* (v.16). El escudo era una arma defensiva para el soldado romano, para protegerse tanto de las flechas como de los ataques con espada, lanza u otras armas de la época. El escudo es fundamental para protegerse de los ataques del enemigo. El escudo del soldado romano era de cuero, o de metal; pero el escudo del creyente es la fe. Hay creyentes que carecen de fe, luego no tienen el escudo para apagar los dardos de fuego y ataques del maligno, como las dudas, las tentaciones, los enredos mentirosos, las incitaciones y propuestas al pecado. Otros creyentes tienen un escudo muy pequeño, con el cual sólo podrán apagar ciertos dardos, pero no todos, pues su fe no es lo suficientemente grande; y otros, los menos, tienen un escudo grande; son los vencedores.

EL YELMO DE LA SALVACIÓN. *«Y tomad el yelmo de la salvación»* (v.17a). El yelmo era la parte de la armadura antigua que resguardaba la cabeza y el rostro, de modo que es fácil entender que, en la guerra espiritual, el yelmo de la salvación de Dios guarda la mente del creyente, su intelecto, de ansiedades, preocupaciones, acusaciones, temores, vergüenza, amenazas de Satanás, que

vayan directamente dirigidas a nuestra mente, para debilitarnos, desorientarnos y postrarnos en una situación de derrota y culpabilidad. Pero hemos sido salvados por Dios en Cristo; ahora somos hijos de Dios, y es Cristo quien vive en nosotros permanentemente. Satanás continuamente está lanzando sus dardos a nuestra mente. Satanás sabe que es en la mente del hombre en donde se maquinan y perfilan todas las cosas, y por eso es en la mente de los creyentes donde se libran las grandes batallas contra el enemigo, pues los argumentos y pensamientos pertenecen a la mente.

Leemos en 2 Corintios 10:3-6: *«[3]Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; [4]porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, [5]derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo, [6]y estando prontos para castigar toda desobediencia, cuando vuestra obediencia sea perfecta»*.

Para entrar a participar en la guerra espiritual es necesario andar conforme al espíritu; de ahí que las armas deben ser espirituales, poderosas en Dios, para poder derribar fortalezas del enemigo. Todos los que desobedecen a Dios son portadores de las fortalezas de Satanás; por eso todo pensamiento debe ser llevado cautivo a la obediencia a Cristo.

LA ESPADA DEL ESPÍRITU. *«Y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios»* (v.17b). La espada es la única pieza de la armadura que es usada para atacar al enemigo. Cristo es el Verbo de Dios encarnado, y la Biblia es la Palabra de Dios (gr. *logos*) inspirada por el Espíritu Santo, o soplada por el aliento de Dios (gr. *theopneustos*), de manera que cuando es usada la palabra específica (gr. *rhema*) para dar un golpe mortal y contundente al enemigo, es Cristo mismo hablando por Su Espíritu y por la Palabra. Las Escrituras han sido tergiversadas y manipuladas abundantemente a través de la historia, en tal forma que esas

tergiversaciones han facilitado el camino para introducir herejías en la Iglesia del Señor, contribuyendo a las múltiples divisiones sustentadas con aparente respaldo bíblico. He ahí el gran peligro, que apoyados con una falsa base bíblica, se protocolice la división del Cuerpo de Cristo. El celo religioso no es de Dios, ni el orgullo sectario, ni la vanagloria del progreso humano. Todo eso le ha hecho mucho daño a la unidad de la Iglesia; se ha quebrantado la verdadera expresión de la unidad del Cuerpo del Señor. De ahí que debe ser usar la espada del Espíritu en el Espíritu y por el Espíritu. Es de suma importancia saber cuál es la versión bíblica en nuestro idioma que guarde más fidelidad con los manuscritos originales.

LA ORACIÓN. «*Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos*» (v.18). La oración no está relacionada dentro de la armadura de Dios, pero es el elemento indispensable para recibir la armadura y usarla convenientemente en el momento apropiado.

EL MANTO DE LA HUMILDAD. Aun los vencedores vestidos con toda la armadura de Dios, tienen sus peligros, y si se descuidan, pueden caer de cualquier altura de donde se encuentren; no importa el grado de madurez espiritual que se tenga. Dice 1 Co. 10:12: *«Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga»*. El brillo de la armadura, puede deslumbrar al vencedor que se descuida, y en vez de mirar al Señor, se mira a sí mismo; no tiene conciencia de que su armadura no tiene protección para sus espaldas, en donde puede ser herido por los dardos del enemigo, dardos llamados orgullo; y ya herido, se va llenando de cierta aureola alrededor de sí mismo, y, sin darse cuenta, se va debilitando espiritualmente de tal manera que al final no tiene fuerzas suficientes para sostener la espada y el escudo (la Palabra de Dios y la fe), y como consecuencia viene el engaño en cuanto a la Palabra y en cuanto a la fe, y empieza a declarar que ya no necesita usar la espada y el escudo; y al final se despojará

asimismo de toda la armadura.

Entonces, ¿cuál es el remedio preventivo? Los reyes, los grandes de este mundo y los cristianos orgullosos, se cubren con un manto de púrpura, pero el manto del cristiano vencedor es la otra cara de la moneda; el manto que nos cubre la espalda de los dardos de la altivez, es la humildad, la pobreza en el espíritu. 1 Pedro 5:5b-6 declara: *«[5]Y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. [6]Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios; para que él os exalte cuando fuere tiempo»*. El vestido de humildad es la vestidura de un esclavo en aptitud de servicio. El altivo hace alarde por encima de los demás; es despreciativo. El orgulloso se llena tanto de confianza en sí mismo, que llega el momento en que cree que ya no necesita usar la Palabra de Dios, la fe y la confianza en el Señor, y la armadura en general, y es enredado fácilmente en el engaño de toda índole. Todo guerrero necesita toda la armadura de Dios, pero vestido de humildad, *«[4]porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, [5]derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo»* (2 Co. 10:4-5).

La guerra contra los demonios no se hace con las habilidades de la carne; ni con fuerza carnal y física, ni con elocuencia natural, ni con humana sabiduría, ni derribando a las personas al piso en las reuniones; no estamos luchando contra los hombres. Por tanto, las armas deben ser espirituales, poderosas en Dios. Los dardos del enemigo van dirigidos a llenar nuestra mente de argumentos y razonamientos que nos inducen al chisme, a la búsqueda de faltas en nuestros hermanos, a la acusación, a la falta de perdón, al egocentrismo, al juicio injusto, a los celos y contiendas, al rechazo, a la amargura, a la lujuria; pero uno de los más fuertes y devastadores ataques viene del orgullo. En cambio, la Palabra de Dios nos insta a ser *«unánimes entre vosotros; no*

altivos, sino asociándoos con los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión» (Ro. 12:6). Debemos estar vigilantes, porque abundan los falsos ropajes de humildad.

Declara Mateo 5:3: *«Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos»*. Con este versículo, el Señor en el sermón del monte comienza la descripción de la verdadera naturaleza de los que son aptos para participar en el reino de los cielos; y todas las características descritas, son el polo opuesto del cristiano orgulloso. Delante de Dios, el humilde tiene la posición más alta, porque refleja la llenura de Dios y de Su gracia; porque Santiago 4:6 dice: *«Pero él da gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes»*. Entonces, amados hermanos, para que no nos deslumbre el brillo de la armadura y nos impida ver la verdadera naturaleza del enemigo, debemos taparla con el manto de la humildad.

EL AMOR. Por Su Santo Espíritu, el Señor nos ha dado dones espirituales, como herramientas para nuestro trabajo en esta era, y como anticipo de los poderes del siglo venidero; pero lo más excelente, importante y poderoso de todas las herramientas recibidas de parte del Señor es el amor del Padre. Muchos, como los corintios, buscan los dones exteriores, pero el amor es la manera excelente de ejercerlos, y es la expresión de Dios dentro de nosotros como vida y aliento.

La naturaleza de Dios es amor (1 Jn. 4:16), y la expresión de ese amor es lo que nos lleva a ser espirituales. Podemos tener una magnífica comprensión de la Palabra de Dios, podemos tener todos los dones espirituales, podemos comprender todos los principios del reino, podemos poseer una fe gigantesca, pero si carecemos del amor del Padre, nada somos.

No hemos logrado comprender todavía lo suficiente y en su justa medida el capítulo 13 de la primera epístola a los Corintios. Cuanto más nos alimentemos de Cristo, más llenos somos de Su amor, porque Él, que es amor, se va apoderando de todo nuestro ser; no sólo del espíritu, sino también del alma y todas sus

facultades, y hasta del cuerpo. El Señor ha venido a vivir dentro de nosotros para siempre; nunca se irá de nosotros; esta es Su casa; pero debemos buscar que Él nos llene de Su Espíritu y de Su amor para que le seamos fieles; Su amor nos libra del egocentrismo, y nos hace ver más allá de nuestro entorno físico. Saturados de Su amor, podremos tener la visión del tercer cielo, y predicarlo. Con el amor, podemos manejar la armadura de Dios con eficacia.

LA SEXTA PROMESA

La Iglesia ha fallado, pero en la historia, el Señor comenzó a restaurar todo lo que se había perdido en el curso del cautiverio babilónico; por tanto, una vez fortalecido el período de la Reforma, comenzó el período de Filadelfia, del amor fraternal, los hermanos que, aunque con poca fuerza, guardan la Palabra de Dios, retienen firmemente lo que tienen y no niegan el nombre de Jesucristo. Es en Filadelfia donde mejor se expresa la realidad actual del reino de los cielos entre los creyentes neotestamentarios, y particularmente para los vencedores de Filadelfia hay hermosas promesas. Declara Daniel 4:26: *«Y en cuanto a la orden de dejar en la tierra la cepa de las raíces del mismo árbol, significa que tu reino te quedará firme, luego que reconozcas que el cielo gobierna»*. En Filadelfia comenzamos a experimentar que el cielo gobierna en nuestras vidas.

En la carta del Señor a Filadelfia encontramos una hermosa promesa para los vencedores, de ser guardados de la hora de la prueba, es decir, la gran tribulación que ha de ser manifestada sobre toda la tierra habitada (Mt. 24:21). Declara Apocalipsis 3:10: *«Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra»*. En este versículo y en el contexto de la carta vemos que los santos que guarden la palabra del Señor y no nieguen el nombre del Señor Jesucristo, es decir, no lo cambien por nombres denomina-

cionales o de líderes religiosos, serán guardados por Dios de la gran tribulación en tiempos del gobierno del anticristo. No significa esto que algunos santos hayan de ser transformados y arrebatados al cielo antes de la gran tribulación, puesto que esto sería creer en un rapto de la iglesia en dos etapas, pues la Iglesia de Cristo estará en la tierra durante todo el gobierno del anticristo.

Es preciso dejar en claro que la resurrección de los santos será el mismo día del regreso del Señor a la tierra (1 Ts. 4.13-17).

COLUMNAS EN EL TEMPLO

«Al que venciere, yo le haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí» (Ap. 3:12a). Si los vencedores de Filadelfia logran retener firmemente lo que tienen, el Señor los hará columnas en el templo de Dios. En Filadelfia vencer es retener. Todos los santos neotestamentarios son piedras del templo del Señor, pero no todos llegan a ser columnas del templo de Dios. Hay que diferenciar la condición de ser columna del templo de Dios y el ser una simple piedra del edificio. El vencedor de Sardis será transformado en una piedrecita para el edificio de Dios, pero el de Filadelfia será una columna edificada en el templo de Dios.

La columna es fundamental, no puede ser quitada sin que peligre la estructura misma de la edificación; es decir, que el vencedor de Filadelfia, que guarde la palabra del Señor y no nieguen Su nombre va, a recibir en el reino milenario el premio de ser un fundamento del templo de Dios, y nunca más será quitado de allí. El vencedor sabe perfectamente que no pertenece a este mundo, que no habita aquí como si perteneciera a esta esfera. Una vez pertenecimos aquí, pero si somos vencedores, ahora no pertenecemos a este mundo. Al contrario, esta era es tan malvada, que los vencedores, ya como un ejército, vendrán con Cristo a ponerle fin (Ap. 17:14; 19:14, 19-21). Ahora somos posesión de Dios, de Cristo y de la Nueva Jerusalén. Fuera de su hogar celestial, la vida del vencedor es la cruz y el vituperio. Hoy

tiene poca fuerza, y mañana es una columna en el templo de Dios, por el poder del Señor.

El nombre de Dios

«Y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual desciende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo» (Ap. 3:12b).

Al vencedor de Pérgamo se le promete darle en el milenio una piedra con un nombre escrito, pero al vencedor de Filadelfia se le hará una columna sobre la cual serán escritos tres nombres: el de Dios, el de la Nueva Jerusalén y el nuevo de Cristo, como señal de pertenencia a Dios, de herencia eterna y de testimonio de Cristo y de que se ha hecho uno con Dios, con la Nueva Jerusalén y con el Señor; todo lo cual se cumplirá en el reino milenario. Llevar el nombre de Dios significa que Dios fue formado en ti; llevar el nombre de la Nueva Jerusalén significa que haces parte de la Ciudad Santa, porque ha sido también formada en ti, y llevar el nombre nuevo del Señor significa que el Señor se ha formado a Sí mismo en ti, en tu experiencia, en tu andar. En resumen, Filadelfia es la única iglesia que es completamente aprobada por Dios. Filadelfia no niega el nombre del Señor; los hermanos de Filadelfia no se apellidan con otros nombres; en Filadelfia no hay bautistas, ni presbiterianos, ni pentecostales, ni puritanos, ni cuadrangulares; sencillamente son de Cristo, son cristianos, y en consecuencia reciben una preciosa promesa de que será escrito sobre ellos el nombre de Dios, el nombre de la ciudad de Dios y el nuevo nombre de Cristo.

El nuevo nombre de Cristo

«Y mi nombre nuevo» (Ap. 3:12b). El vencedor de Filadelfia recibirá un premio especial, el nuevo nombre del Señor Jesucristo. El nombre del Señor es el Señor mismo; lo cual significa que Cristo es pertenencia del creyente vencedor. El nombre del Señor

ha sido forjado en el creyente vencedor. ¿Cuál es el nombre nuevo de Cristo? Tú conoces el nombre nuevo de Cristo cuando experimentes de una manera nueva al Señor. Para muchos santos ya Cristo se ha vuelto viejo, se ha vuelto algo así como una vida religiosa rutinaria; pero si tomas la decisión de vencer, Cristo llegará a ser nuevo para ti; siempre será tu alimento fresco. El vencedor de Filadelfia retiene el nombre del Señor y la unidad del Cuerpo de Cristo. El vencedor de Filadelfia ha vencido la ruptura del Cuerpo de Cristo. Es un error pensar que para que haya unidad en la Iglesia es necesario que se lleve a cabo bajo la apariencia del ecumenismo. Mientras subsistan las divisiones denominacionales y sectarias no puede haber unidad. Es un error pensar que para que haya unidad en la Iglesia necesariamente debe haber uniformidad. Una cosa es la uniformidad externa y otra la verdadera comunión del Espíritu.

Hay énfasis doctrinales que no revisten carácter fundamental, y que por ende no afectan la salvación ni rompen la unidad del Cuerpo; y hay denominaciones que se han formado y se han apartado del resto del Cuerpo debido a que le han dado carácter fundamental a algo que la Escritura no tiene como fundamental ni afecta la salvación. A este respecto vale la pena traer a colación las palabras del hermano Martín Stendal, con relación a la Iglesia: «A través de la era de la Iglesia, ha habido muchos individuos y grupos involucrados en «guerras» y con «sangre» en sus manos, que sí han intentado edificar el Templo del Señor a la manera de determinada denominación, grupo o movimiento organizado. Estos intentos han terminado por edificar monumentos muertos, en vez de unir piedras vivas que serían una verdadera luz para las naciones. El hombre mide el éxito por el número de «fieles», o por las instalaciones, o por los éxitos terrenales cuando Dios lo mide por la justicia y la rectitud en el corazón, y por obediencia a Su ordenanza y a Su Palabra» (Martín Stendal. *El Tabernáculo de David*. Colombia Para Cristo. 1998). También dice el hermano Grau: «Los mismos reformadores no intentaron fundar una nueva religión, ni siquiera una nueva Iglesia. Tanto ellos como nosotros tenemos un solo

Maestro. El mensaje de la Reforma no nos dice que nos hagamos luteranos o calvinistas, sino cristianos» (José Grau. *Catolicismo Romano - Orígenes y Desarrollo*. E.E.E. 1987. p. 543).

Además, como lo hemos venido estudiando en la Palabra de Dios, el grado de madurez y santidad de los hermanos bíblicamente no es uniforme, ni tampoco se debe esperar uniformidad en el procedimiento y el orden. Ni aun en los vencedores hay uniformidad espiritual. En el reino, unos recibirán mejores recompensas que otros. La posición en el reino y aun en la eternidad en el nuevo cielo y la nueva tierra, depende y es producto de nuestra vida terrenal después de haber creído. Ser vencedor requiere sacrificio, obediencia y entrega, y cuanto más se escale aquí, se traduce en que tendremos un nivel mayor en el reino y en la eternidad. Cada vez tenemos más claro que nuestra vida y andar con Cristo no se debe tomar livianamente.

Cuando se habla de vencedores es porque hay creyentes derrotados. Los que vencen son los cristianos espiritualmente normales; los demás hermanos siguen siendo nuestros hermanos, pero son espiritualmente anormales. *«Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?»* (1 Jn. 5:4,5).

Capítulo 7

LOS VENCEDORES Y EL TRIBUNAL DE CRISTO

EL TRIBUNAL DE CRISTO

De ninguna manera es nuestra intención alarmar a los hermanos creyentes que lean este trabajo. Lejos está de nuestra parte ser portadores de un mensaje que les vaya a causar tristeza y desazón, o que se vayan a escandalizar; ahí están las páginas de las Escrituras, que son las que dan testimonio de toda verdad expuesta. Sólo queremos ser fieles al Señor y a Su Palabra, declarando lo que nos advierte la Palabra de Dios por Su Santo Espíritu; es decir, dando el sonido del atalaya cuando ve que se acerca el peligro. Ya el Señor está a las puertas, y Su pueblo debe conocer todo lo relacionado con esa preciosa venida, y una de esas cosas es que el Señor establecerá su tribunal en los aires y juzgará a la Iglesia. El apóstol Pablo por el Espíritu en 2 Corintios 5:10, declara:

«Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante ***el tribunal de Cristo****, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo»*.

Ese es el primero de todos los juicios, el de la Iglesia. Muchos rechazan esto, pero es una declaración bíblica. Hermanos, el juicio de la Iglesia es necesario; recordemos que las caras se ven pero los corazones, no. Pero el Señor sí que ve todo. Declara Santiago 5:8,9: *«*[8]*Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca.* [9]*Hermanos, no os quejéis unos contra otros, para que no seáis*

condenados; he aquí, el juez está delante de la puerta». Antes de que el Señor venga como Novio, vendrá como juez; no olvidemos eso (Mt. 25:1-13). Todo eso, tanto Su venida como el juicio de la Iglesia, debe llenarnos de alegría. El Señor, todo lo que hace, lo hace para bien y en justicia.

En su calidad de administrador de los misterios de Dios, cada obrero debe ser hallado fiel. En 1 Corintios 4:4-5, el apóstol Pablo declara: *«[4]Porque aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado; pero el que me juzga es el Señor. [5]Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios»*. En el tribunal de Cristo será manifiesto públicamente nuestro carácter y motivación subjetiva y personal, por lo que seremos juzgados uno por uno. El juicio comienza por la casa de Dios. Leemos en 1 Pedro 4:17: *«Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?»*

Dice el hermano Rick Joyner: «El Señor comienza el juicio por Su propia casa, porque no puede juzgar al mundo si su pueblo vive en los mismos caminos de los malos. Cuando llegue el juicio, habrá una distinción entre Su pueblo y el mundo, pero será porque Su pueblo es diferente» (R. Joyner. *Liberación de la marca de la bestia*. The Morning Star. 1995). La Iglesia no será juzgada ante el gran trono blanco, sino mil años antes ante el tribunal de Cristo, cuando venga el Señor e inicie el reino milenario, para castigo o recompensa, de acuerdo con la vida y obras de los creyentes, los santos salvos, hijos de Dios. *«[10]Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos comparece-remos ante el tribunal de Cristo. [11]Porque escrito está: Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios. [12]De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí»* (Ro. 14:10-12). También Pablo en 2 Co. 5.10

dice: *«Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo»*. Este juicio no se relaciona con la salvación eterna, sino con nuestra conducta en nuestra condición de hijos de Dios.

Dice Mateo 16:26-27: *«[26]Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma? [27]Porque el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras»*. Aquí habla de recompensas para los seguidores del Señor en Su venida; pero esas recompensas dependerán de la perdición o salvación de sí mismos, es decir, de su vida natural. Después de exhortarles a que lleven a la práctica ciertas cosas, el apóstol Pedro le dice a los hermanos: *«Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo»* (2 Pe. 1:11). Cuando el Señor venga, muchos creyentes reinarán con Él y otros no; de modo que la principal recompensa es participar con el Señor en Su reino; y de acuerdo con el contexto, esto dependerá de que hayan perdido o no su alma. En este juicio, el Señor determinará quiénes de entre los santos son dignos de galardones y recompensas, y quiénes merecen y necesitan más disciplina. Todo vencedor tiene premio en el reino milenario, pues el reino será una recompensa para los creyentes vencedores. Declara 2 Ti. 2.12: *«Si sufrimos, también reinaremos con él; si le negáremos, él también nos negará»*.

Dice el Salmo 66:18: *«Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado»*. En el corazón es donde residen nuestras emociones, motivaciones, inclinaciones, afectos, pasiones, deseos, odio y amor. El corazón debe ser renovado. Allí podemos guardar pecados no confesados y de los cuales no nos hayamos arrepentido, no hayan sido eliminados, ni resueltos de una vez por todas bajo la sangre del Señor Jesús. A veces se suele perdonar en apariencia, y en nuestro corazón no

nos hemos olvidado, sigue allí latente; entonces ese problema con alguien, en realidad no ha sido resuelto convenientemente, y seguimos guardando iniquidad. Todo pecado que no ha sido borrado, volverá a nosotros en el tribunal de Cristo. Una cosa es que nuestros pecados sean borrados, y otra diferente es que sea borrada en nosotros toda mancha de pecado.

En el tribunal de Cristo no se estará juzgando la salvación, sino que las obras del creyente son sometidas a juicio. Por ejemplo, Romanos 8:1, dice: *«Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu»*. El andar del creyente vencedor es conforme la vida del Espíritu dentro de su espíritu; pero el derrotado es carnal; no anda conforme al Espíritu. En el tribunal de Cristo, el santo no vencedor no pierde su salvación; si anda conforme a la carne, tiene motivo de juicio en el tribunal de Cristo. Dice Juan 5:24: *«De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida»*. También 1 Juan 4:17 dice: *«En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo»*. Nótese que esta declaración es muy seria y encierra un gran compromiso. Si somos imagen de Cristo, no tenemos motivos para ser disciplinados.

EL TIEMPO DEL JUICIO. ¿Cuándo tendrá lugar el tribunal de Cristo? Conforme a Lucas 14:14 el tiempo de las recompensas está asociado con la resurrección. *«Y serás bienaventurado; porque ellos no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos»*.

El momento en que compareceremos ante el tribunal de Cristo es cuando ocurra la resurrección de la Iglesia, a la final trompeta. Dice Apocalipsis 11:15-18:

«[15]El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los

siglos. [16]*Y los veinticuatro ancianos que estaban sentados delante de Dios en sus tronos, se postraron sobre sus rostros, y adoraron a Dios,* [17]*diciendo: Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres, y que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder, y has reinado.* [18]*Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra»*.

Como vemos, se trata de la séptima trompeta, la final, como lo dice 1 Corintios 15:52: *«En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados»*. Llega el tiempo de establecer el reino. También ese tiempo lo confirma Apocalipsis 22:12: *«He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra»*.

El primer juicio será el de la Iglesia al regreso del Señor. Dice 1 Pedro 4:17a: *«Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios»*; pero la Iglesia no será ya más juzgada. Después del reino milenario tendrá lugar el juicio del gran trono blanco, donde serán juzgados los impíos, los que participen en la segunda resurrección, pues los capítulos 21 y 22 de Apocalipsis describen la situación en la eternidad, tanto para la Iglesia como para los impíos y las naciones.

LUGAR DEL JUICIO. En algún lugar de la tierra. Leemos en 1 Ts. 4.16,17: *«*[16]*Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá el cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero.* [17]*Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor»*. Puede ser que al encontrarnos con el Señor en el aire, luego descendamos a la tierra con Él, y luego el Señor establezca su tribunal en algún lugar

de la tierra.

PERSONAS JUZGADAS. ¿Quiénes serán convocados para el juicio de la Iglesia? Este juicio será sólo para los creyentes. De acuerdo con el contexto del capítulo 5 de la segunda carta a los Corintios, se trata de la Iglesia, tanto vencedores como vencidos. Comienza el capítulo hablando del anhelo de la redención del cuerpo y de ser revestidos de la habitación celestial, a fin de no ser hallados desnudos. Ahora vivimos en esta tierra como peregrinos, ausentes del Señor; pero desde ya debemos serle agradables; y entonces es cuando el versículo 10, con toda claridad nos dice que *«es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo»*. De conformidad con el contexto de 1 Corintios 3:12-15, allí el juicio es para todos los creyentes con relación a la obra de cada uno; de cómo haya sobreedificado sobre el único fundamento, Jesucristo. Si construyeron con materiales diferentes de los de Dios, el resultado será un edificio extraño, que se quemará, y esos constructores sufrirán pérdida; serán castigados, aunque no perderán su salvación. También lo confirma 1 Corintios 9:24-27, como lo hemos comentado.

Pensemos, aunque sea por un momento, la vergüenza que sentiríamos en aquel día, al contemplar la mirada del Señor sobre nosotros, sobre la indiferencia con que le tuvimos en poco a Él, el que murió por nosotros en la cruz y derramó Su propia vida por unos seres tan ruines e ingratos. También pensemos en los millones de testigos que nos rodearán, donde nadie tendrá la oportunidad de ocultar nada.

TRES PARÁBOLAS DE JUICIO

Todo creyente mundano, negligente y carnal, deberá enfrentar la vergonzosa realidad que aparece en la Escritura. Analicemos un poco tres parábolas en Mateo, que se relacionan íntimamente con la venida del Señor y el tribunal de Cristo. La del siervo malo (Mt. 24:45-51), la de las vírgenes imprudentes (Mt. 25:1-13) y la

del siervo negligente (Mt. 25:14-30). Estas tres parábolas son dirigidas a la Iglesia; para que la Iglesia se pellizque, sobre todo en un tiempo de tanta expectativa como el que vivimos. La iglesia está atravesando por una época de grandes y transcendentales acontecimientos.

La parábola del siervo malo. Esta parábola habla de siervos fieles e infieles. Aquí los siervos representan a los creyentes en el aspecto de la fidelidad al Señor. La parábola habla de siervos que están al frente de la servidumbre, en donde debe ser fiel y prudente. Nótese que el Señor aquí no usa la palabra hijos para llamar a los salvos, sino siervos; pues como hijos ya recibimos Su vida; en cambio como siervos seremos juzgados para lo de las recompensas. Al comienzo, en los versos 45-47, la parábola habla de un siervo vencedor, el cual recibirá como recompensa ser puesto sobre todos los bienes del Señor en el reino. Esa es la bienaventuranza. Allí dice: *«[45]¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, el cual puso su señor sobre su casa para que les dé el alimento a tiempo? [46]Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así. [47]De cierto os digo que sobre todos sus bienes le pondrá»*. Dar alimento a tiempo está relacionado con ministrar la Palabra de Dios a los creyentes, y todo lo que se refiera a Cristo como vida de la Iglesia. El buen siervo ha de dar alimento, no leyes, a sus consiervos. Las leyes las da el Señor. La labor del siervo bueno es dar, no buscar lo suyo propio. Al ser hallado fiel, el buen siervo será promovido a un cargo más elevado en el reino. *«[47]De cierto os digo que le pondrá al frente de toda su hacienda»*.

Pero en los versos 48-51 habla del siervo malo, que, aunque es salvo, no es vencedor, trata mal a los demás creyentes, se enseñorea de ellos como si Dios lo hubiera puesto en la iglesia como un príncipe (1 Pe. 5:3), tiene amistad y compañerismo con la gente mundana, no ama la venida del Señor ni le interesa el reino. El siervo malo es un esclavo de sus pasiones y apetitos. Allí dice: *«[48]Pero si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi señor*

tarda en venir; [49]y comenzare a golpear a sus consiervos, y aun a comer y a beber con los borrachos, [50]vendrá el señor de aquel siervo en día que éste no espera, y a la hora que no sabe, [51]y lo castigará duramente, y pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes».

El siervo malo es llevado por una falsa doctrina. El siervo malo piensa que el Señor tarde en venir o que tal vez nunca vendrá, y eso le da la oportunidad de vivir una vida descuidada para andar según sus propias concupiscencias (2 Pe. 3:3-4). El siervo malo quiere imponer su autoridad tratando mal a sus consiervos. Es posible que le echen en cara su conducta y eso lo enfurece más, o busca afanosamente que los demás lo reverencien y se inclinen ante él. Para una persona, la venida del Señor (o la muerte de la persona, que es lo mismo, pues acarrea las mismas consecuencias) es algo supremamente terrible. La muerte, pues, lo separará de muchas cosas que hoy ama y le entretiene, de este mundo que tanto le atrae. Y ¿qué le espera a este siervo malo cuando se encuentre con el Señor en el juicio de la iglesia? Le espera un castigo temporal. Necesitamos ganar esta carrera aquí, no sólo para no estar castigados temporalmente con los hipócritas, sino para recibir el galardón, el premio, de los vencedores, como lo dice Pablo (1 Co. 9:24-27).

Este siervo es salvo; un hijo de Dios; habla de «mi Señor»; ningún impío llama «mi Señor» a Jesús; pero en el día en que la Iglesia comparezca ante el tribunal de Cristo, ese siervo será separado del Señor y de Su reino, y temporalmente puesto en el lugar a donde irán los hipócritas. No eternamente, sino que allí pondrá sólo «su parte», conforme a su falta.

La parábola de las diez vírgenes. En Mateo 25:1-13, encontramos la parábola de las diez vírgenes, la cual está íntimamente relacionada con el reino de los cielos. Aquí las vírgenes representan a los creyentes en el aspecto de la vida con el Señor. El andar del creyente con Cristo en santidad y obediencia se relaciona íntimamente con su llenura del Espíritu Santo. De la constante

llenura del Espíritu Santo en un creyente depende su perfección en la comunión con Dios y con los demás hermanos, el conocer el amor de Cristo y el de ser llenos de toda la plenitud de Dios (Ef. 3:19).

El diez es el número de las naciones, y significa que la Iglesia está constituida por creyentes de todo linaje, de toda tribu, de todas las razas, lenguas y naciones del orbe.[1] Claro que, además de la última generación de creyentes, incluye a los hermanos que ya han muerto en la historia (*«cabecearon y se durmieron»*, dice en el verso 5)[2]. Algunas personas se confunden pensando que todas las vírgenes se «duermen» espiritualmente; pero eso sería una contradicción. La mitad de las vírgenes son prudentes y la mitad insensatas. Sus lámparas (el espíritu de cada creyente) representan que la Iglesia, en esta edad de tinieblas, lleva el testimonio del Señor, es morada del Espíritu Santo de Dios; pero es necesario que cada lámpara continuamente esté llena del aceite de Dios (Su Espíritu), para que pueda irradiar esa luz de Dios comenzando desde el interior; porque todo creyente es responsable ante Dios de ser lleno del Espíritu Santo. *«Lámpara de Jehová es el espíritu del hombre»* (Pr. 20:27a). Lámpara con aceite insuficiente no puede alumbrar sino con una luz muy tenue. *«[15]Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, [16]aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos. [17]Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor»* (Ef. 5:15-17). El necio no aprovecha bien el tiempo, y como vive para sí mismo, no se entera de cuál sea la voluntad del Señor en determinados a acontecimientos.

---

[1] *Cfr*. Apocalipsis 5:9. No es una casualidad que en el capítulo 10 de Génesis se describa las generaciones de los hijos de Noé, y que diga en el versículo 32: *«Estas son las familias de los hijos de Noé por sus descendencias, en sus naciones; y de éstos se esparcieron las naciones en la tierra después del diluvio»*. De los diez cuernos (las naciones globalizadas del último sistema mundial) de la cuarta bestia surge un cuerno que los dominará a todos (Dn. 7:7-8; Ap. 13:1; 17:3). En el tabernáculo, las diez cortinas de Éxodo 26 representan a la iglesia. Relaciónese con la novia de Cantar de los Cantares (1:5).

[2] Cuando se refiere a los creyentes, el sueño representa la muerte, como en 1 Ts. 4:13-16; Jn. 11:11-13; 1 Co. 11:30.

Todas las vírgenes salen del mundo al encuentro del Señor, porque las vírgenes representan a los santos, a los apartados del mundo para Dios; pero *«[3]las insensatas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite; [4]mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas»*. La vasija es la persona de cada uno, es su alma (vasos de honra para Dios y habitación de Cristo). Todas las vírgenes tenían aceite en sus lámparas; todas eran salvas; todas tenían al Espíritu Santo; pero hay una distinción entre las vírgenes prudentes y las insensatas: las insensatas no tenían reservas en sus vasos; de manera que sus almas no conocían la vida del Espíritu; eran almas sin renovación y santificación. Eran creyentes que se conformaban a este siglo, pues no habían sido transformados por medio de la renovación de sus entendimientos, de manera que en ese estado no tenían capacidad para comprobar cuál era la voluntad de Dios en cada caso, en cada circunstancia (Ro. 12:2). Esto es serio, que Dios nos hable en nuestro espíritu y nosotros no podamos entender lo que nos dice. *«No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu»* (Ef. 5:18). La llenura el Espíritu en el creyente debe ser continua y constante. Algunos piensan que eso se refiere a un acto, pero se trata de un estado interior permanente para gozar de la plenitud de Dios con los demás hermanos, pues somos un cuerpo. O somos necios y seguimos postergando conocer esa plenitud, o somos sabios y buscamos esa provisión constante de aceite para nuestras lámparas y nuestras vasijas con más diligencia que al oro y a la plata.

Pero a la medianoche, cuando la humanidad se esté debatiendo en la gran oscuridad de la gran tribulación, se escuchará la voz del arcángel y la trompeta de Dios; ya viene el Señor, y ocurre la resurrección y el traslado de la Iglesia. ¿Qué sucederá entonces con los creyentes que teniendo el Espíritu Santo no estén lo suficientemente saturados de Él? La parábola no responde a todos nuestros interrogantes, pero vemos tácitamente que los creyentes necios no pagaron un precio para ser llenos del Espíritu

Santo. ¿Cuál es el precio? Tampoco lo aclara, pero en otras partes de la Escritura Sagrada lo vemos. Por ejemplo, renunciar al mundo, cargar nuestra propia cruz cada día en obediencia al Padre, negar el yo; en nuestra escala de valores poner a Cristo en el primer lugar, por encima de todas las cosas; estimar todas las cosas como pérdida por amor de Cristo. Todo creyente que no pague el precio ahora, en esta vida, para ser lleno del aceite del Espíritu, deberá pagarlo después de la resurrección, pues todo creyente debe ser perfeccionado, si no ahora, pues lo será después en las tinieblas de afuera. El Señor ahora nos está dando la oportunidad de que no desperdiciemos los pasos que Él está tomando para llevarnos a todos Sus hijos a la madurez. Pero, ¿por qué se le llamará precio? Porque se trata de renunciar a toda esa herencia que recibimos y que vivimos en otro tiempo en nuestro hombre viejo. Eso es doloroso cuando nos aferramos a esas cosas, costumbres, pertenencias, vicios, amores, valores ancestrales, cuyo centro no es Dios. Ahora nuestro tesoro es Cristo, y Dios nos tiene escondidos en lugares celestiales en Su Hijo. Lo demás sobra.

Note que las cinco vírgenes insensatas llegan a tocar la puerta después que se cierra para iniciar las bodas con las prudentes, los creyentes vencedores. Dice en los versos 10-13: *«[10]Pero mientras ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta. [11]Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor, ábrenos! [12]Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco. [13]Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir»*. Vemos, pues, que se relaciona con la venida del Señor y Su juicio de las obras de la Iglesia cuando Él establezca Su tribunal. Las cinco vírgenes insensatas, aunque no pierden su salvación, no son aprobadas para entrar a las bodas; no tienen el vestido apropiado; no se han ocupado a su debido tiempo en tener suficiente aceite. Cuando en el tribunal de Cristo, el Señor le diga a alguien: No os conozco; eso significa que esa persona jamás se interesó por tener comunión con el Señor,

no se interesó por conocer al Señor; y la salvación se relaciona con el conocimiento del Señor (Jn. 17:3). Mientras estamos en esta tierra, el Señor nos da la oportunidad de conocerle y obedecerle, pero cuando Él venga y establezca Su tribunal para juzgar a la Iglesia, allí, en ese momento no es el *Salvador* sino el *Juez* (Mt. 5:25) que estará juzgando nuestra conducta como hijos de Dios. Si las vírgenes insensatas no fueran salvas, no podrían estar ahí tocando las puertas del reino de los cielos. Hermanos, es un privilegio grande el poder servir al Señor ahora. Es verdad que podemos estar muy ocupados en nuestros propios programas «espirituales», y no estar haciendo la voluntad de Dios, y en aquel día recibir la desaprobación del Señor (Mt. 7:21-23).

Por otro lado, la llenura del Espíritu Santo de otro hermano, no te puede servir a ti. Las vírgenes insensatas eran salvas por la cruz del Señor Jesucristo, y después de haber conocido la gran salvación de Dios por Su Hijo unigénito, no vivieron para Él sino para ellas mismas; todo el tiempo de creyentes en esta tierra fue lastimosamente desperdiciado.

Para disfrutar del reino hay que entrar por la puerta estrecha. Pero nuestra tendencia natural es entrar por la puerta ancha, la que nos da acceso a múltiples goces y ventajas terrenales. Los goces terrenales no hacen muy atractiva la puerta estrecha. Es como una paradoja: la puerta estrecha nos lleva a un camino estrecho y difícil, pero es el camino que nos llevará al reino y al goce del Señor. En Lucas 13:24-25 dice el Señor: *«[24]Esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán. [25]Después que el padre de familia se haya levantado y cerrado la puerta, y estando fuera empecéis a llamar a la puerta, diciendo: Señor, Señor, ábrenos, él respondiendo os dirá: No sé de dónde sois»*.

La parábola del siervo negligente. En Mateo 25:14-30 encontramos la muy conocida parábola de los talentos. Consideramos que no hay necesidad de transcribirla toda. También comienza hablando del reino de los cielos, porque tiene que ver

con el reino de los cielos, y lo que aquí aparece no se relaciona con la salvación eterna. El hombre que entrega sus bienes a sus esclavos es Cristo, y el ir al extranjero es Su ida a los cielos después de Su gloriosa resurrección. Los talentos son repartidos de acuerdo con la capacidad natural de cada creyente, y esa capacidad tiene relación con lo que somos en nuestra vida natural, nuestra herencia cultural y genética, nuestras costumbres, nuestro entorno social y nuestro aprendizaje. De la forma en que hayamos sido creados por Dios, una vez hemos creído, en esa misma medida recibimos los dones del Espíritu para ponerlos al servicio del Señor.

Dios conoce exactamente de lo que podemos ser capaces de responder, y en esa misma medida nos va a pedir cuentas. Aquí los vencedores, trabajan con los talentos (dones espirituales, capacidades, bienes tangibles e intangibles, oportunidades, etc.) recibidos del Señor y para la gloria del Señor, en Su venida le entregan buenos resultados. Están, pues, representando a los creyentes en el aspecto del servicio. Estos siervos, los vencedores, son aprobados y reciben sus galardones y entran a disfrutar del Señor en el reino milenario, pero sobre todo el gozo es en el aspecto interior. El Señor no evalúa nuestra obra y la premia fundamentándose en la cantidad y lo bueno que pueda ser, sino por nuestra fidelidad en el servicio. El Señor quiere que nos dispongamos a que el talento que hemos recibido de Él sea usado al máximo, con una entrega absoluta, y de acuerdo con Su voluntad perfecta.

Pero la parábola hace hincapié en el siervo que recibió un solo talento y lo enterró. El versículo 18 dice: *«Pero el que había recibido uno fue y cavó en la tierra, y escondió el dinero de su señor»*. A menudo se resalta a los siervos que reciben muchos talentos y se les tiene en mucha estima y hasta se les encumbra; y los que reciben uno, porque son menos dotados, ellos mismos se descuidan, no lo utilizan bien o definitivamente no lo tienen en cuenta, y lo entierran; es decir, que en vez de trabajar con su

talento, se involucran con el mundo. Toda asociación con el mundo tiene en sí el peligro de enterrar el don que hemos recibido del Señor. Nótese que mientras el Señor no haya regresado, a nadie le quita su don (Ro. 11:29), sino que nosotros mismos nos encargamos de enterrarlo con nuestra asociación con el mundo, o en nuestro propio orgullo y ambiciones de tipo espiritual, u ocupados en guardar nuestra propia reputación. Resulta fácil encontrar cualquier pretexto mundano o personal para no usar el don que el Señor ha depositado en nosotros, y desperdiciarlo, escondiéndolo. A veces queremos vivir aquí como reyes, y cuando esto ocurre, nosotros mismos somos los responsables de no ser reyes en el reino con el Señor.

Dice el versículo 19: *«Después de mucho tiempo vino el Señor de aquellos siervos, y arregló cuenta con ellos»*. Luego el Señor Jesucristo regresa y arregla cuentas con sus siervos en el tribunal de Cristo, después de transcurrida toda la edad de la Iglesia. Millones de hermanos no tienen ni la menor idea de que el Señor vendrá y lo primero que va a hacer es instalar su tribunal en el aire para arreglar cuentas con sus esclavos que Él compró con Su propia sangre (1 Co. 7:22,23; 2 Co. 5:10; Ro. 14:10; 1 Co. 4:5). Dice Apocalipsis 22:12: *«He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra»*.

Dicen los versículos 24-28 de la parábola: *«[24]Pero llegado también el que había recibido un talento, dijo: Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; [25]por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo. [26]Respondiendo su señor, le dijo: Siervo malo y negligente, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí. [27]Por tanto, debías haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses. [28]Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos»*.

El hecho de que este siervo comparezca ante el tribunal de Cristo, demuestra que fue resucitado o transformado y trasladado

con la Iglesia, pues es salvo eternamente. Pero este siervo falla en su vida interior, conducta y obras delante del Señor; conocía al Señor más objetiva que subjetivamente. Hay que trabajar en la obra del Señor con lo que recibimos del Señor, partiendo desde cero; de conformidad con los resultados, estaremos participando del reino; y al siervo negligente le serán quitado los dones espirituales y será descalificado y lanzado a las tinieblas de afuera, disciplinado, el tiempo que sea necesario.

LAS TRES ETAPAS DE NUESTRA RESURRECCIÓN

Es importante tener siempre en cuenta que nosotros como seres humanos estamos conformados de tres partes: espíritu, alma y cuerpo, y esas tres partes que integran nuestro ser son salvas en tres tiempos diferentes, como lo enseñamos en el primer capítulo. El espíritu es salvo en el acto de la regeneración, cuando creímos en Cristo; el alma es salva en el curso de nuestra vida cristiana, pues tenemos que ocuparnos nosotros mismos de la salvación de nuestra alma con temor y temblor, y eso lo debemos hacer juntamente con la acción en nosotros del Espíritu Santo; debe ser una acción continua de renovación y santificación del alma; y el cuerpo será salvo en el futuro, cuando ocurra la resurrección de la Iglesia. Pero las tres partes deben ser halladas irreprensibles (1 Ts. 5.23). Y así como las tres partes de nuestro ser son salvas en tres etapas diferentes, también nuestra resurrección ocurre en tres etapas.

De conformidad con la Palabra de Dios, habrá en el futuro dos grandes resurrecciones, y sólo dos: Una, la primera, la de los muertos en Cristo, cuando el Señor regrese, a la final trompeta, antes del reino milenario (1 Ts. 4:16; 1 Co. 15:52; Ap. 20.4-6); y la otra resurrección tendrá ocasión después de mil años (Ap. 20:7,11-15). Pero dentro de los que participen de la primera resurrección, habrá un remanente de vencedores que obtendrán una mejor resurrección, conforme lo leemos en Hebreos 11:35: *«Las mujeres recibieron sus muertos mediante resurrección; mas*

otros fueron atormentados, no aceptando el rescate, a fin de obtener ***mejor resurrección****»*.

Al respecto, y para una mejor comprensión de lo que significa esa mejor resurrección, entremos a analizar un poco en Filipenses 3:10-11. En el contexto, desde que se inicia el capítulo 3 de Filipenses, Pablo viene hablando de gozarnos y gloriarnos en el Señor, y no poner nuestra confianza en la fuerza y recursos de la carne y sus intereses, teniendo por basura todo aquello que en nosotros llegó a ocupar un lugar privilegiado, incluyendo todo lo relacionado con nuestra antigua religión, y estimar todo eso como pérdida; luego dice en el versículo 9: *«Y ser hallado en él* (en Cristo)*, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe»*.

En el curso de nuestra vida cristiana debe llegar el momento en que debemos ser hallados viviendo no en nuestra propia justicia, esa que proviene de nuestros propios esfuerzos por guardar la ley, sino ser hallados en Cristo. ¿Ser hallados por quién? Por los hombres, por los ángeles y por los demonios. Luego en los versículos 10 y 11, dice:

> *«[10]A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejantes a él en su muerte, [11]si en alguna forma llegase a la resurrección de entre los muertos»*.

Nuestra justicia debe ser la que procede de Dios; la vida misma de Dios en nosotros, a fin de poder conocerle. Conocer al Señor es experimentarlo; no es meramente leer o escuchar sobre Él. Conocer al Señor es experimentar el poder de la resurrección de Cristo. Nótese que para esto es necesario que participemos de los padecimientos de Cristo, configurándonos a Su muerte. Eso enriquece nuestra vida de resurrección. Esa experiencia de vivir una vida crucificada nos va perfeccionando a Su conocimiento. La revelación es perfeccionada por la experiencia hacia el conocimiento de Cristo; y entonces podemos experimentar el poder de la resurrección de Cristo. La vivencia de esa resurrección nos

hace aptos para una super-resurrección, la cual no será alcanzada por muchos. Los muchos no quieren la cruz, sino que anhelan bendiciones materiales y carnales.

En el original griego, la palabra resurrección que aparece en el versículo 10, no es la misma traducida en el versículo 11. En el versículo 10 la palabra traducida resurrección, en griego es *anastaseos* (ἀναστάσεως); pero en el versículo 11 encontramos una palabra algo diferente; allí dice *exanastasin* (ἐξανάστασιν), la cual se podría traducir como una super-resurrección o una resurrección sobresaliente, que será un premio para los santos vencedores. Para llegar a esta resurrección sobresaliente, indica que todo nuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, ya haya pasado por un proceso de resurrección desde el momento en que conocemos a Cristo. Es un proceso paulatino, progresivo, continuo, lo cual podemos explicar así:

1. ***Resurrección del espíritu***. La condición nuestra antes de conocer a Cristo era de muerte. Eso lo explica vivamente la Palabra en Efesios 2:1-4:

> *«[1]Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, [2]en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, [3]entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. [4]Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó...»*

Antes de conocer al Señor nuestro espíritu estaba muerto, pero el Señor lo resucita a la vida eterna. Lo leemos en Efesios 2:5-6, donde los verbos están en tiempo pasado:

> *«[5]Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), [6]y juntamente*

*con él **nos resucitó**, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús»*.

El espíritu no vuelve a resucitar debido a que jamás vuelve a morir. En la resurrección del cuerpo, el espíritu sólo hace es reunirse con el cuerpo glorioso para reunirse con Jesús. De conformidad con Romanos 6:3-11, el bautismo tiene un aspecto resucitador; es decir, al ser bautizados en el cuerpo de Cristo (1 Co. 12:12), participamos de todos los aspectos y experiencias de Cristo, incluida la resurrección, de manera que fuimos resucitados juntamente con Cristo *«y nuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (*Col. 3:3). Esa es una constante en todo el Nuevo Testamento. En nuestra vida de resurrección no debemos practicar las cosas de nuestra vieja naturaleza, las terrenales.

*«Sepultados juntamente con él en el bautismo, en el cual **fuisteis también resucitados*** (tiempo pasado) *juntamente con él, mediante la fe de la operación de Dios, quien le levantó de los muertos»* (Col.2:12). *«Si, pues, **fuisteis resucitados juntamente con Cristo*** (tiempo pasado)*, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios»* (Col. 3:1).

2. ***Resurrección del alma***. Una vez hayamos experimentado la resurrección del espíritu, el Señor pasa a trabajar para resucitar nuestra alma; pero el alma, para que pueda resucitar, debe morir antes. Un creyente nuevo aún es carnal, su alma no ha sido renovada, de manera que tenemos que pasar por un proceso de crecimiento espiritual, pruebas y negación del yo, hasta que nuestra alma llegue a ser renovada, y tengamos un alma espiritual, con una mente renovada, que podamos pensar como Cristo, al ser conformados, no a nuestra pasada manera de pensar, sino a la mente de Cristo. Un alma totalmente renovada es un alma resucitada a una nueva vida.

Dice Romanos 8:6: *«Porque el ocuparse de la carne es **muerte**, pero el ocuparse del espíritu es **vida** y paz»*. Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo (Cfr. Ro. 6.6), pero debemos

tomar nuestra cruz cada día (Cfr. Lc. 9.23), a fin de que esa muerte (del alma carnal) sea una realidad presente en cada uno de nosotros. Mientras nos ocupemos (nuestra alma) de la carne, no hay muerte en nuestro yo; pero al participar en la muerte de Cristo, nuestra alma tiene vida y verdaderamente somos trasladados de la vieja creación, del viejo hombre, a la nueva criatura, al nuevo hombre, que es Cristo en nosotros. El proceso de esta resurrección *es un asunto presente*. Esa resurrección especial es la meta de nuestra vida cristiana.

3. ***Resurrección del cuerpo***. Nuestro cuerpo será resucitado en el futuro, a la final trompeta; y en esa resurrección se le unirán el espíritu y el alma. Romanos 8:10,11 dice:

> *«[10]Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está **muerto** a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. [11]Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús **vivificará** también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros»*.

Dios quiere que todo nuestro ser (1 Ts. 5:23) sea hallado irreprensible cuando venga el Señor, y todo nuestro ser completamente resucitado, sea en forma integral liberado del viejo hombre que tenía Satanás esclavizado. Que obre, pues, en nosotros el poder de resurrección que obró en Cristo Jesús. De esto sacamos en conclusión que habrá creyentes no vencedores, que sus almas no habrán experimentado la respectiva resurrección, de manera que no experimentarán esa resurrección especial en el día postrero.

Nótese que Pablo lo advierte en Filipenses 3:11, cuando dice: *«[11]si en alguna forma llegase a la resurrección de entre los muertos»*. Es bien claro que no se está refiriendo a la resurrección general de la Iglesia sino a esa resurrección especial, pues Pablo estaba seguro que participaría de la resurrección general.

LOS VENCEDORES Y EL TRASLADO DE LA IGLESIA

Las Escrituras dan fe de que la Iglesia será levantada por el Señor en Su venida, evento en el cual ocurrirá la resurrección de los justos y la transformación de los que permanecieren vivos hasta el glorioso regreso de Cristo. Veamos acerca de ese hecho en cuanto al conocimiento de tal evento por parte de los creyentes y en cuanto a la participación en el mismo.

En cuanto al conocimiento del tiempo del traslado. De conformidad con Hechos 1:9-11 y otros muchos textos bíblicos, el Señor vendrá otra vez. *«[9]Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. [10]Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, [11]los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo»*. De acuerdo con ciertas señales dadas en la Biblia, sabemos que Su venida no demora, porque nadie sabe ni el día ni la hora, pero sí podemos saber el tiempo en que ese evento ha de ocurrir. ¿Quiénes sabrán el tiempo en que el Señor ha de regresar? Habrá hermanos que, o por no amar la venida del Señor o por andar preocupados en sus deseos carnales y vida del mundo, viven desapercibidos, y ese hecho los sorprenderá como ladrón en la noche, y a otros, que estarán velando, no.

Por ejemplo, a los hermanos de Sardis, a muchos de los que están enmarcados dentro del protestantismo denominacional, los que tienen nombre de que viven, y están muertos, el Señor les dice (Ap. 3:3): *«Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepiéntete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti»*. Lo curioso es que eso mismo dice el Señor al mundo con respecto de Su venida. Lo registramos en el texto de 1 Tesalonicenses 5:2-3: *«[2]Porque vosotros* (los santos) *sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; [3]que cuando* (en el mundo)

digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos (los impíos) *destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán»*. Una cosa es el mundo y el creyente descuidado, y otra el que vela y ama la venida del Señor. Transcribimos a continuación los versículos siguientes (4-10): *«[4]Mas vosotros,* (los que velan) *hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. [5]Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. [6]Por tanto, no durmamos (*no nos descuidemos en el mundo) *como los demás, sino velemos y seamos sobrios. [7]Pues los que duermen, de noche duermen* (en las tinieblas del mundo)*, y los que se embriagan, de noche se embriagan. [8]Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de fe y de amor, y con la esperanza de salvación como yelmo. [9]Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo, [10]quien murió por nosotros para que ya sea que velemos, o que durmamos, vivamos juntamente con él»*. Este texto habla por sí solo.

En cuanto al tiempo del traslado y a la participación en el mismo. La ortodoxia doctrinal bíblica enseña que habrá dos resurrecciones: Una, la primera, la de los santos en la venida del Señor, después de la gran tribulación, y la segunda, la de los impíos, al finalizar el milenio. Sobre este punto crucial de la Escatología, a través de la historia se fueron desarrollando los puntos de vista de varias escuelas de interpretación, de los cuales destacamos los siguientes.

1. ***Postribulacionismo***. La sana enseñanza bíblica es que toda la Iglesia del Señor será arrebatada por el Señor y trasladada a los aires, en donde nos encontraremos con el Señor. ¿Cuándo ocurrirá ese evento? A la final trompeta. *«[51]He aquí os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, [52]en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados»* (1 Co. 15:51-52). *«[16]Porque*

el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. [17]Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor» (1 Ts. 4:16-17). Al ser levantada la Iglesia al toque de la séptima trompeta, significa que la Iglesia estará acá en la tierra durante los siete años del gobierno del anticristo, porque al toque de la final trompeta es cuando ocurrirá la gloriosa venida del Señor y el comienzo de Su reino milenario; y eso no ocurrirá sino al finalizar los siete años del gobierno de la bestia. Veamos lo que dice Apocalipsis sobre eso.

«[15]El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos. [18]Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra» (Ap. 11:15,18). Este punto de vista era el sostenido por la iglesia primitiva, pues es el que aparece en los documentos del primer siglo, como la *Didaké*; luego fue el punto de vista interpretativo de los llamados padres de la iglesia, y de los escolásticos; también fue el punto de vista de los reformadores; por último fue sostenido por varias de las grandes denominaciones de la línea reformada y otras; son postribulacionistas incluso algunas corrientes presbiterianas y bautistas. También fueron postribulacionistas los hermanos Benjamín Newton y George Mueller, dentro de la línea de los Hermanos o Brethren, quien se le opuso a Darby.

Apocalipsis habla de los santos salidos de la gran tribulación. *«[9]Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos*

de ropas blancas, y con palmas en las manos; [10]y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero. [11]Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes; y se postraron sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios, [12]diciendo: Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén. [13]Entonces uno de los ancianos habló, diciéndome: Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido? [14]Yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: ***Estos son los que han salido de la gran tribulación****, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. [15]Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos. [16]Y no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; [17]porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos»* (Ap. 7:9-17). El postribulacionismo es lo que se llama como la teología del pacto. ¿Pero qué sucedió?

2. ***Pretribulacionismo***. No obstante que la iglesia primitiva y la patrística sostenían la interpretación del Nuevo Testamento en el sentido de que la Iglesia sería arrebatada después de la gran tribulación, sin embargo, en el año 374, Efraín el Sirio, sin demostrarlo profundamente, por primera vez en la historia lanza la idea de un rapto antes de la gran tribulación; pero no hizo mucho eco, pues hasta 1754 es cuando retoma este punto de vista un pastor bautista llamado John Gill; posteriormente retomaron sus banderas los siguientes: en 1810 un jesuita chileno de apellido Lacunsa; en 1812, un hermano inglés llamado Edward Irving; también enseñó el pretribulacionismo en 1816 una mujer, al parecer mística, llamada Margaret McDonald. Pero el que le dio el espaldarazo final fue el hermano John Nélson Darby en 1820, quien lo había escuchado de Eduard Irving. El hermano Darby fue

de la línea de los Brethren, también conocidos en la historia como los *hermanos de Plymouth*, íntimamente relacionados con la restauración de la iglesia bíblica y la unidad del Cuerpo de Cristo. Darby había sido un arzobispo anglicano, de donde salió para unirse a los Hermanos en Plymouth. Darby profundizó y sistematizó el pretribulacionismo y el dispensacionalismo. Pero quien le dio amplia difusión al pretribulacionismo y al dispensacionalismo fue el Dr. Scofield con sus famosas anotaciones a la Biblia, y por ese medio esa corriente de enseñanza tuvo fácil entrada en muchas denominaciones. A la muerte de Scofield, quien retomó las banderas del pretribulacionismo fue Lewis Sperry Shaffer, fundador del Seminario Fundamentalista de Dallas, Texas, donde se han formado muchos pastores denominacionales, y autor de una famosa teología sistemática; de manera que han sido medios poderosos para que se difunda el pretribulacionalismo. Otros influyentes pretribulacionista han sido Charles Ryrie, John F. Walvoord, de las Asambleas de Dios, y J. Dwight Pentecost, autor de la conocida obra dispensacionalista «*Eventos del Porvenir*», que tanta influencia ha proyectado en el denominacionalismo.

Los hermanos que han enseñado y difundido el pretibulacionalismo merecen todo el respeto, pero debo aclarar lo que dice la Biblia, que si a los creyentes se les enseña que la Iglesia del Señor será trasladada antes de la aparición del anticristo en la esfera política mundial, se les está engañando. *«[1]Pero con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y* ***nuestra reunión con él****, os rogamos, hermanos, [2]que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca. [3]Nadie os engañe en ninguna manera; porque* ***no vendrá sin que antes*** *venga la apostasía, y* ***se manifieste el hombre de pecado****, el hijo de perdición, [4]el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios. [5]¿No os acordáis que cuando yo estaba todavía con vosotros, os decía esto? [6]Y*

ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste. [7]Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio. [8]Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida» (2 Ts. 2:1-8).

Los pretribulacionista interpretan el versículo 7 en el sentido de que es el Espíritu Santo quien impide la manifestación del anticristo, y que el Espíritu Santo será quitado de la tierra al ser arrebatada la Iglesia. Pero tengamos en cuenta que el Espíritu Santo está en todas partes, incluso en el Hades. *«[7]¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿A dónde huiré de tu presencia? [8]Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás»* (Sal. 139:7-8). Eso significa que el Espíritu seguirá estando en la tierra después que la Iglesia sea arrebatada al cielo; incluso estará en los dos testigos de Dios cuyo ministerio se desarrollará en Jerusalén durante la gran tribulación (cfr. Ap. 11:1-12). El Espíritu no es quien ha detenido la manifestación de los grandes imperios mundiales. Dios tiene trazado un plan en la historia de los hombres. Medite bien el lector en la estatua del sueño de Nabucodonosor de Daniel 2; ahí aparece la sucesión de los imperios mundiales hasta la venida del Señor. Las piernas de la estatua corresponden al imperio romano; luego viene una explicación más detallada de esto mismo en las bestias de Daniel 7. Note que la estatua termina en diez dedos, y la cuarta bestia (Roma) aparece con diez cuernos, de los cuales se levantará otro, la bestia, que se encargará de quebrantar a los santos del Señor (Dn. 7:14-25; Ap. 13:5,7; Ap. 17:12-13). La Escritura se interpreta ella misma. ¿Qué puede, pues, impedir la manifestación del anticristo? Analicemos.

La Biblia revela que Satanás es el príncipe de este mundo (Ef. 2.1; Jn. 12.31); y para el desempeño del ejercicio de ese gobierno, Satanás cuenta con una verdadera organización jerarquizada distribuida por todas las naciones (Ef. 6.12). Para corroborar esta

afirmación vemos que Satanás le ofreció al Señor Jesús todos los reinos del mundo y la gloria de ellos a cambio de que el Señor se les postrara y lo adorase (Mt. 4.8,9). En el libro del profeta Daniel, por ejemplo, hay ciertas revelaciones al respecto de los distintos imperios que han gobernado las diferentes civilizaciones mundiales a través de la historia. En los capítulos 2 y 7 son mencionados Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma; en ese orden. Pero al final de los tiempos será entronizado el último emperador mundial.

Pero el caso es que la historia humana cuenta la sucesión de esos imperios, sus glorias y sus ocasos, pero no se tiene en cuenta que todo gobierno implantado, todo imperio surgido entre las naciones obedece a un mover espiritual satánico en los cielos que rodean la tierra. Todo el mover político y militar entre las naciones obedece o es el reflejo de lo que sucede entre las huestes satánicas en los cielos.

El profeta Daniel, en su capitulo 8, revela la caída del imperio Medo-Persa y el surgimiento del Imperio Griego. Dios le mostró el mover de los príncipes satánicos. Al príncipe satánico de los medos y de lo persas se lo mostró en forma de carnero con dos cuernos, y como herido de muerte por el príncipe satánico griego en forma de macho cabrío en tiempos de Alejandro Magno. Esto significa que para que pueda surgir una potencia mundial debe ser quitada otra, y que ese cambio ocurre en las esferas celestiales. También en Daniel 10.13,20, Daniel hace mención de los príncipes diabólicos de Persia y de Grecia. Eso significa que cada potencia terrenal, cada nación es regida por un príncipe satánico que gobierna con una verdadera jerarquía del mundo de las tinieblas. Pero el caso es que la excepción es Israel. Esta nación no es gobernada por ningún príncipe satánico, sino por el arcángel Miguel, conforme es revelado en Daniel 10.13 y 12.1. De manera, pues, que mientras Miguel no sea quitado de en medio, ningún príncipe satánico ni ninguna potencia terrenal podrá contra Israel, como ha sido demostrado en todas esas guerras desatadas contra esa nación desde 1948. Para que pueda cumplirse todo lo

profetizado con relación a Israel, y la enorme tribulación que vendrá sobre esa nación en el futuro, tendrá que ser quitada la protección del arcángel Miguel y todas sus huestes. «*En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro*» (Dn. 12.1).

En este punto amerita darle un pincelazo al tema del anticristo. ¿De dónde surgirá este siniestro personaje? ¿Cómo será su aparición en el escenario político mundial? Para responder estas inquietudes es preciso que nos basemos en las Sagradas Escrituras. En el capítulo 2 de Daniel, al estudiar la exégesis de la gran estatua del sueño de Nabucodonor, aparece una secuencia de cuatro grandes imperios: Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma. Pero nótese que el Imperio Romano está representado por dos piernas de hierro. ¿Cuál es la razón histórica que cumpla esa profecía? Debido a que a partir del emperador Constantino el Grande, ese imperio tuvo dos capitales, Roma, al Occidente, y Constantinopla, al Oriente. A partir de entonces, la ciudad de Roma ejerció su influencia y gobierno sobre las provincias europeas, y Constantinopla sobre las provincias orientales, lo que mayormente constituyen los modernos países islámicos.

¿Por qué es tan importante tener en cuenta este hecho histórico? Debido a que en la estatua del sueño de Nabucodonosor, sus pies terminan, ya no de hierro, sino de una extraña composición, en parte de hierro y en parte de barro cocido de alfarero, lo que podríamos llamar ladrillo. Esos diez dedos en que termina la estatua, serán diez países modernos que en su tiempo constituyeron provincias del Imperio Romano, cino occidentales y cinco orientales, que harán alianzas humanas, pero que no se unirán, así como no se puede unir el hierro con el ladrillo.

Revela el libro de Daniel que en los días de esos reyes ocurrirá la segunda venida del Señor Jesús, quien vendrá a reinar sobre

las naciones de la tierra. Pero el caso es que en Apocalipsis 17, Dios revela que esos diez reyes, que son los mismos diez cuernos de la bestia de Apocalipsis 13.1, entregarán su poder y su autoridad al anticristo.

Entonces, a la luz del panorama político actual, todo parece indicar que la Unión Europea puede sufrir una decadencia y empezar a perder influencia, y tal vez a desaparecer, a tal punto que cinco países auropeos (pierna occidental de la estatua) puedan gozar de libertad para hacer alianzas políticas, económicas y militares con cinco países de orientación musulmana (pierna oriental), que por poco tiempo recibirán autoridad sobre las naciones, tanta como para llegar a entronizar a último emperador mundial, el anticristo.

Por otro lado, ¿cuál podrá ser la nacionalidad del anticristo? La Biblia nos da ciertas claves, y una de ellas nos la proporciona el capítulo 8 del libro de Daniel, donde se habla de un cuerno pequeño de nacionalidad siria, quien aparece como un tipo del anticristo final.

3. ***Los dos raptos***. Al analizar los dos anteriores puntos de vista, y tal vez viendo en ambos alguna razón, surgió una tercera escuela de interpretación con los hermanos Robert Govett, G. H. Pember, D. M. Panton, pioneros de la restauración de la iglesia bíblica, y últimamente con el hermano Lang, con la convicción de que el arrebatamiento de la Iglesia tiene dos etapas o dos raptos, uno antes de la tribulación para las primicias, los vencedores, y otro después de la tribulación para la cosecha, o sea, el resto de los cristianos salvos. Para ello toman textos bíblicos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Este fue el punto de vista que siguieron y enseñaron los hermanos Watchman Nee y Witness Lee, apóstoles de la restauración en China. Pero, como ya lo hemos registrado, debemos tener en cuenta que sólo hay dos resurrecciones: Una al comienzo del milenio para la iglesia, y otra al final del reino milenario, para los impíos. También la Escritura habla de primicias de la resurrección, pero dice que las

primicias es Cristo. *«[20]Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos;* ***primicia de los que durmieron es hecho****. [21]Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. [22]Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. [23]Pero cada uno en su debido orden:* ***Cristo, las primicias****; luego los que son de Cristo, en su venida»* (1 Co. 15:20-23). De manera que Cristo es las primicias de la primera resurrección; la iglesia es la cosecha.

DIFERENCIA ENTRE LA SALVACIÓN Y EL REINO

Satanás quebrantó el orden divino instaurado en el universo, involucrando en ello más tarde al hombre. Pero el Hijo de Dios tomó carne para iniciar la restauración de todo, conforme el propósito inicial de Dios, incluyendo la Iglesia que Él mismo rescató, hasta instaurar sobre la tierra el reino de los cielos, hasta que sean puestos todos sus enemigos por estrado de Sus pies.

El Padre es quien nos revela a Su Hijo Jesucristo, por Su Espíritu, el cual es quien nos da la convicción y la capacidad de arrepentirnos, *«[8]porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no es de vosotros, pues es don de Dios; [9]no por obras, para que nadie se gloríe»* (Ef. 2:8,9). Esa salvación no está condicionada a obra alguna de parte de nosotros, ni buena ni mala, y de ella no nos separará ni lo presente ni lo porvenir (cfr. Ro. 8:38). Esta salvación corresponde al espíritu. Pero el alma también debe ser salvada; y debemos ocuparnos de la salvación de nuestra alma, de nuestro yo, y hacerlo con temor y temblor (cfr. Fil. 2:12). Si no se hace una clara diferencia entre la salvación del alma y del espíritu, la confusión es grande. No confundas el alma y el espíritu. El hombre es un ser tripartito. El alma es el yo de la persona, allí está la sede de su personalidad, pues es el asiento del intelecto (pensamientos), voluntad (facultad de decidir) y emociones, y de allí emana su responsabilidad y su poder de decisión. Por tanto, es necesario que nuestro espíritu (hombre

interior, lo llama Pablo), ya salvo, sea fortalecido con el poder del Espíritu Santo, para que en consecuencia habite Cristo por la fe en nuestros corazones (cfr. Ef. 3:16,17), y llegue a ser Él viviendo en nosotros y no nosotros mismos (cfr. Gá. 2:20). Cuando esto ocurra, hemos sido perfeccionados por el Señor, hemos salvado nuestra alma y hemos llegado a ser verdaderos vencedores.

La salvación del espíritu se relaciona con la vida eterna, y la salvación del alma y las buenas obras están íntimamente relacionadas con la participación en el reino, que son dos aspectos diferentes. Una cosa es la salvación eterna, que es un don de Dios inmerecido y que no se pierde, y otra cosa diferente es la recompensa de Dios o el castigo temporal durante la era del reino. El problema de la eternidad ya está resuelto desde antes de la fundación del mundo y hace dos mil años tuvo su cumplimiento en la cruz del Calvario, pero lo de la posición en el reino y su recompensa, depende de que nosotros nos mantengamos firmes. No se debe confundir el reino con la salvación eterna. La salvación se recibe por fe; es un regalo, es la vida eterna; en cambio al reino se entra por nuestra fidelidad hasta la muerte, se recibe por obras, por obedecer al Padre; en el caso de Esmirna es la corona de la vida. Cuando la palabra de Dios dice en Romanos 8 que no nos separará del amor de Cristo ni lo porvenir, allí no está condicionando qué clase de porvenir en nuestras vidas. Pase lo que pase en el futuro, no perderemos nuestra salvación eterna. Romanos 8:35-39 declara que no hay manera de separarnos de Cristo. Nuestra salvación eterna no se pierde debido a que no depende de nuestras obras ni de nuestras justicias propias; si así fuera, aparte de que anularía la obra del Señor, si acaso hoy sería salvo y mañana no; tal vez pasado mañana sí; ¿y después? Nuestra salvación ni siquiera así podría sostenerse firme, pues nada de lo que hagamos o dejemos de hacer nos hará merecedores de poder llegar hasta Dios.

La Biblia no indica ningún camino ni esfuerzo humano para llegar a Dios. Al contrario, nos revela que la mejor de nuestras

justicias es como trapo de inmundicia frente a la obra de Dios; pero, gracias al Señor que nuestra salvación no depende de nosotros, inútiles humanos, depende de la obra que Cristo llevó a cabo por nosotros en Su encarnación, en Su muerte en la cruz, en Su resurrección y en Su glorificación. Todo lo ha hecho Cristo, *«quien **nos salvó** y llamó con llamamiento santo, **no conforme a nuestras obras**, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos»* (2 Ti. 1:9). *«[4]Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, [5]**nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho**, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo»* (Tito 3:4.5).

La Biblia dice que la salvación es un regalo de Dios que no se pierde, pues fuimos salvos una sola vez y para siempre; dice que nadie ha merecido la salvación, ni puede hacer algo salido de su propia naturaleza para recibirla. Es un regalo que se recibe por fe, y la fe misma nos la da Dios. Es Dios quien ha elegido a quién va a salvar. Dios *«nos escogió en él* (en Cristo) *antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él»* (Ef. 1:4). Dice en Juan 15:16: *«No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca»*. Desde antes de la fundación del mundo hemos sido predestinados a una salvación que no se pierde jamás. *«Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna»* (Hch. 13:48). Tengamos en cuenta que lo que Dios da, no lo quita. *«Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados»* (Ef. 2:1); aquí, como en otras partes, aparece en pasado, se trata de la salvación del espíritu; en cambio cuando se trata de la salvación del alma, siempre aparece en presente o futuro. Por ejemplo, dice 1 Timoteo 4:16: *«Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren»*. También Lucas 21:19 dice: *«Con*

vuestra paciencia ganaréis vuestras almas».

La mayoría de los teólogos, maestros y estudiosos de la Biblia, en su concepción y exégesis tradicional ignoran o siguen teniendo dificultad para interpretar y concordar correctamente el contenido de los pasajes que se relacionan con el tribunal de Cristo y el juicio de la Iglesia. Al ignorar la exégesis de los respectivos textos o confundirlos, han llegado a la concepción de la falsa doctrina de que la salvación se pierde, porque no hacen diferencia entre el alma y el espíritu y sus respectivos tiempos de salvación. Si tú eres un legítimo cristiano, no estás perdido eternamente, pero puede que lleves una vida vencida y tener motivos suficientes para merecer un tratamiento adicional del Señor; ese tratamiento disciplinario puede ser ejecutado ahora, en esta edad de la Iglesia o cuando venga el Señor, lo cual no significa que vayas a perder tu salvación eterna. Es muy cierto lo que nos dice Juan 3:16, pero también es cierto lo que nos dice Apocalipsis 2:11. Podemos hacer, por ejemplo, una relación entre Mateo 5:13 con Lucas 14:34-35.

Nos dice el Señor en Mateo 5:13: *"Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres"*. Los cristianos son la sal de la tierra. ¿Qué significa ser echada fuera? Significa ser excluidos del reino de los cielos. Dice en Lucas 14:34-35, en donde el Señor nos da la clave: *«[34]Buena es la sal; mas si la sal se hiciere insípida, ¿con qué se sazonará? [35]Ni para la tierra ni para el muladar es útil; la arrojan fuera. El que tiene oídos para oír, oiga»*. El sabor y utilidad de esa sal, depende de la conducta del creyente en esta tierra, de su grado de renuncia al mundo y a los deleites terrenales. ¿Qué sucederá con los que no renuncian a todas las cosas de la vida presente? Que no serán aptos para el reino de los cielos (que Dios establecerá en la tierra), ni para el estercolero (la Gehena, el lago de fuego), porque son hijos de Dios, pues los que sean echados en ese lugar en el tiempo del reino milenial, de allí saldrán para incorporarse al

resto de la iglesia. De manera que muchos serán echados de la gloria del reino a las tinieblas de afuera.

El sermón del monte fue pronunciado por el Señor a Sus discípulos, y son principios y normas que se refieren al reino, para que la Iglesia sepa lo que le corresponde en cuanto al trato e interrelaciones de los hermanos, sus compromisos y actividades en la obra del Señor, su actitud frente a las cosas terrenales. En el Antiguo Testamento, tenemos el Salmo 89, un salmo mesiánico que se relaciona con el pacto de Dios con David, el cual tiene su pleno cumplimiento con el Señor Jesucristo, de quien en los versos 27-29 dice: «*[27]Yo también le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra. [28]Para siempre le conservaré mi misericordia, y mi pacto será firme con él. [29]Pondré su descendencia para siempre, y su trono como los días de los cielos*».

Luego en los versos 30-37 nos dice: *«[30]Si dejaren sus hijos mi ley, y no anduvieren en mis juicios, [31]si profanaren mis estatutos, y no guardaren mis mandamientos, [32]entonces* ***castigaré con vara su rebelión, y con azotes sus iniquidades. [33]Mas no quitaré de él mi misericordia****, ni falsearé mi verdad. [34]No olvidaré mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de mis labios. [35]Una vez he jurado por mi santidad, y no mentiré a David. [36]Su descendencia será para siempre, y su trono como el sol delante de mí. [37]Como la luna será firme para siempre, y como un testigo fiel en el cielo»*.

Vemos que el creyente no victorioso tendrá su castigo, aunque no perderá su salvación. Se sabe por la Palabra de Dios que en la cristiandad profesante hay cizaña y gente no regenerada dentro de sus filas, y ya sabemos lo que sucederá con esas personas, pero también es un hecho indiscutible que en la Iglesia, entre los regenerados y lavados por la sangre del Señor hay siervos fieles, menos fieles e infieles, vencedores y derrotados, valientes y cobardes, maduros e inmaduros, espirituales y carnales, diligentes y negligentes, niños fluctuantes y adultos en la fe. En Mateo 24:45-51, encontramos lo que sucederá tanto con una clase de siervos como con la otra, en la venida del Señor y el estableci-

miento de su tribunal, cuando dice:

> *«[45]¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa para que les dé el alimento a tiempo? [46]Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así. [47]De cierto os digo que sobre todos sus bienes le pondrá. [48]Pero si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir; [49]y comenzare a golpear a sus consiervos, y a comer y a beber con los borrachos, [50]vendrá el señor de aquel siervo en día que éste no espera, y a la hora que no sabe, [51]y lo castigará duramente, y pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes»*.

Donde estén los hipócritas sufriendo eternamente, allí mismo estarán castigados por un tiempo (dice, *su parte*) los creyentes descuidados, desobedientes, glotones, borrachos, viciosos, perezosos, mundanos, amadores de los deleites más que de Dios; los que busquen imponer su autoridad y sus leyes en la iglesia. Es importante tener en cuenta que la Escritura dice con toda claridad que somos salvos por la gracia de Dios mediante la fe, como un regalo de Dios en Cristo; sin embargo, a continuación y a renglón seguido afirma en el mismo contexto que el Padre preparó una labor exclusiva para cada uno de nosotros. *«Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas»* (Ef. 2:10).

Eso significa, no obstante, que como hijos de Dios, tenemos la responsabilidad delante de Él de hacer algo específico que Dios preparó para que hiciéramos, dentro de los propósitos de Él en la edificación de Su casa, y de lo cual debemos dar cuenta. Dios no ha dejado a Su creación ni mucho menos la edificación de Su Iglesia al arbitrio de los hombres. Es necesario obrar de acuerdo con un plan minuciosamente trazado por el Señor, de acuerdo con Su voluntad, y siguiendo los fundamentos bíblicos. No se trata, pues, de hacer las cosas de acuerdo con nuestro propio plan y

propósito, así nos parezca que lo que hacemos es perfecto y aceptado por Dios.

Es necesario, pues, y para beneficio nuestro, que desviemos nuestra atención de los meros intereses terrenales, tanto de tipo personal como de los relacionados con organizaciones religiosas no fundamentadas en la Palabra de Dios, y no descuidar la salvación de nuestra alma. *«...ocupáos en vuestra salvación con temor y temblor»* (Fl. 2:12); y la razón de esto la encontramos también en la bendita Palabra de Dios, cuando dice: *"Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?* (Mt. 16:26). De acuerdo con el contexto, esto no se lo dice el Señor a las multitudes mundanas sino a sus discípulos. Dice el hermano W. Nee:

«No podemos mezclar la perdición eterna con la disciplina. Muchos versículos, que parecen decir que los cristianos se pueden perder de nuevo, realmente hablan de la disciplina de los cristianos. No sólo está el asunto de la disciplina y el asunto de la falsedad, sino también el asunto del reino y de la recompensa. Estas pocas cosas son fundamentalmente diferentes. Muchas veces, aplicamos las palabras para el reino a la era eterna, y las palabras con respecto a la recompensa al tema de la vida eterna. Naturalmente, esto producirá muchos problemas. Debemos darnos cuenta de que existe una diferencia entre el reino y la salvación, y entre la vida eterna y la recompensa. La manera en que Dios tratará con nosotros en el milenio es diferente de la manera en que Él tratará con nosotros en la eternidad. Hay una diferencia en la manera en que Dios trata con el hombre en el mundo restaurado y en el mundo nuevo. El milenio está relacionado con la justicia. Está relacionado con nuestras obras y con nuestro andar después de que hemos llegado a ser cristianos. El reino milenario tiene como propósito juzgar nuestro andar; sin embargo, en la eternidad, en los cielos nuevos y en la tierra nueva, todo es gracia gratuita. Y el que tiene sed puede venir y

beber gratuitamente (Ap. 22:17). Esta palabra es hablada después de que los nuevos cielos y la nueva tierra han venido» (Watchman Nee. *El Evangelio de Dios*. L. S. M. Tomo II. Pág. 357.).

LAS BODAS DEL CORDERO

No ha habido mucha claridad en lo relacionado con las bodas del Cordero con la Iglesia. Muchos hermanos piensan que toda la Iglesia, es decir, el ciento por ciento de los hermanos, participarán como novia en las bodas. Pero la Escritura no dice eso. En la parábola de la fiesta de bodas dice que *«el reino de los cielos es semejante a un rey que hizo fiesta de bodas a su hijo»* (Mt. 22:2). Por el contexto vemos que para participar en esta fiesta de bodas es necesario cumplir ciertos requisitos, como ser dignos (v.8) y lucir cierto tipo de vestido de boda. Dicen los versos 11-13: *«[11]Y entró el rey para ver los convidados, y vio allí un hombre que no estaba vestido de boda. [12]Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció. [13]Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes»*. ¿Qué significa este vestido de boda? El hecho de que este hombre entró a la fiesta de bodas es porque es salvo, pero no estaba vestido con la vestidura de los vencedores, el de la justicia subjetiva en su andar con el Señor.

Lo comprendemos mejor con Apocalipsis 19:7-9: *«[7]Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y **su esposa se ha preparado**. [8]Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos. [9]Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios»*. Entonces vemos que las bodas del Señor no se harán con toda la Iglesia; no todos son llamados para participar allí, sino sólo con Sus vencedores, los cuales vienen a ser la esposa. Por un lado vemos que en la parábola habla de alguien

que, aunque es salvo, es lanzado fuera por no estar con el vestido adecuado; y por el otro vemos en Apocalipsis 19:7-9 que habla del vestido de lino fino, que son las acciones justas de los santos, y esas acciones justas sólo se ven en los vencedores.

La novia del Cordero debe estar preparada antes de ese acontecimiento. ¿Cómo es esa preparación? Debe llevar el vestido adecuado, que simboliza la vida del Señor en nosotros, nuestra justicia, nuestra conducta, nuestras obras en Dios, y además, estar llenos del aceite del Espíritu Santo, como dice Eclesiastés 9:8: *«En todo tiempo sean blancos tus vestidos, y nunca falte ungüento sobre tu cabeza»*. Tenemos el caso de las cinco vírgenes insensatas. Les faltó pureza, limpieza de toda mancha, les faltó aceite, no habían pagado el precio, y siendo salvas, pues fueron hasta el tribunal de Cristo, no pudieron participar en las bodas del Cordero. No se habían preparado para las bodas. *«[10]Pero mientras ellas* (las vírgenes insensatas) *iban a comprar* (pagar el precio)*, vino el novio; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta. [11]Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor, ábrenos! [12]Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco»* (Mt. 25:10-12). Sin fe no podemos alcanzar la salvación eterna; pero sin obras justas no podremos disfrutar del reino de los cielos, incluyendo las bodas de Cordero. En la Palabra de Dios se habla de una vestidura de bodas, y explica en qué consiste; nadie puede confeccionar ese vestido a no ser con la ayuda de Señor. El Señor hace en nosotros y nosotros hacemos en Él. Trabajar sin Él, es trabajar en madera, heno y hojarasca. La vestidura objetiva significa que somos revestidos de Cristo, digamos, por fuera, somos cambiados de posición; y la vestidura subjetiva significa que somos habitados por Cristo por dentro; que somos conformados a Su imagen. Él es forjado en nosotros, manifestando sus atributos a través de las virtudes de nuestra alma renovada. Hermano, medita en el arca del pacto. Fue hecha de madera de acacia (la humanidad) pero revestida de oro (la divinidad) por dentro y por fuera. Para que podamos participar en

las bodas, es necesario que nuestro yo sea aniquilado, y Cristo forjado en nosotros antes; hemos tenido que haber sufrido dolores de parto. Pero Cristo se forma en nosotros con nuestro consentimiento, usando también de nuestra voluntad. Pablo le dice a los santos, salvos de Galacia: *«Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros»* (Ga. 4:19).

¿Cuándo se llevarán a cabo las bodas? Inmediatamente después del juicio de la Iglesia ante el tribunal de Cristo, seguidas por las fiestas, naturalmente, las cuales se prolongarán por todo el milenio. *«Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven»*. Sólo el Espíritu Santo y la esposa están preparados para el encuentro con el Señor. Antes veíamos que el Espíritu hablaba a las iglesias; ahora el Espíritu de Dios y los vencedores se han hecho uno, y expresan el deseo de que venga el Señor pronto.

LA SÉPTIMA PROMESA

> *«Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono»* (Ap. 3:21).

Este es el máximo galardón que el Señor puede otorgarle a vencedor alguno. La Iglesia le ha fallado al Señor; entonces el Señor está a la puerta, llamando a quien le quiera abrir. La gran multitud de los creyentes son niños carnales, entretenidos en sus propios deleites y diversiones, en las falsas doctrinas de prosperidad; se han llenado de riquezas materiales, y orgullo; se ufanan de los muchos conocimientos que han adquirido, de sus posiciones ante al Estado y las esferas sociales; ya no necesitan de Dios. Pero el Señor recurre a los vencedores, al que le escuche y le obedezca, al que le abra e intimide con Él; al que esté dispuesto a ponerse de acuerdo con Él. Ya el tiempo está pronto para cumplirse; ya la era de la gracia va a terminar, y viene la del reino milenario; se aproxima el juicio de la Iglesia ante el tribunal de

Cristo; entonces el Señor, a cambio de los «tronos» fabricados por los hombres, ofrece la máxima posición de gloria, sentarse con el Señor en Su trono. ¿Por qué precisamente a esta iglesia del tibio período de Laodicea?

Aunque la Iglesia esté ocupada en sus propios intereses y glorias terrenales, entre los vencedores ya existe la expectativa de la venida del Señor. Ellos saben que ese glorioso día está a las puertas; lo esperan ansiosos y aman el regreso del Señor. Los vencedores que reciban este galardón de sentarse con el Señor en Su trono, han de participar de la autoridad del Señor, en su calidad de reyes, gobernando con Él sobre toda la tierra durante el reino milenario de Cristo. Pero antes los vencedores han comprado de Dios oro puro refinado por el fuego.

Aquí el que vence lo hace sobre la tibieza de la iglesia degradada, generada por el orgullo del conocimiento de mucha doctrina, pero sin el Señor. Aquí el vencedor es el que paga el precio para comprar el oro refinado en las pruebas de fuego, las vestiduras blancas de su andar en Cristo y el colirio de la unción y la luz del Espíritu Santo. Al vencedor le toca vencer no sólo la hostilidad del mundo y de su propio yo, sino también, y lo que es peor, la infidelidad, ceguera, prepotencia y desviación de la Iglesia misma. La Iglesia está llena de otras glorias ajenas a la verdadera gloria del Señor; la Iglesia se embriaga de los potentes imanes del progreso material, y se ha olvidado de la verdadera gloria del reino, el cual se gana con la cruz, negándose a sí mismo. Todo creyente que se ocupe hoy en exaltarse a sí mismo y a su ministerio, atropellando a las ovejas del Señor, llegará ese día en que sufra la más dolorosa humillación. En la Iglesia se ha generalizado el concepto de que el Señor sólo nos salvó del infierno; ya no tenemos que ir al infierno, pues no hay idea de cuál es el plan de Dios para la Iglesia; y además nos salvó para que vivamos en esta tierra colmados de bienes materiales y felicidad temporal. Pero viene el juicio de Dios, y el juicio comienza por Su propia casa. Hermano, deja que el Señor juzgue ahora tu andar;

permite que el Señor juzgue cada pensamiento; somete al juicio del Señor cada acto tuyo, cada paso que des; acostúmbrate a vivir bajo el juicio de la Palabra de Dios, del Espíritu Santo por tu conciencia, de la voz del Señor dentro de ti. Júzgate a ti mismo usando las herramientas que el Señor te ha dado. Si eso llega a ser tu realidad cotidiana, el día que el Señor juzgue a Su pueblo, para ti será un día de gloria.

¿Todo vencedor estará reinando en el milenio a un mismo nivel que los demás? De acuerdo con la parábola de las minas de Lucas 19:11-26, cada creyente ejercerá en el reino un servicio de acuerdo con el uso que hayamos hecho aquí de los dones que nos ha otorgado el Espíritu Santo, puestos al servicio de Dios. No todos tendremos la misma posición en el reino de los cielos, ni los mismos privilegios, ni disfrutar al Señor en el mismo grado de cercanía. El Señor es justo y obra con justicia. En la tierra medimos los rangos y las posiciones de manera diferente a como se miden en el cielo.

BIBLIOGRAFÍA

- *Catolicismo Romano - Orígenes y Desarrollo*. José Grau. E.E.E. 1987.

- *Comentario Bíblico*. Matthew Henry. CLIE, 1999.

- *Cómo Escapar del Laberinto Religioso sin dejar de ser fiel a Dios*. Raúl Marrero. Editorial Vida. 1998.

- *Curso de Formación Teológica Evangélica*. Tomo IX. Escatología II. Francisco Lacueva. CLIE, 1983.

- *Diccionario Expositivo Vine*. W. E. Vine. Ed. Caribe. 1999.

- *Doctrinas Claves*. Edwin H. Palmer. El Estandarte de la Verdad. Carlise, Pensilvania, USA. 1976.

- *El Evangelio de Dios*. Watchman Nee. Living Stream Ministry, Anaheim, California. 1994.

- *El Hombre Espiritual*. Watchman Nee. Libros CLIE. Barcelona. 1989.

- *El plan de Dios y los Vencedores*. Watchman Nee. Editorial Vida, 1977.

- *El Tabernáculo de David*. Martín Stendal. Colombia para Cristo. 1998.

- *El Tribunal de Cristo, ¿Será Juzgado el Creyente?* Delcio Meireles. Ediciones Parousia Ltda. 1993.

- *Estudio sobre el Libro de Apocalipsis*. John Nelson Darby. La Bonne Semence. 1988.

- *Eventos del Porvenir*. J. Dwight Pentecost. Editorial Libertador. 1977.

- *La Búsqueda Final*. Rick Joyner. Whitaker House. 1997.

- *La Cruz en la Vida Cristiana Normal*. Watchman Nee. Editorial Portavoz 1996.

- *La Economía de Dios*. Witness Lee. L.S.M. California. 1968.

- *La Enseñanza de los Apóstoles*. Witness Lee. Living Stream Ministry. 1990.

- *La Iglesia de Jesucristo, Una Perspectiva Histórico Profética*. Arcadio Sierra Díaz. Publicaciones Cristianas, 1998.

- *La Iglesia Gloriosa*. Watchman Nee. CLIE. 1987.

- *La Salvación del Alma*. Watchman Nee. CLIE, 1990.

- *Los Vencedores*. Witness Lee. LSM. L993.

- *Mateo: El Rey y el Reino*. Roland Q. Leavell. Casa Bautista de Publicaciones. 1988.

- *Nadie se atreve a llamarlo engaño*. Clayton E. Sonmore. M.S.M. 1995.

- *Padres Apostólicos*. Daniel Ruíz Bueno. BAC. 1985.

- *Rumbo a la ocupación mundial*. Gary H. Kah. Editorial Unilit. 1996.

- *Sentaos, andad, estad firmes*. Watchman Nee. Editorial Portavoz.

- *Versiones Alteradas de la Palabra de Dios*. Dr. Jaime Ortiz Silva. Ransom Press International. 1999.